$ 70 Marzo de 1966

Selecciones del Reader's Digest

LO MEJOR DE REVISTAS Y LIBROS

Más de 26 millones de ejemplares vendidos mensualmente, en 14 idiomas

Diversión... comida... gente... ¡todo se reanima con el delicioso sabor de Coca-Cola! Porque siempre, en el mejor de los gustos, Coca-Cola brinda esa refrescante sensación de alegría. En cualquier tamaño... en cualquier momento... en cualquier lugar... Coca-Cola refresca mejor.

todo va mejor con Coca-Cola



Esso GUIA de Servicios EXTRA para el HOGAR

ESSO VARSOL



Limpieza rápida y perfecta, por inmersión, para toda clase de ropa. No daña los tejidos.

HORMIGUICIDA



Fulmina a las hormigas por contacto! Tiene gran poder residual!

LUBRICANTE CASERO



Ideal para aplicar en máquinas de coser, escribir, artefactos del hogar, bicicletas, cerraduras, etc.

FLUIDO PARA ENCENDEDORES



Altamente refinado. Brinda llama potente, segura. Puede usarse como quitamanchas.

PINTORRAS



Para diluir pinturas, limpiar pinceles, espátulas, rodillos, etc.

PINTURA ASFALTICA



Para impermeabilizar techos, cañerías, cara interior de guardabarros, etc. Evita la corrosión.



FLIT

El insecticida por excelencia, de acción rápida y total. Efectividad - Limpieza - Frescura. Unico con centinela de calidad.

ENGRO Fertilizantes



Aceleran el crecimiento de las plantas y ayudan al desarrollo. En envases familiares para jardines y macetas.

SOLICITELOS EN ALMACENES, FERRETERIAS, DESPENSAS, BAZARES, **AGENCIAS ESSO, ESSO SERVICENTROS,** Y TODO NEGOCIO DEL RAMO.



SELECCIONES
del Reader's Digest

TOMO LI Nº 304 MARZO DE 1966

Revista mensual publicada por
SELECCIONES DE READER'S DIGEST ARGENTINA, S.A.

Roberto C. Sánchez, *Presidente*

Editorial

Director: Pablo Morales

Consejero de redacción: Eduardo Cárdenas
Redactores: Marco Aurelio Galindo
Lilian Davies Roth
Alfonso Castaño
Biblioteca de Selecciones: Luz Cantuárias

Director-Gerente: Douglas MacLean
Vicepresidente: Paul W. Thompson
Tesorero: Marcos Kremzar

Departamentos

Publicidad: Carlos Aldao Quesada
Discoteca y Biblioteca: Salvador Passarello
Administración Ventas: Carlos Yamazaki
Director de Arte: Emilio Gómez

EDICIONES INTERNACIONALES DEL READER'S DIGEST
Gerente general: Terence G. M. Harman
Gerente general regional:
Roberto C. Sánchez (América Latina)
Jefe de redacción: Adrian Berwick

THE READER'S DIGEST se publica en: INGLÉS (ediciones norteamericana, británica, australiana, canadiense, sudafricana, neozelandesa, india, nigeriana y del Extremo Oriente); ESPAÑOL (ediciones argentina, del Caribe, centroamericana, colombiana, chilena, ibérica, mexicana, peruana y venezolana); PORTUGUÉS; SUECO; FINLANDÉS; DANÉS; JAPONÉS; FRANCÉS (ediciones belga, francesa, suiza y canadiense), NORUEGO; ALEMÁN (ediciones alemana y suiza); ITALIANO; ÁRABE; HOLANDÉS Y CHINO. Se publican ediciones en el sistema Braille en inglés, español, alemán, japonés y sueco.

THE READER'S DIGEST, Pleasantville, N. Y., EE.UU., fue fundado en 1922 por DeWitt Wallace y Lila Acheson Wallace, sus actuales directores y editores.

Selecciones se vende en las principales librerías y puestos de periódicos

Argentina (m$n 70,00*) — S. A. Editorial Bell, Otamendi 215, Buenos Aires.
Bolivia ($b. 3,50*) — Librería Selecciones S.R.L., Avenida Camacho 1339, La Paz.
Brasil — Fernando Chinaglia, Ave. Presidente Vargas Nº 502, 19º andar, Río Janeiro.
Colombia ($3,00*) — J. M. Ordóñez, Librería Nacional Ltda., Carrera 43 Nº 36-30, Barranquilla; Eusebio Valdés, Carrera 10 No. 18-59, Bogotá; Librería Iris, Calle 34 Nº 17-36, Bucaramanga; Camilo y Mario Restrepo, Distribuidora Colombiana de Publicaciones, Carrera 3ª Nº 9-47, Cali; Pedro J. Duarte, Maracaibo 47-52, Medellín.
Costa Rica (₡1,75*) — Carlos Valerín Sáenz y Cía., Apartado 1294, San José.
Chile (Eº 1,00*) — Reader's Digest Chile Limitada, Estado 359, Santiago.
Rep. Dominicana (RD$0,25*)—Librería Dominicana, Calle Mercedes 49, Santo Domingo.
Ecuador (5,00 sucres*) — Librería Selecciones, S. A., Benalcázar 543 y Sucre, Quito; Librería Selecciones, S. A., V. M. Rendón y Seis de Marzo, Guayaquil.
El Salvador (60 cts.*) — Distribuidora Salvadoreña, Ave. España 344, San Salvador.
Guatemala (Q0,25*) — De la Riva Hnos., 9ª Avenida Nº 10-34, Guatemala.
Honduras (50 cts.*) — H. Tijerino, Agencia de Publicaciones Selecta, Tegucigalpa.
México ($4.00*) — Selecciones Distribuidora, Gómez Farías 4, esq. Plaza de la República, México, D. F.
Nicaragua (C1,95)—Ramiro Ramírez, Agencia de Publicaciones, Managua.
Panamá (B/0,25*)—J. Menéndez, Agencia Internacional de Publicaciones, Plaza de Arango, Panamá.
Paraguay (G 35,00*) — Cía. Importadora de Publicaciones, S. R. L., Palma 565, Asunción.
Perú (S/7,00*) — Librería Internacional del Perú, Jirón Puno 460, Lima.
Puerto Rico (25 cts.*)—Carlos Matias, Matías Photo Shop, Fortaleza 200, San Juan.
Uruguay ($12,00*) — A. M. Careaga, Plaza Independencia 823, Montevideo.
Venezuela (Bs. 1,50*) — Distribuidora Continental, S. A., Ferrenquín a La Cruz 178, Caracas.

*(*Precio por número suelto)*

Portada
Curiosidad canina
(Pintada especialmente para Selecciones por Robert Lougheed)

SELECCIONES DEL READER'S DIGEST, Volume LI, Nº 304, March 1966. Published monthly by Selecciones del Reader's Digest Argentina, S.A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires. Subscripción price: US $4.00 per year.
Impreso en Argentina

Selecciones del Reader's Digest
Marca Registrada
Reg. U. S. Pat. Off.

Impreso por Guillermo Kraft Ltda.
Martín García 701 - Buenos Aires



Adherida al Instituto Verificador de Circulaciones

CORREO ARGENTINO CENTRAL(B)	FRANQUEO PAGADO Concesión N.º 63
	TARIFA REDUCIDA Concesión N.º 144



Inseparable compañero de sus elegantes "quehaceres"

Lo hicimos sobrio y elegante porque usted es exigente y aprecia esas cualidades. Lo hicimos ágil, dócil en la maniobra porque hemos tenido en cuenta su prisa, su necesidad de estacionar en cualquier huequito.
Lo hicimos cómodo, con mullidos asientos que se acomodan a su cuerpo, con generoso y confortable espacio interior porque sabiamos que usted gusta del confort.

Lo hicimos práctico, con un baúl "ca
que traba automáticamente su tapa,
estábamos seguros de que usted lo
de compras.
Lo hicimos con tapizado de fácil lava
que se nos ocurrió pensar en las di
de sus chicos.
En pocas palabras: hicimos este Ch
para que usted lo sienta muy . . . muy

CHEVROLET *Sup*

¿Quién manda aquí?



Como están las cosas, cada día es más difícil distinguir entre superiores y subordinados.

POR JAMES LINCOLN COLLIER
Condensado de "Contemporary"

HACE unos siete u ocho siglos, cuando yo era un chicuelo, la palabra "autoridad" solo se refería a dos seres de mi mundo: Dios y mi padre. Este unía la inteligencia de Einstein al cuerpo de un atleta y a la sabiduría del cardenal Newman, y era dogma cuanto dijese sobre cualquier materia. Si él declaraba que hoy era viernes, en viernes se quedaba, a pesar de que todos los vecinos se estaban preparando para ir a la iglesia, y si decía que dos y dos son cinco, cinco eran. No cabía discusión.

Pero hoy la idea misma de lo que es la paternidad ha cambiado, y el padre actual, por lo menos el que mejor conozco, se ve envuelto en la despectiva superioridad de sus hijos. Basta que yo anuncie que es un buen día para ir de pesca y salta alguien que no llega aún al metro de altura para observar desdeñosamente que, según el diario, todos los arroyos están secos. Diga yo lo que diga, alguien se apoya inmediatamente en cualquier autoridad ajena para sostener lo contrario.

De todas esas autoridades, la que me resulta más antipática es Ken, el profesor de natación. Tal vez no fuese yo el mejor nadador de la escuela, pero tampoco era el peor. En cierta ocasión atravesé la piscina del gimnasio local dos veces seguidas, sin dar señal de fatiga. Cualquiera creería que a alguno de mi familia

le impresionaría tal proeza, pero no: cada vez que compito en la piscina con mis chicos, hete aquí que el entrenador Ken asoma la nariz.

—Papá —pregunta el menor—, ¿cuál crees tú que es el método de natación más rápido y menos fatigoso?

—Pues, mira hijo —contesto, ahuecando un poco la voz—: echas el brazo izquierdo adelante, giras el cuerpo ligeramente y luego . . .

—No es eso lo que dice el profesor Ken.

Un momento de silencio. Con una paciencia de santo, digo:

—Si ya lo sabías, ¿por qué preguntaste?

—Me había olvidado.

Ante esto hay solo dos cosas que hacer: o se mete uno en casa y allí se está amurriado lo que falta del día, o le echa al chico una fuerte reprimenda por alguna falta que cometió antes . . . aunque sea un año atrás, si es preciso. Lo que me fastidia es la automática suposición de que el entrenador está en lo cierto y que yo estoy hecho un lío, teoría que los chicos aplican hasta a lo que se refiere a mi especialidad.

Por ejemplo, le digo a mi hijo mayor:

—Si tratas así a la cortadora, acabarás cortando el césped con las narices.

E inmediatamente viene la corrección:

—No se debe decir "narices", porque no tenemos más que una.

—¿Quién lo prohíbe? ¿El profesor Ken?

—No. La señorita Mary, la maestra.

Recuerdo a la señorita Mary como una joven y bonita profesora del colegio de mis chicos, una maestra recién salida del cascarón.

—La señorita Mary es muy simpática, hijito —digo—, pero, después de todo, el idioma es mi herramienta de trabajo. ¡Pero si hasta tu bicicleta proviene de mi conocimiento del idioma! Mi oficio es la sintaxis.

—También es el de ella. La señorita Mary es maes. . .

—Ya lo sé —le interrumpo, irritado—, y sé también que tiene 23 años. Ya andaba yo escribiendo "narices" cuando ella estaba en sexto grado . . . y ya entonces vendía mis artículos, por añadidura.

—¿Veintitrés? ¡Caramba! ¡No parece *tan vieja*!

Y solo al llegar la noche advierto que el césped está todavía sin cortar.

Pero estos motivos de murria nada son. Nos enteramos de que el padre de Ned Chester lo había llevado el sábado anterior al bosque de Mellor para pasar la noche al raso. A mí no me atrae más que a otros la idea de pasar la noche durmiendo sobre un montón de piedras, pero circula la dichosa teoría de que todos los padres de familia se han criado en los bosques y que nada hay que les deleite tanto. Al saber lo de Ned, mi prole empezó a dar vueltas en torno de mí, aullando.

—Está bien, está bien —dije—.

Llegaremos allí antes de la noche, y si nos echamos a dormir en seguida, bien podremos estar de vuelta en casa a tiempo para el desayuno.

—No es eso —me explicaron—. El padre de Ned dice que lo más divertido es cocinar al aire libre.

Sus palabras encerraban un presagio, pero no caí en la cuenta. Incautamente les prometí que así lo haríamos.

Al pasar unos días mi apetito por tal aventura aumentó. Confieso que no sé mucho de la vida selvática, pero era de suponer que supiese mucho más que un par de mocosos que no me llegan a la cintura. Ya me veía haciendo hábilmente unos colchones de aromáticas ramas de pino y preparando un delicioso desayuno con tortas de harina y patatas fritas, ante la boquiabierta admiración de mis chicos.

Que estaba yo viviendo en un mundo de fantasía se me hizo evidente el sábado, apenas llegados al bosque de Mellor.

—Ahora —dije muy animado—, acampemos allí, en esa pequeña depresión, donde nos protegeremos contra . . .

—El señor Foster dice que se debe acampar en la falda de una loma, para protegerse de la lluvia.

—Frank Foster es un excelente tenedor de libros, hijito —repuse con tono bondadoso—, pero cuando se trata de . . .

—¡Oh, no! El día que fue a hablar a nuestra escuela nos contó del tiempo en que estuvo en el servicio forestal.

Montamos la tienda en la falda de la colina, y el nombre de Frank Foster no se volvió a mencionar durante cerca de veinte minutos. Pero luego hice notar que necesitaríamos mucha leña para atizar el fuego y calentarnos.

—El señor Foster dice: El indio hace una fogata pequeña y se sienta cerca de ella para mantenerse caliente. El hombre blanco hace una gran hoguera y se mantiene caliente con el trabajo de ir a buscar leña.

A la terminación de la comida había recobrado mi buen humor y estaba ya dispuesto a sentarme con los chicos alrededor del fuego y contarles algún episodio de mi juventud, tan largo y fastidioso como ficticio.

—Pero antes debemos preparar las mantas para dormir —les dije—. ¿Veis cómo lo hago: se enrolla esta parte por aquí y esta otra se mete debajo de . . .

Siguió un silencio, y en la fracción de segundo que se prolongó los tres supimos muy bien lo que venía: fascinado e impotente, como un canario bajo la mirada de un gato, me quedé mirando fijamente a los dos chicos, que al unísono entonaban solemnemente:

—No es así como dice el señor Foster que se debe hacer.

Quizá se debiera a la variedad de colores que me salieron a la cara; vaya usted a saber. Fuera lo que fuese, el nombre de Foster no se volvió a oír hasta que me encontré preparando el desayuno, y para entonces ya no tenía importancia.

Cuando uno ha pasado la noche sobre unas piedras, poco le preocupa lo que diga Frank Foster.

La semana pasada estaba yo en la papelería, buscando una revista poco conocida. Absorto en la tarea no prestaba atención a lo que un hombre y un chico hablaban del lado opuesto del estante, hasta que oí mencionar mi nombre. Reconocí la voz del chico de Frank Foster, que decía:

—Pero el padre de Ben Collier dice que eso no se hace así.

—¿Y qué te hace suponer —replicó Frank Foster en tono glacial— que el padre de Ben Collier sabe más de navegación a vela que yo?

—¿Pues no lo sabías? El padre de Ben Collier perteneció al cuerpo de guardacostas y nadie sabe de embarcaciones tanto como él.

No había en esto ni pizca de verdad, pero ¿para qué se lo había yo de decir a Frank Foster? Permanecí agachado detrás del estante de revistas, pensando en el viejo dicho de que a cada puerco le llega su San Martín.



Cámara fotográfica insuperable

Un amigo deja boquiabiertos a sus colegas fotógrafos diciéndoles que posee la cámara más extraordinaria del mundo. "Tiene una apertura máxima de f/2, apunta y enfoca automáticamente en medio segundo, y ajusta el diafragma, también automáticamente, en menos tiempo aún", les dice. "La película en colores en que toma las vistas es estereoscópica y se renueva por sí sola después de cada exposición. El tiempo de revelado que necesita es una fracción de segundo".

¿Es costosa? Claro; no tiene precio: es el ojo humano. —B. K.

Donde comienza la caridad

Una señora que iba a llegar tarde a su trabajo de caridad, que desempeña como voluntaria, fue detenida por un guardia de tráfico. Logró convencerlo de que la excesiva velocidad que llevaba era por una buena causa, y así escapó de tener que presentarse al juez. El guardia, sin embargo, le impuso una condición: al dinero que reuniese aquel día, la señora añadiría de su propio bolsillo la cantidad que habría tenido que pagar como multa. —T. L.

A un sacerdote lo declararon culpable de haber hecho caso omiso de un semáforo en rojo, pero el juez le dijo que le perdonaría la multa si el sacerdote le prometía pronunciar un sermón al año sobre la prudencia en el manejo del automóvil. El eclesiástico convino en ello. —AP

y será grata
su presencia...
con



LANCASTER

LOCION COLONIA O' LAVANDA

PRUEBA DE TRES MINUTOS PARA DIAGNOSTICAR EL EMBARAZO

HASTA hace un año se consideraba casi un milagro que, mediante el análisis, una mujer pudiera saber en unas horas si estaba embarazada o no. Actualmente hay una prueba sumamente exacta que requiere apenas tres minutos. Como los anteriores análisis, sirve para determinar si la orina contiene una sustancia conocida como HCG (hormona coriónica gonadotrópica del ser humano), segregada por la placenta y que siempre se presenta de ocho a diez días después de interrumpido el período menstrual por embarazo.

A diferencia de las antiguas pruebas del embarazo (en las que hay que esperar horas y aun días los resultados de las reacciones de animales de laboratorio), el nuevo procedimiento se realiza sobre una laminilla de vidrio, con dos sustancias. Una de ellas es un factor anti-HCG; la otra, una preparación de HCG, semejante al caucho, adherida a partículas de látex.

Cuando una mujer acude al consultorio del médico para someterse a la prueba de embarazo, trae consigo una muestra de orina. Se pone una gota de esta en la laminilla, junto con una gota del antisuero y dos gotas de la preparación de látex. Si la muestra no contiene HCG, las partículas de látex se aglutinan. Cuando no se aglutinan, es que la orina contiene HCG y la mujer está embarazada.

— Doctora Phyllis Wright, con Victor Cohn, en *Ladies' Home Journal*

DIENTE DE 30.000 DÓLARES

AL SENTARSE en el sillón del dentista, en la Universidad de Míchigan, el sujeto voluntario carecía de un primer molar superior. Cuando se puso de pie, lucía una sonrisa de 30.000 dólares. En el hueco se había alojado un pedazo de material plástico y alambre del tamaño de un molar, con artefactos suficientes para equipar la nave espacial Géminis: seis minúsculos radiotrasmisores (con capacidad de difusión de 90 centímetros), 28 adminículos electrónicos y dos pilas de carga renovable. Inventado por Ian Scott y el Dr. Ash, de la Escuela de Odontología de la Universidad de Míchigan, el molar equipado con radio servirá a los dentistas para registrar las tensiones y los esfuerzos ejercidos sobre la dentadura, a fin de que puedan construirse mejores puentes dentales. Mientras tanto, todo el mundo mantiene cerrada la boca: no se ha dado a la publicidad el nombre del voluntario.

— *Newsweek*

PARA QUITAR EL HÁBITO

EN LA ciudad de Nueva York se está ensayando un nuevo tratamiento para toxicómanos con el cual quizá obtengan un alivio definitivo. El tratamiento, ideado por los doctores Vincent Dole y Marie Nyswander, del Instituto Rockefeller, consiste en la administración diaria de un medicamento llamado metadona, sintetizado



DISEÑADO PARA LUCIR



CONSTRUIDO PARA RESISTIR



ELEGANTE como tiene que ser un reloj de lujo.
RESISTENTE como debe ser un reloj para deportes.

Así es Mido Ocean Star. Y por eso puede ser usado a toda hora... en una cena y hasta cuando usted nada.

Mido Ocean Star, tiene caja enteriza, y su cristal irrompible sella el reloj herméticamente, por eso es 100 x 100 **impermeable.**

Mido Ocean Star como todos los relojes Mido se da cuerda solo mientras usted lo lleva puesto!... Y tiene calendario.

Mido Ocean Star es resistente a choques y golpes.

Mido Ocean Star es elegante y posee todas las ventajas de la técnica moderna de la relojería suiza.

Para su seguridad cada unidad Mido Ocean Star lleva una numeración exclusiva que determina **su** propiedad!

Ocean Star (modelo 4047) en acero inoxidable
AUTOMATICO - CALENDARIO - IMPERMEABLE
Diseño Registrado

Mido

EL RELOJ SUIZO AUTOMATICO 100 x 100 IMPERMEABLE

EL TRUST JOYERO RELOJERO

CORRIENTES Y CARLOS PELLEGRINI

VENTA Y SERVICE EN 111 PAISES - EN ARGENTINA: EL TRUST JOYERO RELOJERO - CASA MATRIZ Y SUCURSALES

poco antes de la segunda guerra mundial por científicos alemanes que buscaban un remedio contra el dolor. Hace año y medio, Dole y Nyswander descubrieron que una dosis diaria, con un costo de diez centavos de dólar, administrada por vía oral, constituye un sustituto eficaz de la heroína.

La metadona es un estupefaciente que engendra hábito vicioso y cuya supresión causa síntomas como náuseas e inquietud. Pero, a diferencia de la heroína, no produce exaltación en quien la consume. "Con la heroína, el toxicómano tiene períodos de euforia y siente la exigencia de buscar estupefacientes", señala la doctora Marie Nyswander, "pero con la metadona conserva su personalidad normal".

No obstante, el tratamiento de un toxicómano, para ser eficaz, requiere algo más que la terapéutica con medicamentos. "Aún queda el problema de la rehabilitación social", dice el Dr. Dole. El programa que se lleva a cabo en Nueva York proporcionará tratamiento a un mínimo de 250 toxicómanos en diversos hospitales de la ciudad, donde permanecerán hasta seis semanas. Después, en calidad de enfermos no hospitalizados, recibirán asistencia de carácter social y una provisión diaria de metadona. "Tomando metadona", aclara el Dr. Dole, "el toxicómano puede asistir a la escuela o conservar el empleo". — *Newsweek*



¿DESEA USTED REIMPRESIONES DE ARTICULOS?

MUCHOS de nuestros lectores se dirigen con frecuencia a nosotros en solicitud de reimpresiones de ciertos artículos que les han parecido de excepcional interés o particular utilidad, deseosos de hacerlos llegar a manos de parientes o amigos. A fin de atender esas peticiones, ponemos a disposición de nuestros lectores reimpresiones de los siguientes artículos publicados en este número:

Mi fe en la oración
La formación de un hombre
Por qué no negociar en Vietnam

Precios (incluido el franqueo a una sola dirección): 10 — m$n 110; 50 — m$n 450; 100 — m$n 750; 500 — m$n 2800; 1000 — m$n 4000. Diríjase (acompañando el importe) al Depto. de Reimpresiones, Selecciones del Reader's Digest Argentina, S. A., Bernardo de Irigoyen 974, Buenos Aires.

(Oferta válida por 30 días)

La risa, remedio infalible

No nos habíamos dado cuenta del estado de las reservas de agua de Nueva York hasta que en un restaurante le oímos decir a un cliente: "Deme un vaso de agua para llevar a casa"... "Durante 30 años", explicaba Joe Lewis, que ha tenido fama de bebedor, "la gente pensaba que yo andaba de juerga. Ahora comprenden que solo estaba ayudando a conservar el agua".

—E. W.

Acusado de agresión compareció ante el tribunal un marido que le había puesto un ojo negro a la esposa. Pero el reo le contó un cuento triste al juez y este lo dejó en libertad condicional.

Al día siguiente llevaban al individuo ante el mismo magistrado por haberle amoratado el otro ojo a su consorte. El juez estaba iracundo, pero el sujeto explicó:

—Señor juez, ayer fue un día muy duro para mí, y con eso de verme aquí en el tribunal y rodeado de tantos abogados tenía los nervios hechos trizas. Al salir pensé que una copita me calmaría, y me tomé otra, y otra . . . Cuando llegué al fin a casa mi mujer me estaba esperando. "¡Borracho! ¡Desvergonzado!", me dijo. Le juro, señor juez, que entonces no le hice nada. Pensé en la condición en que me hallaba y me dije para mis adentros que quizá no le faltaba razón. Luego me dijo: "¡Holgazán! ¡Vagabundo!" Señor juez, pensé en cómo había yo descuidado mi trabajo y en los alquileres que debía y, claro, tampoco entonces le dije nada porque me decía yo que tal vez tuviera ella razón. Pero en eso, señor juez, que me dice: "Si el idiota ese del juez tuviera algo de sesos, a estas horas estarías en la cárcel"... Y tal desacato a la justicia, señor juez, ¡eso sí que no lo pude tolerar! —J. E. D.

La siguiente anécdota la cuentan de Jack Straus, presidente de la directiva de la tienda Macy's, que se anuncia como "la más grande del mundo". Una Nochebuena regresó a su apartamento en Nueva York después de haber trabajado hasta medianoche para asegurarse de que se hubieran despachado todos los pedidos de Navidad. Agota-



do se metió en cama . . . y a las dos de la madrugada sonó el teléfono.

—¿Habla el señor Straus, de la tienda Macy's?

—Sí . . .

—Señor Straus, estuve en su tienda el otro día y compré allí una gorra preciosa para regalarle a mi marido. Ya se la puse bajo el árbol de Navidad y estoy loca por que la vea.

—Señora —repuso Straus en tono de glacial cortesía—, ¿podría explicarme usted por qué me habla de una gorra a esta hora de la madrugada?

—Porque su bendito camión acaba de entregármela —gritó la señora, cortando de un golpe la comunicación. —J. S. Z.

Una aspirante a estrella, que acababa de bajar del avión en Hollywood, le decía con toda franqueza a su agente: "¿Qué debo hacer: comprarme un suéter que me quede chico, para convertirme en estrella . . . o uno que me quede grande y me meto a cantante folklórica?"

—L. G.

En la actualidad, muchas líneas aéreas vienen exhibiendo películas cinematográficas durante los vuelos, para diversión de los pasajeros. Y así ocurrió que, en reciente ocasión, Bob Hope les dijo a los periodistas cuando descendía de un avión:

"¿Que si traje a los niños? ¡Imposible! ¡La película era solo para adultos!" —H. G.

Un viajero que acaba de llegar de Europa informa que en un teatro de ópera vio el siguiente letrero:

EL BARBERO DE SEVILLA

3000 asientos — Evítese la espera.

—C. C.

Una anciana monja que había estado en cierta comunidad durante 62 años, se oponía tenazmente a la modernización del hábito de la orden. Cuando llegaron los nuevos hábitos, se les dio instrucciones a las religiosas de vestirse con ellos y que luego se reuniesen en el salón de recreo. Al notar que la venerable monja no se presentaba, la superiora mandó a una de las novicias a buscarla. La joven encontró a la anciana en su celda, con la nueva ropa extendida sobre la cama. "Por primera vez en 62 años", dijo la anciana, "me arrepiento de haber rechazado a Jorge". —L. R.

En un avión la aeromoza le preguntó a un pasajero qué clase le correspondía. "Media inferior, supongo", repuso él. —J. K. T.

Un señor telefoneó a su esposa desde su cantina favorita para avisarle que tenía que trabajar horas extraordinarias y por consiguiente no iría a cenar a casa. "¡No me salgas con esas, que bien te conozco!" dijo la voz por el auricular. "¡Salte de la cantina inmediatamente! Acaba de oír usted una grabación". —R. S.

Aquí está la Línea Falcon '66

Culminación de nuestro plan intensivo de control de calidad, que iniciamos al presentar el Falcon 1962. Cuatro años de constante mejoramiento, cuyo resultado previsto es este Falcon '66... ¡el mejor fabricado hasta el presente! Aunque ya en 1965 fue el automóvil que obtuvo mayor éxito... ¡continuamos con nuestras experiencias! Perfeccionamos así la suspensión delantera y adoptamos un nuevo sistema de amortiguación, además de introducir ventajosas modificaciones en el motor y en la dirección. ¡Ahora Ud. lo aprovecha en los Falcon 66!

Viene con importantes novedades!

Vea las que se ilustran aquí. También son deslumbrantemente nuevos sus colores. Antes de ver sus 9 tonos metalizados... reserve un momento para el asombro. Todos los colores han sido realizados en nuevo esmalte acrílico, que da mayor iridiscencia y más durabilidad a la pintura. Cerradura en la guantera, que funciona con la llave del baúl. Y en los 3 modelos, puede Ud. optar por la rueda sport con rayos. Todo esto le ofrece a Ud., más que nunca, la seguridad de un mejor precio de reventa... ¡y la certeza de que éste es el mejor año para comprar un Falcon!



Tapizado de diseño totalmente distinto. Nueva suntuosidad interior, complementada por la confortable amplitud de los asientos.



Nuevo y moderno estilo y menor diámetro en el volante. Cierre del capot desde el interior.



Suspensión delantera perfeccionada para eliminación de ruidos y mayor durabilidad. Nuevo sistema de amortiguación.



Motor Ford 187, en el Futura y el De Luxe. La mejor relación peso/potencia. Rendimiento máximo con nafta común.

Este es el mejor año para comprar un FALCON

Futura
Toque sport que agrega un sabor picante a cualquier paseo.

De Luxe
Lujosa amplitud que lo transforma en la parte viajera del hogar.

Standard
Fortaleza capaz de afrontar durante años la agresividad de todos los caminos.



CALIDAD EN ACCION!

Más de medio siglo en la Argentina

Miembro de ADEFA



¡esos cabellos son un aviso!



¡Mírelos! No solamente su número: también su aspecto! Sus cabellos están débiles, quebradizos, opacos, sin vida! La caspa y la seborrea son la causa de su pérdida de vitalidad y de brillo. Combátalas y prevenga sus consecuencias con el Nuevo Shampoo Anticaspa CEPHARANTIN!

¡VAYA A LA RAIZ DEL PROBLEMA!

Cuando la "lubricación" natural de cada cabello es excesiva, aparecen escamas de caspa y se obstruyen los canales pilosos por los que "respira" el cabello. La solución es revivir y desinfectar la piel y liberar el cabello, dejarlo respirar desde la raíz: La solución es el Nuevo Shampoo Anticaspa CEPHARANTIN!

¡CEPHARANTIN ES DE ACCION RADICAL POR SU FORMULA UNICA!

El Nuevo Shampoo Anticaspa CEPHARANTIN tiene acción radical porque contiene en su fórmula Stephania Cepharanta, nueva droga japonesa bactericida y antimicrobiana y de acción tónica para el bulbo piloso. ¡Por eso es efectivo!

¡LUZCA UNA CABELLERA ABUNDANTE, SANA, JOVEN!

Shampoo Anticaspa CEPHARANTIN asegura cabellos sin caspa, limpios, suaves, brillantes! Lávese la cabeza por lo menos 2 veces por semana con el Nuevo Shampoo Anticaspa CEPHARANTIN para la completa belleza del cabello y del peinado. ¡El espejo y el peine le mostrarán los resultados!

SHAMPOO ANTICASPA

CEPHARANTIN



MUY IMPORTANTE:

El Nuevo Shampoo Anticaspa CEPHARANTIN está especialmente indicado para cabellos teñidos.

MULCA* S.A.C. e I. – MEDRANO 456 – TEL. 86-8415 AL 18

Ideas, conocimientos, informaciones


Harry Jurey

POR LARRY DEAN HOWARD

Este joven de 17 años ha sido ganador en 1965 del concurso Westinghouse para reconocer el talento científico, por la notable forma en que siguió la trayectoria de los satélites desde un observatorio construido en su garaje.

EL ESCRITOR Lincoln Barnett describió en una ocasión el entusiasmo de un grupo de estudiantes que acababa de asistir a una clase de física en el Instituto de Estudios Superiores de la Universidad de Princeton.

—¿Qué tal fue la clase? —preguntaron a uno de ellos.

—¡Magnífica! —repuso el alumno—. Todo cuanto aprendimos la semana pasada ya no es verdad.

Uno de mis amigos comentaba recientemente que hoy cambiamos tanto de ideas sobre el mundo que nos rodea como de camisa. Esto podrá ser una exageración, pero lo cierto es que en los últimos lustros hemos aprendido más cosas que en toda la historia anterior de la humanidad.

Hace apenas 60 años que el primer avión ascendió bamboleándose, y menos de ocho que el primer satélite artificial escapó de la prisión de la atmósfera terrestre. Y en el lustro durante el cual yo me dediqué a observar satélites por placer —aunque con seria dedicación—, fueron lanzados al espacio más de 500 artefactos.

Con otros milagros recientes de la ciencia, estos satélites han extendido de modo inmensurable nuestro conocimiento del mundo que habitamos. Para la mayor parte de nosotros esa multiplicación de conocimientos significa que, como Alicia en el País de las Maravillas, debemos apresurarnos cada vez más si no queremos quedar rezagados.

En esta carrera, uno de los mejores auxiliares que yo conozco es SELECCIONES DEL READER'S DIGEST. Sus temas son tan amplios y variados que el lector habitual tiene la seguridad de enterarse de los principales adelantos y problemas, así como de conocer a las personalidades más conspicuas. Y como esa revista sabe escoger, cada minuto que se le dedica es tiempo bien empleado.

El gran bacteriólogo Hans Zinsser dijo que el hombre de ciencia demuestra su talento "por su capacidad de discernir entre lo importante y lo baladí". SELECCIONES DEL READER'S DIGEST posee una cualidad semejante, pues informa a sus lectores de sucesos significativos en un estilo animado que compendia mensualmente ideas, conocimientos e informaciones.

10/3442

Exclusivamente para Ud.

Talco Sanacutis *de Lujo*

con talco importado de Francia

Pruébelo en todo su cuerpo y sienta una nueva y agradable sensación... Talco SANACUTIS DE LUJO es liviano y delicadamente perfumado, suave e inconfundible porque es el verdadero talco francés.

EL MAS FINO... EL MAS SUAVE...



TOMO LI
Nº 304

Selecciones del Reader's Digest

MARZO
de 1966

Condensaciones de artículos de interés permanente, coleccionadas en folleto

Una gran actriz norteamericana nos recuerda que la práctica de recitar las antiquísimas plegarias de hombres inspirados lleva a menudo por sí misma a la comunión con Dios

Mi fe en la oración

Condensado de "A Gift of Joy"

POR HELEN HAYES
REDACCIÓN DE LEWIS FUNKE



SE CUENTA de Voltaire, el escéptico filósofo, que una vez paseaba por la calle con un amigo cuando vieron pasar una procesión religiosa, y aquel se descubrió, con gran asombro del amigo, quien le preguntó:

—Pero, *Monsieur* Voltaire, ¿se ha convertido usted en creyente?

—Nada de eso —respondió Voltaire—. Cuando Dios y yo nos encontramos, nos saludamos, pero no nos hablamos.

Es cierto, desdichadamente, según pienso, que muchos hombres y mujeres de hoy, si bien creen en Dios, no sienten la necesidad de hablar con Él, o si se prefiere, de dirigirle una oración. Ya sé que se afirma que todo buen pensamiento es en sí mismo una plegaria, que cuanto hacemos inspirados por el amor o la bondad hacia otros, es nuestra forma, sencilla y sincera, de decir a Dios que le

agradecemos su propia bondad hacia nosotros. Pero aunque esto es verdad, no me parece suficiente. La práctica de repetir las preces escritas por hombres inspirados tiene en sí misma un valor especial.

Yo he conocido ese valor desde la infancia. Como actriz se me enseñó que cada representación de una obra debe dar la impresión de novedad y que el artista debe siempre poner en ella todas sus facultades. Este concepto de disciplina proviene también de mi formación católica. Como escribe el rabino Robert Gordis en su libro *A Faith for Moderns* (Una fe para el hombre moderno): "Aunque la finalidad de la verdadera comunión con Dios solo se alcance de manera intermitente, ello justifica la disciplina de la oración".

La oración espontánea suele ser en absoluto insuficiente, me parece, cuando tantas veces se pide a Dios lo imposible, o se le dan gracias por haber hecho que lo imposible sucediera. Nunca me he sentido satisfecha con las oraciones discurridas por mí, así que a menudo recurro a los Salmos de David, el rey-poeta, o a las Epístolas del apóstol San Pablo. Sus plegarias son mis preferidas; nunca buscan lisonjear, nunca gimotean: braman y cantan. Me han brindado sostén como se lo han brindado a incontables generaciones. Daré al lector dos ejemplos concretos.

Cuando oí por radio la noticia de que había comenzado la invasión aliada de Europa en 1944, me pareció que era un mensaje casi personal para mí, pues sabía que mi marido, Charles MacArthur, debía estar participando en aquella acción. Era ayudante especial del general William Porter, y desde Londres me había escrito que pronto habría "animación", por lo cual, en cuanto supe que estaban desembarcando tropas en las playas de Normandía, sospeché que mi marido estaría entre ellas. Entonces hice lo que hicieron muchos: corrí a la iglesia a rezar.

El templo estaba atestado cuando llegué y ocupé un lugar en las últimas filas. Tomé el Salterio de David, mi amigo de todos los momentos difíciles, y abriendo sus páginas busqué el salmo 120, que comienza: "Alzaré los ojos hacia los montes, de donde me ha de venir el socorro". Yo necesitaba que Dios me diera fuerzas, pues me sentía profundamente angustiada, y al volver las páginas mis ojos se detuvieron en un salmo nuevo, es decir, nuevo para mí, el 92: "El Señor reina; se halla revestido de majestad . . ."

Cuando terminé, comprendí que por una especie de milagro había encontrado exactamente lo que necesitaba. Como un bálsamo para el espíritu torturado, la oración me calmó, me reconfortó, y salí de la iglesia con la cabeza en alto y lleno de renovado valor el corazón. Había obtenido la fortaleza que tanto necesitaba y estaba segura de que sabría hacerme digna de Charlie.

Hubo una época de mi vida en que, como muchos otros, me alejé insensiblemente de la religión y de la proximidad de Dios. En los años de éxito y de abundancia había llegado a pensar, como dice el escritor inglés William Ernest Henley en su *Invictus,* que yo era "dueño de mi destino" y "capitán de mi alma". Parecía que todo había salido como yo lo planeé. No era que no creyera ya en Dios, ni que dejara de apelar a Él de vez en cuando, sino simplemente que consideraba mi fe como algo sobrentendido.

Y llegó mi hora de dolor. Mi hija Mary murió. Sentí la necesidad desesperada de ayuda, de una ayuda mayor que la que nadie pudiera darme. Traté con toda mi voluntad de hallar de nuevo el camino hacia una resignación total y hacia la comprensión de mi identidad con Dios como mi amigo y mi fortaleza. Durante mucho tiempo no lo conseguí, por contraste con la soberbia de mi juventud en que tantas otras cosas había logrado. No podía volver a la intimidad con Dios de que gocé cuando niña. Descubrí que no podía decir simplemente: "Pues ahora quiero tener fe". . . como si fuese posible pedir fe como se pide una buena comida.

Pasé varios meses luchando desesperadamente. Una noche en que, insomne, había estado dando vueltas en la cama, como tantas otras noches anteriores, me incorporé repentinamente, encendí la luz y tomé el Salterio, que conservaba en mi mesa de noche. Recuerdo que me puse a buscar el salmo 92, el que había descubierto el día del desembarco aliado en Francia, pero en vez de ello vi que había abierto el libro por el salmo 39. Y allí, en aquellas oscuras horas de la madrugada, leí en sus versículos: ". . . Porque me hallo cercado de males sin número; sorprendiéronme mis pecados, y no pude distinguirlos bien . . . y desfallece mi corazón. ¡Oh! plegue a ti, Señor, el librarme . . . Soy un mendigo y desvalido, mas el Señor cuida de mí. Tú eres mi socorro y mi salvador. ¡No tardes, Dios mío!"

Es un salmo extenso y lo leí con ansia, repitiendo sus versículos una y otra vez. Desde aquel momento me sentí mejor y aguardé con paciencia. Pensé que si el rey David había tenido sus instantes de duda y pudo ser tan paciente, también podía serlo yo. Y recordé la vida de los santos, tantos de los cuales lucharon con su fe. Ellos habían extraviado el camino y habían vuelto a él. Comprendí entonces que la fe llega por sí misma, no porque se la persiga.

En los funerales, tanto cristianos como judíos, se suele leer el salmo 22. Era uno de los salmos predilectos de mi marido, como lo ha sido mío y como también lo fue de mi madre durante toda su vida. Lo sé de memoria y fui yo quien lo recitó frente a la tumba de mi madre el día que la sepultamos. Estaba yo sola con Charlie y mi hijo Jim junto a la fosa. Vacilé una vez cuando re-

citaba, y recuerdo que Charlie me serenó con un suave apretón de su mano. Lo recité yo misma porque sabía que mamá se habría sentido desdichada si no lo hubiera hecho así. Me la imaginaba diciendo, dondequiera estuviese: "¿Por qué ha de ser algún sacerdote totalmente desprovisto de aptitud quien tenga el mejor parlamento, si Helen está presente?"

Habiendo aprendido las disciplinas de la paciencia y la oración, puedo repetir mil veces las palabras finales: "Y me seguirá tu misericordia todos los días de mi vida, porque more yo por siempre en la casa del Señor".

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 14



Caricaturas

Un cliente, a la dependiente del mostrador de juguetes educativos: "¿Qué enseña este, fuera de que con veinte pesos ya no se compra gran cosa?" — B. B.

El marido, mientras apura una copa y lee *La dieta del bebedor*, dirigiéndose a la esposa: "Ahora mismo siento ya la cabeza más ligera". — Fischetti

Una muchacha, a un viejo de barbas: "¡Pero abuelito! ¡Las barbas son cosa de chiquillos!" — B. B.

Un locutor de televisión al dar el parte meteorológico de invierno: "En el monte Calvo hay tres muchachas por cada varón; en el monte Alto se ven muchos coches deportivos conducidos por guapas solteras; en el lago Plácido no ha nevado desde hace seis días, pero hay siete fiestas que llevan ya más de ocho días de celebrarse sin interrupción . . ." — Ruge

El médico al paciente: "Voy a someterlo al régimen del hombre sobrio". — C. D.

La dependiente a una cliente: "Para demostrarle la fe que tenemos en este perfume, se lo fiamos a usted . . . y que *él* lo pague después". — E. R.

La esposa al esposo: "Me alegro de haber visitado por sorpresa a Luisa y Carlos . . . Luisa tiene su casa hecha un asco". — E. R.

Informe sobre el adelanto industrial más extraordinario desde la máquina de vapor: la electricidad nuclear.

La energía atómica alcanza la mayoría de edad

POR JOSEPH BLANK

EN SU taller de Dounreay (en el distrito escocés de Caithness) Jim Campbell pone a funcionar un taladro eléctrico y da los últimos toques a un estante para libros; en ese mismo momento la señora María Mortara, en Latina (Italia meridional), prende su máquina de *espresso* para hacerse una taza de café; y muy al norte, en Farsta (Suecia), Lars Olsson enchufa el calentador de su automóvil a una toma eléctrica para que el motor arranque con más facilidad a la mañana siguiente.

Aunque triviales, todos estos hechos son testimonio de una formidable aventura industrial: en los tres ejemplos citados, la electricidad emanaba de una fuente de energía nuclear. Sin mucho ruido ni publicidad, el mundo ha entrado en una nueva era. Desde 1955 la electricidad de origen atómico se ha multiplicado, en cuanto a volumen, 1700 veces. "El átomo ha llegado a su mayoría de edad", dice el Dr. Glen Seaborg, presidente de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, "y afortunadamente en una época en que puede ser de máxima utilidad al hombre".

Este paso hacia una nueva era de la energía señala un histórico progreso de la técnica, comparable con el que representó la máquina de vapor, de Watt, que lanzó al mundo a una revolución industrial. La energía atómica, no obstante, plantea inevitables cuestiones: ¿Es necesaria? ¿Resulta cara? ¿Es segura? ¿Ofrece ventajas especiales? ¿Dónde y cuándo se empleará?

Necesidad de la energía nuclear. La necesidad de fuerza eléctrica (para iluminar el mundo y

para aligerar el trabajo del hombre) es poco menos que insaciable. La demanda de energía se duplica cada diez años, a medida que la población aumenta. Hay lugares donde esa demanda es todavía mayor. Pakistán, por ejemplo, consume hoy 20 veces más energía que en 1947. Por otra parte, las reservas de combustibles minerales (carbón, petróleo, gas natural) no son infinitas. La energía atómica nos brinda la mejor solución al problema.

El programa más importante del mundo para la producción de fuerza atómica lo inició Inglaterra en 1955. Antes de diez años el átomo estaría generando la quinceava parte de la energía requerida por el país. Y hoy, que funcionan en su territorio nueve fábricas y dos centrales de experimentación, Inglaterra produce más energía atómica que todo el resto del mundo: el ocho por ciento de la electricidad que necesita la nación.

También la Europa continental se enfrenta a una situación de urgencia, pues sus reservas de combustibles minerales merman con rapidez. Algunos países (Suecia, por ejemplo) no tienen reserva alguna. Italia, que está explotando ya el 80 por ciento de sus recursos hidroeléctricos, se vio obligada a iniciar la producción de energía nuclear. En Francia, cinco centrales proporcionan energía atómica al país, y hay cuatro más en construcción.

Inclusive los Estados Unidos impulsan la producción de energía atómica, a pesar de que sus reservas de combustibles minerales deberán durar, según se calcula, por lo menos otros 100 años. Hacia 1980 las necesidades estadounidenses de electricidad serán más de dos veces y media superiores a la producción actual. "Así pues, Norteamérica necesita ya la energía atómica", dice el Dr. Seaborg, "si no quiere verse más adelante en una situación desesperada".

Ventajas. Algunas de las ventajas de una estación de fuerza nuclear se pueden ver en las instalaciones de la Central Electricity Generating Board en Trawsfynydd, Gales del Norte (Gran Bretaña). Con una producción anual de 70 toneladas de combustible nuclear, proporciona electricidad suficiente para una ciudad de 500.000 habitantes. La fábrica no arroja llamas, humo ni hollín; está pintada de blanco brillante, y es limpia y silenciosa como un hospital. Para producir esa misma cantidad de energía, una central térmica corriente quema *casi un millón de toneladas* de carbón al año y es un remolino de trenes y camiones, carbón y cenizas.

Además, como las centrales térmicas ordinarias necesitan enormes cantidades de combustible, tienen que estar situadas cerca de las fuentes de abastecimiento. Esta regla, en cambio, no se aplica a las fábricas de energía atómica, que se pueden construir cerca de las zonas que la consumen, con la resultante economía de crecidísimas sumas en el costo de la trasmisión.

Costos. En la etapa inicial de la era atómica, los ingenieros calcularon que en el decenio de 1950 el costo de un reactor sería descorazonadoramente elevado; pero en aquellos cálculos no se tomó en cuenta el inevitable subproducto de la técnica: el progreso. Gracias a la investigación, la tenacidad y la inventiva nacida de la experiencia, se puede reducir el costo de fabricación de una máquina y se pueden aumentar sus rendimientos. Y esto es lo que ha de ocurrir con los reactores nucleares.

En Inglaterra, por ejemplo, la construcción de una central ordinaria cuesta hoy 36 libras esterlinas por kilovatio-hora de capacidad, contra 124 libras en la central nuclear, esto es, más del triple. Sin embargo, la Central Electricity Generating Board (C.E.G.B.) calcula que en 1970 los costos de la central ordinaria habrán subido a 43 libras esterlinas y que los de la segunda se habrán reducido a 92.

La baja que se ha logrado ya en los costos de producción es extraordinaria. La central nuclear de la C.E.G.B. en Berkeley, Gloucestershire (Inglaterra), inaugurada en 1962, produce energía eléctrica con un costo de 1,41 centavos de dólar por kilovatio-hora, lo cual es caro comparado con los 0,69 centavos de dólar que cuesta en una central ordinaria. Pero en este año de 1966 la central nuclear de Dungeness (Kent) está ya generando corriente con energía atómica por 0,86 centavos de dólar. Y en 1970 la C.E.G.B. abrirá una segunda central en Dungeness que producirá electricidad a 0,52 centavos de dólar por unidad, es decir, con un costo diez por ciento inferior al de las centrales ordinarias. El salvar así la barrera de los precios significa que a partir de 1970 la energía nuclear podrá competir en Inglaterra con el carbón y el petróleo.

Un problema en puerta, grave sin duda, pero susceptible de solución, está en que las existencias de combustible nuclear son limitadas. Los reactores de hoy aprovechan solamente el uno por ciento de la energía latente del uranio. En el decenio de 1981-1990 puede ocurrir que escasee el uranio barato. A la larga la solución consistirá en apelar a reactores regeneradores, que producen combustible fisionable al mismo tiempo que lo consumen.

Los reactores regeneradores constituyen la segunda generación de la energía atómica. El que construyó para experimentación la Dirección de Energía Atómica del Reino Unido, ha estado funcionando durante más de seis años en Dounreay. Todavía hay mucho por aprender antes de que los regeneradores puedan competir en la industria, pero los científicos de la Dirección creen que estarán funcionando antes de finales del decenio de 1971-1980. Hacia esa época deberán ser el medio más económico de producir electricidad.

Seguridad. ¿Ofrece peligro una central nuclear? Las palabras "energía atómica" evocan en algu-

nas personas la imagen de nubes en forma de hongo y la de muerte en masa. Es preciso que quede bien claro lo siguiente: las *bombas* nucleares y las *centrales* nucleares son dos cosas enteramente distintas. El reactor electrógeno sólo contiene una pequeña cantidad de materia fisionable, mientras que el núcleo de una bomba atómica es fisionable en un 90 por ciento, aproximadamente. Y por la naturaleza misma de su construcción, la central núcleo-eléctrica no puede estallar como una bomba atómica.

Hasta ahora han ocurrido cuatro accidentes graves, pero solo con reactores que estaban en la etapa de pruebas: uno en la primera estación de experimentos de la Dirección de Energía Atómica del Reino Unido, en Windscale (en la costa occidental de Inglaterra); uno en los Estados Unidos; uno en Yugoslavia, y otro en el Canadá. En estos accidentes y en otros de menor importancia hubo un total de cinco muertos en 20 años de trabajar con el átomo en menesteres pacíficos. No se ha registrado ninguna muerte provocada por un reactor que estuviera ya en plena operación.

La posibilidad de que un reactor "se desboque" es remota, por dos razones: primera, la seguridad es inherente a la naturaleza del reactor, que automáticamente retarda su marcha cuando se calienta; y segunda, lleva dispositivos automáticos de seguridad que lo apagan al ocurrir cualquier síntoma de anormalidad en su funcionamiento. Pero aun en el caso de que se desbocara, sería improbable que se contaminasen las zonas vecinas, gracias a las salvaguardias inherentes al diseño, construcción y funcionamiento de las centrales de energía nuclear. El centro de cualquier reactor está encerrado, o bien dentro de una pesada pared interior de acero y otra gruesa pared exterior de hormigón, o bien en una especie de coraza de hormigón de grosor extraordinario, especialmente diseñada. Algunos reactores norteamericanos están envueltos, para mayor protección, por una cámara de vapor.

Los temores del público por la cercanía de algún reactor nuclear imponen una especie de sacrificio económico o multa, pues los costos de trasmisión son más caros cuanto más lejos queda la central de la zona de consumo. Entre los europeos hay, en realidad, poca "atomofobia". A tres kilómetros tan solo de la ciudad sueca de Farsta (ciudad exclusivamente atómica) hay un reactor que da fuerza eléctrica y agua caliente a sus 35.000 habitantes, y estos han aprendido a convivir sin temor con el átomo; existe, por añadidura, una larga lista de solicitantes que esperan su turno para ir a radicarse allí. En Escocia, la población de Dounreay está ansiosa de fomentar la construcción en sus cercanías de un prototipo de reactor de auto-regeneración rápida, pues asocian su instalación con la prosperidad y el progreso.

Dónde y cuándo. El consumo de energía atómico-eléctrica aumentará a ritmo acelerado. Ya funcionan en el mundo 83 centrales, hay otras 25 en construcción y 40 proyectadas. En Europa los peritos calculan que entre el presente año y el de 1980 la producción de energía nuclear se duplicará cada tres años y medio. En Inglaterra se espera que hacia 1975 una de cada cinco casas, fábricas y edificios de oficinas estará iluminada y movida por energía nuclear. En Italia hay actualmente tres centrales atómicas que producen 622.000 kilovatios cada hora. Hacia 1973 la producción habrá llegado allí a 2,5 millones de kilovatios por hora. En Francia, hacia 1970, los reactores generarán el cinco por ciento de toda la electricidad que consuma el país, y 15 años después esa cifra habrá alcanzado el 30 por ciento.

En otras partes del mundo hay naciones que ya construyen o proyectan instalaciones de energía atómica. Brasil espera producirla en 1969. La India entrará en la edad nuclear en 1967, seguida dos años después por Pakistán. Japón, escaso ahora de carbón y con necesidades de electricidad que aumentan el 13 por ciento cada año, está a punto de emprender un extenso plan de producción de energía núcleo-eléctrica. La Argentina, Tailandia e Israel estudian costos y valores de dicha energía.

Así pues, la energía nuclear ha salido ya de los balbuceos y tropiezos de su adolescencia y ha entrado en una prometedora mayoría de edad. De ahora en adelante, cada vez con mayor frecuencia, cuando el mundo tire de algún conmutador eléctrico, será el átomo el que responda.



LETRERO sobre el escritorio de un importante hombre de negocios: HAZ FELIZ A UNA PERSONA CADA DÍA . . . AUNQUE SEA A TI MISMO.

— T. P.

Perdón

QUERÍAMOS llamar por teléfono a una de las condiscípulas que tiene nuestra hija en la clase de baile; el único dato de que disponíamos sobre la muchacha era que se apellidaba Garcés, y en la lista telefónica había cinco familias con ese apellido. El primer Garcés que contestó fue el tercero de los que llamamos.

—Perdone —pregunté—, ¿es usted el Garcés cuya hijita asiste a la escuela de baile?

—No, señora —me contestaron—; habla usted con el Garcés que al sonar el teléfono estaba metido en la bañera. — W. H.

El "taxista", el "coronel" y el "cliente" son unos pocos de los papeles que los agentes especiales tienen que representar en su lucha contra el crimen y la subversión.

Los múltiples rostros de la FBI

POR FREDERIC SONDERN, HIJO



"EN EL curso normal de nuestras investigaciones", ha dicho J. Edgar Hoover, director de la FBI, "nuestros agentes especiales visten discretamente y hablan y actúan como lo que son, es decir, como hombres cultos; pero a veces tienen que presentarse bajo otras apariencias que sirven mejor a sus fines".

Esto no lo dice todo. En el curso de los años los agentes de la Oficina Federal de Investigaciones, o FBI, han infundido un temeroso respeto a bandidos, conspiradores y espías por su misteriosa habilidad para asumir falsas identidades en forma tan convincente que han podido penetrar en sus grupos más cerrados y mejor organizados, para destruirlos.

El caso de la tentativa de extor-

sión de que fue víctima Raymond Stagg, de Bethel Island (California), exigió una personificación especialmente difícil. Una mañana de marzo de 1962 Stagg se presentó furioso en la oficina de la FBI, con una carta en la mano. La habían pergeñado con recortes de periódico y decía así: "Señor Stagg. Necesito 13.600 dólares. Si no me los da, su mujer será la primera víctima. Nada de policía. Esto va de veras. Consiga el dinero en billetes usados de $20 en 3 bancos. Téngalo el jueves por la noche".

El rimbombante señor Stagg era figura bien conocida en las esferas del juego, ya que desde hacía años ejercía el cargo de director de publicidad del Club Harold, de Reno (Nevada). Andaba en los 76 años, usaba un impresionante mostacho, perilla y cabello largo sobre la nuca. Conducía un automóvil inmenso adornado con una cornamenta de vaca sobre el radiador, y llevaba siempre consigo un revólver cargado y un gran cuchillo de monte.

Era, por lo demás, hombre rico, y la FBI sabía que su fortuna era bien habida. Los agentes presintieron que en este caso tendrían que habérselas con pájaros de cuenta, de modo que, a pesar de que Stagg quería batirse a tiros con los bandidos, lo persuadieron para que contestara con tono de simulada cobardía las llamadas telefónicas que probablemente iba a recibir de los extorsionistas. Estos llamaron, en efecto, para fijar el lugar y la hora en que se les debía entregar el dinero, y Stagg contestó tal como lo habían aleccionado.

El paso siguiente era más difícil, pues el agente especial que haría el papel de Stagg tenía que parecerse exactamente al modelo y actuar como él. Seguramente lo iban a examinar con mucho cuidado antes de ponerse en contacto con él. Aquí fue valiosísima la ayuda del mismo Stagg, veterano director de espectáculos. Tan exigente como cualquier director de escena, vigiló la confección del mostacho, perilla y peinado del agente especial, le enseñó su característica manera de andar y de conducir su coche con alegre desenfado.

Todo salió a pedir de boca. El agente asistió a la cita . . . y el extorsionista fue capturado y condenado a presidio.

No le gusta a la FBI dar detalles de operaciones de esta especie, pero su "sección de disfraces", como la llaman extraoficialmente algunos agentes especiales, no es un secreto. Con ayuda de un fichero en que constan los antecedentes y habilidades de todo su personal, puede crear un tipo convincente de banquero, un vendedor de anuncios, un dirigente obrero o un deportista. Emplea especialistas en maquillaje tan buenos como los de Hollywood, y toda clase de atavíos y trebejos, desde capas del Ku Klux Klan, de diversos rangos, hasta garfios de estibador. Sus calígrafos pueden reproducir cualquier documento que los agentes especiales necesiten.

En ocasiones estos agentes tienen

que aprender un papel enteramente nuevo, como en el caso de Edward King, escurridizo director intelectual de una pandilla de ladrones que se especializaban en robar valores negociables a los corredores de bolsa. Hacía meses que lo buscaba —lo mismo que a sus ayudantes— la policía de varios Estados, cuando tomó cartas en el asunto la FBI, por sospechar que habían violado la ley federal trasportando mercancías robadas de un Estado a otro.

Entre la vasta red de delatores de la FBI había un hombre que conocía muy bien a King y convino, mediante cierta suma (la FBI paga bien y al contado), en presentar a King un agente especial que simularía ser comprador de objetos robados. Se concertó una entrevista, a la que siguieron muchas horas de regateo en cantinas o en las calles mientras King examinaba cuidadosamente e interrogaba a su nuevo cliente. Este, instruido de antemano por los peritos de la Oficina, contestaba correctamente todas las preguntas. Sabía con exactitud los precios que se pagaban en el hampa por diversas clases de títulos robados y podía discutir con autoridad acerca de los conductos y de la forma como se distribuirían.

En un punto de las negociaciones King le preguntó de sopetón:

—¿Cómo sé yo que usted no es un agente de la FBI?

A lo que el "socio" replicó en el tono preciso de voz:

—¿Y cómo sé yo que no lo es *usted*?

Con eso se aclaró la atmósfera y cerraron el trato.

—Usted comprenderá —le dijo King —que debemos tener mucho cuidado para no caer en las garras de la FBI.

Pocos días después se presentó King de improviso en la habitación de hotel que ocupaba su cliente y le entregó títulos de bolsa por valor de 76.000 dólares por los cuales esperaba recibir 26.600 (a razón de 35 centavos por dólar, según lo convenido). El cliente los examinó con la precaución acostumbrada entre timadores.

—Y ahora —dijo King con una amplia sonrisa y estirando ambas manos—, si usted fuera de la FBI me pondría las esposas.

Entonces vio con horror que el "cliente" metía la mano en el bolsillo, sacaba las esposas y se las ponía en las muñecas.

"Para ser actores aficionados", dijo recientemente un funcionario de la Oficina, "nuestros agentes lo hacen realmente muy bien y han salvado muchas vidas". Aun en los arrestos más peligrosos los agentes disfrazados rara vez tienen que sacar la pistola. No hace mucho, un asesino se fugó de la prisión. Los agentes de la FBI se pusieron en contacto con su mujer. Cooperando con ellos, les informó que había hecho cita con el fugitivo. Este le había ordenado que fuera en un taxi a determinado lugar y a determinada hora, con la advertencia de que se batiría a tiros con cualquiera que quisiera capturarlo. Los agentes de

la FBI sabían que para evitar derramamiento de sangre tendrían que actuar con una precisión de segundos. Planearon la celada en todos sus detalles. El taxista que llevó a la mujer a cumplir su peligrosa cita era un agente especial disfrazado. Detrás, en otro taxi, iban tres hombres de negocios que hacían ostentación de sus carteras de papeles y discutían animadamente.

El marido estaba en el lugar de la cita. El agente que hacía de taxista se enredó con la señora en una aparente disputa.

—No —gruñía el taxista—. Esto no es suficiente. ¡Me hace usted venir hasta acá, señora, y no me da propina! ¡No es justo!

El marido intervino, y los tres agentes que venían en el segundo taxi se le acercaron por detrás y, agarrando al fugitivo por los brazos, le pusieron las esposas antes de que este se percatara de lo que sucedía.

El problema más grande y siempre presente para la sección de disfraces lo constituyen las tortuosas intrigas del espionaje extranjero, cuyos agentes son por lo general mucho más inteligentes que los delincuentes comunes. Su cantidad aumenta constantemente a medida que los gobiernos —cada vez en mayor número, no solo del bloque comunista, sino también de Iberoamérica, África, el Oriente Medio y el Extremo Oriente —van mostrando mayor interés en conocer las medidas militares y diplomáticas de los Estados Unidos.

Protegidos por la inmunidad diplomática, estos espías tienen su base en la sede oficial de sus respectivas delegaciones de Nueva York y en Washington, y los agentes de la FBI tienen que andarse con muchísimo cuidado porque a la Secretaría de Estado no le gustan las situaciones embarazosas. Para declarar a un emisario extranjero persona no grata, el caso tiene que probarse sin que quede la menor sombra de duda. Con todo eso, la FBI ha logrado esa prueba en más de 30 casos importantes en los últimos diez años, a menudo con la ayuda de la sección de disfraces.

Caso típico fue el de Maksim Martynov, agregado de la delegación soviética ante las Naciones Unidas.* En Alemania unos agentes soviéticos habían establecido contacto con un coronel del ejército norteamericano que estaba en vísperas de retirarse del servicio y le concertaron una entrevista con Martynov en Nueva York. El coronel dio aviso a las autoridades y el caso pasó a la FBI. Se resolvió que la entrevista de Nueva York se celebrara tal como estaba convenido . . . pero un agente especial haría el papel del coronel.

Entre el personal de la Oficina se encontró pronto el hombre para el caso. Tenía un parecido extraordinario con el coronel: mentón redondo, piel rojiza, frente muy despejada. No fue difícil agregarle diez años de edad con arrugas pin-

*Véase "Instantáneas de un espía soviético", en SELECCIONES de febrero de 1964.

tadas, ojeras, y tinte grisáceo para el cabello; pero, para desgracia del agente, el coronel usaba un vistoso y espeso bigote. Para simular esta característica fue preciso crearle un mostacho pelo por pelo, prendido de una capa de goma que se aplicó al labio superior del servidor de la FBI. Hasta los mejores disfraces faciales son molestos para quien los lleva, y aquel lo era especialmente, porque el peludo artificio le producía al agente una comezón endemoniada.

A pesar de todo, por lo menos cuatro veces salió airoso del escrutinio a que lo sometieron los agentes soviéticos. En la última de estas ocasiones, Martynov por fin trató de obtener información del "coronel". Este dio la señal convenida de antemano y se presentaron los agentes de la FBI. De ahí a poco, Martynov viajaba de regreso a la U.R.S.S., cortés pero terminantemente expulsado por la Secretaría de Estado como persona no grata: un triunfo más del detectivismo disfrazado.



De todo y de todas partes

Los DIRECTORES del Parque Zoológico de Copenhague han comprado una granja donde de cuando en cuando envían a las fieras a "pasar vacaciones".
— Reuters

LAS AMAS de casa de Citerna (Italia) están muy contentas con su nueva alcaldesa, la escritora Flora Volpini. Su primer acto oficial fue el de hacer instalar cuatro máquinas de lavar ropa en un lugar público, para uso gratuito de todos. Muchas de las mujeres de Citerna solían lavar sus prendas a orillas del río Cierfone. — T. N. O.

EN FRANCIA la Iglesia Católica ha calificado las infracciones de tráfico como pecados que los fieles deben confesar. El exceso de velocidad, el adelantarse a otro vehículo cuando está prohibido y el conducir en estado de embriaguez, caen bajo la categoría de "pecados de orgullo". Un portavoz del episcopado francés explicaba que el conducir a grandes velocidades obedece a menudo a un exceso de orgullo.
— *Times-News*, Twin Falls, Idaho

UNA TIENDA de artículos deportivos situada en el centro de Tokio ha construido sobre su local un picacho de 18 metros, para los principiantes aficionados al montañismo. Estos pagan la instrucción a 150 yenes por hora (más el seguro). El peñasco artificial, que tiene una inclinación de 84 grados, está provisto de grietas y salientes, con ganchos para las cuerdas, y costó 10 millones de yenes.
— *Times*, de Nueva York

La formación de un hombre



Un escritor famoso recuerda a un padre que tenía un método sorprendente de educar a sus hijos

POR PHILIP WYLIE

Dos hijas y tres hijos tuvo mi padre. Sus ideas sobre la educación femenina pueden haber sido un poco vagas. No lo sé, pues yo era uno de los varones (el mayor); pero de lo que debía ser un muchacho, no le cabía la menor duda.

Un muchacho era un varón, y si tenía suerte llegaría a ser un hom-

bre. Según él, nuestra adolescencia era solo un período preparatorio para la madurez de la vida masculina; y no concebía sino un tipo de varón adulto: el "hombre de verdad".

Su código de reglas para los muchachos era detallado y exigente. Desde luego, debían ser honrados, dignos de confianza y seguros de sí mismos, pero sospecho que la cualidad que más admiraba de todas era el valor. Fue ministro presbiteriano y, lo mismo que muchos hombres que en su religión encuentran un símbolo vigoroso y claro, no conocía el miedo a los agentes físicos. No es que fuera sencillamente valiente, sino más bien que había superado la necesidad de serlo. Naturalmente, nosotros no podíamos mostrar la menor debilidad.

Llorar estaba prohibido. Vacilar en lo alto de una peña antes de tirarse al agua, fruncir la cara la primera vez que uno montaba en la montaña rusa, o cualquier otra cosa por el estilo, era "mostrar miedo".

Su método de infundir valor resultaba a veces brillante y eficaz. Recuerdo una noche de truenos y relámpagos que me habían llenado de terror. Yo tenía cuatro años. Mi padre se puso a hablarme del esplendor de la tempestad y luego me sacó al corredor de la casa para que la viera. Poco a poco sus palabras me tranquilizaron y pude gozar sin temblar de la fascinación de los relámpagos y centellas que zigzagueaban en el cielo y parecían caer casi a nuestros pies. Desde ese día las tormentas eléctricas siempre me han emocionado.

Con la natación fue distinto. Papá creía que un chico de cuatro años pasados debía aprender a nadar. Su propio padre le había enseñado a él llevándolo en bote de remos al centro de una laguna y bajándolo allí al agua con una correa sujeta a la cintura. Cuando aprendió a mover los brazos a la manera de un perrito, soltó la correa y el niño nadó.

Una mañana gris mis padres me llevaron a la playa, cerca de Cleveland, donde vivíamos. Yo tenía la edad en que él aprendió a nadar, de manera que resolvió poner en práctica lo que consideraba el método de su padre; es decir, me llevó en hombros entre las plomizas olas de 60 centímetros, me dio unas pocas instrucciones a gritos para dominar el ruido del mar, y me soltó. Me hundí dando gritos y tragué agua en tan gran cantidad que me entró hasta los pulmones. Me sacó asfixiándome, desesperado. Y en adelante ni siquiera él fue capaz de persuadirme para repetir el experimento.

No aprendí a nadar hasta que cumplí los nueve años y acompañé a otros chicos al charco donde nadaban. Era una cantera abandona-

---

PHILIP WYLIE es uno de los principales escritores norteamericanos. Ha escrito artículos para revistas, cuentos, guiones cinematográficos y novelas. Entre sus libros se cuentan *A Generation of Vipers* ("Generación de víboras"), que es un estudio muy controvertido de las costumbres norteamericanas, y *Triumph* ("Triunfo").

da que se había llenado de agua cristalina. Las paredes caían a pico. Donde uno se metía tenía una profundidad de 12 metros. Mi padre lo sabía, y sin embargo me dejó ir. Yo aprendí a nadar ayudándome con una tabla. Si me hubiera resbalado, no estaría escribiendo esta evocación.

Cuando ya supe nadar y hasta zambullirme, invité a mi padre a que fuera a verme. Fue y braceó en el pozo de la cantera delante de mí, como un oso polar, volviendo a ratos la cabeza para decirme: "¡Bravo, muchacho, bravo!"

Era difícil merecer su encomio; pero cuando nos elogiaba lo sentíamos hasta la médula.

Despertar de la imaginación. En el código de mi padre, un hombre "de verdad" debía ser no solo valiente, sino también cortés. Tan grave delito era no ponerse de pie en cuanto entraba en el cuarto una dama, como quejarse cuando recibía uno un pelotazo. La cultura de mi padre era extensa. Conocía la música clásica y el arte. Cuando regresó de Europa después de un viaje de bodas con su segunda esposa, trajo unas doscientas tarjetas postales con reproducciones de pinturas famosas de Italia, Alemania, Francia y Holanda. Mientras los demás chicos leían los domingos las historietas ilustradas de los periódicos, nosotros nos aprendíamos de memoria en aquellas tarjetas las obras de Rubens, Miguel Ángel y otros pintores.

Desde muy corta edad empecé a conocer la literatura. Tenía cinco años cuando murió mi madre, dejando a mi padre conmigo, mi hermano Max, que tenía tres, y mi hermanita Verona, de un año. Tan profundamente afectó a mi padre la viudez que, a pesar de su fortaleza, en los meses siguientes no tuvo ánimo para asistir a los servicios vespertinos ni para hacer sus visitas pastorales. En cambio, hacía una cosa sorprendente: leía en alta voz, tanto para sí mismo como para mí. Lo que me leía eran libros que le estuvieron prohibidos en su juventud. Sus padres habían pertenecido a la secta protestante de los Covenanters, tan estrictos que no permitían leer novelas. Así, sentado en su cama, a veces hasta muy tarde, escuché las novelas que él siempre había querido leer de muchacho: *Robinson Crusoe, Ben Hur, Veinte mil leguas de viaje submarino, Los viajes de Gulliver, El Robinsón suizo.*

En nuestros días cualquier educador sostendría que tales obras son demasiado difíciles para un niño de cinco años, pero para mí no lo fueron, porque cuando mi padre leía algún pasaje que yo no comprendía, me permitía pedir explicación. Esos libros los recuerdo hasta el día de hoy. No puedo imaginar ninguna otra experiencia que tuviera tanto poder para despertar la imaginación de un muchacho y a la vez informarlo.

Cuando mi padre reanudó sus deberes ministeriales vespertinos, me sentí abandonado, pero él le en-

contró solución a este problema: me enseñó a leer. Y como siempre había tenido una mentalidad muy abierta para todo, estableció una regla que para muchos será una sorpresa: en cuanto uno de sus hijos aprendía a leer, tenía derecho a leer lo que quisiera. A veces me sorprendía con algún libro que a su modo de ver era "basura" o algo peor, pero nunca me lo quitaba. Se limitaba a pedirme mi opinión una vez que lo hubiera terminado. Yo sabía, naturalmente, que tales libros no merecían su estimación, de manera que, cuando me preguntaba, le decía que me habían parecido "basura", aunque en realidad me hubieran emocionado mucho.

Ruidos atronadores. Mi padre aprobaba cualquier diversión, por peligrosa que fuera, si el niño era capaz de salir bien librado. Toda la familia, empezando por él, era muy adicta a los fuegos artificiales, y una vez, cuando yo tenía 12 años, se me ocurrió una idea estupenda. Había leído que el ejército del Sur, durante la guerra de Secesión, hacía pólvora con salitre, azufre y carbón vegetal, y se me ocurrió que estos ingredientes no serían difíciles de conseguir, aunque sí necesitaba conocer la técnica de mezclarlos.

Volé a la biblioteca y encontré allí libros que explicaban no solamente el principio básicamente sencillo de fabricar pólvora negra, sino también la manera de hacer algodón pólvora, TNT, nitroglicerina y dinamita. Hasta me encontré con gran sorpresa un libro de pirotecnia o arte de los fuegos artificiales.

Así empecé mi carrera de niño polvorista que dejó estupefacto a todo Montclair, pueblo de Nueva Jersey donde vivíamos entonces. Durante el día inventaba triquitraques "de cañonazo", que explotaban con una detonación más fuerte que cualquier petardo que uno pudiera comprar. Por las noches daba frecuentes funciones de fuegos de colores, fuentes, "erupciones del Vesubio" y otros espectáculos profesionales. Mi padre gozaba con las detonaciones y los fuegos nocturnos tanto como los fascinados compañeritos de mi edad.

Muchas veces me he preguntado cuántos otros padres se contentarían con mostrar solo un intenso interés si en un día frío de invierno encontraran puesta a secar sobre una estufa caliente una buena porción de algodón pólvora húmedo, material este que, si estallara una vez seco, causaría más estragos que una granada de mano.

¡Así era mi padre!

Por supuesto, muchas otras cosas entraban en su concepto de lo que un muchacho necesitaba aprender para volverse hombre "de verdad". Una de ellas era que el niño debía llegar a bastarse a sí mismo en toda forma y en cualquier circunstancia. Él mismo era buen latonero, competente albañil, carpintero regular y excelente fontanero. Estos oficios nos los enseñó a nosotros, que gozamos en el aprendizaje y después aprovechamos bien esos conocimientos en la vida.

Rebeldía completa. Cuando mi padre se casó en segundas nupcias y la familia aumentó en dos hijos más, tuvimos que aprender y ejercer con frecuencia todas las artes domésticas: cocinar, lavar la ropa, plancharla, hacer las camas, barrer la casa, cuidar de los nenes.

Con el tiempo algunos de estos quehaceres llegaron a parecernos intolerables. Las cosas que mi padre nos estimulaba a acometer —cosas maravillosas que a los demás niños no se les permitían— quedaban contrapesadas en nuestro juicio infantil por los oficios bajos que nos obligaba a ejecutar, y por los objetos cuya posesión envidiábamos a otros niños. Con mucha frecuencia nos sentíamos avergonzados, humillados, inferiores. Y así, pese a los aspectos extraordinarios de nuestra infancia, queríamos independizarnos de una tutela paterna que era en parte sabiduría, en parte valor, en parte generosidad fabulosa, pero también, desdichadamente, en parte tiranía.

Casi todos los jóvenes rechazan hasta cierto punto las ideas, normas e ideales paternos. En mi caso hubo algo más que simple rechazo: hubo una rebeldía completa. A los 19 años me declaré en contra de todo lo que mi padre creía, especialmente de sus principios religiosos, que me parecían completamente pasados de moda. Después pasaron muchos años durante los cuales sólo lo veía muy rara vez. Él trataba siempre de verme, y yo de esquivarlo.

Llegó un día en que me invitó a una reunión familiar. Después de la comida y la sobremesa, en que evocamos los tiempos pasados, me invitó a dar un paseo. Yo recordaba muy bien los paseos con mi padre, que se prolongaban varios kilómetros y durante los cuales pasaba minuciosa revista a todos mis defectos. Esta vez, sin embargo, habló muy poco. Parecía preocupado. Al fin se detuvo. Nunca fue más directa la mirada de sus ojos azules; las cejas espesas la protegían y la hacían más penetrante. El viento le movía el cabello, que una vez había sido rojizo y que ahora comenzaba a escasear sobre su frente monumental. Y lo que dijo me tomó de sorpresa.

—Hijo, ¿quieres saber qué es lo que yo creo realmente?

Desde luego que quería saberlo. Comprendía yo que su teología tenía que haberse modificado a medida que los conocimientos nuevos iban remplazando el antiguo dogma, pero en realidad no tenía ni idea de qué era lo que mi padre creía.

—Creo —me dijo, escogiendo con especial cuidado las palabras— que hay un propósito en el universo. Creo que si el hombre busca honradamente la verdad, algún día habrá evolucionado lo suficiente para descubrir. ese propósito. Y creo, o más bien confío, en que finalmente evolucione lo bastante para que ayude a perfeccionar ese gran propósito, cualquiera que sea, y al cual nosotros en esta etapa hu-

mana sólo podemos aspirar ciegamente.

Estas palabras me dejaron asombrado.

—Si esa es tu creencia fundamental —le dije por fin—, ¿por qué hemos estado riñendo tú y yo tanto tiempo?

—Dímelo tú —me contestó riendo mi padre.

Hizo una pausa y, mirándome con una expresión extraña, agregó:

—Para mí las acciones son más importantes que todos los credos y doctrinas del mundo.

—Bien —le dije—. Estamos de acuerdo. Ahora podemos ser amigos.

Y esto es precisamente lo que fuimos hasta el día de su muerte: cálidos e íntimos amigos que pasábamos semanas de visita en nuestras respectivas casas.

Habían de trascurrir más de 20 años de maravillosas relaciones, antes de que yo me percatara de lo que él había hecho realmente aquel día. Porque nos amaba a todos, porque se enorgullecía de mi trabajo, porque estaba cansado de las discusiones teológicas entre él y yo, mi padre no me dijo en esa ocasión "lo que él creía", sino que, tratando de interpretar lo mejor posible *lo que yo creía,* adoptó mi "fe" con un propósito determinado, y para volver a ganarme como hijo y amigo llegó hasta el disimulo. Hasta me dio un indicio de ello cuando terminó su declaración diciendo que para él las acciones tenían más importancia que cualquier credo. Su misma acción aquel día fue un ejemplo perfecto de ese sistema de valores.

Un hombre de verdad. En diciembre de 1955 mi padre, que tenía entonces 79 años, sufrió un ataque cerebral. Apenas lo supe volé al hospital, y lo encontré ya con síntomas de recuperación. De lo único que se quejaba era de sentirse inválido. Me dijo que toda la vida había tenido la esperanza de que, cuando le llegara su hora, "lo partiera un rayo", es decir, que le tocara una muerte repentina y no un largo tiempo de incapacidad.

En el trascurso de los cinco días siguientes, que pasé con él, se recuperó casi por completo y los médicos dijeron sorprendidos que pronto estaría otra vez "tan bien como de costumbre". Fueron unos días memorables. Mi padre y yo evocamos los recuerdos de toda la vida familiar: alegrías y comedias, triunfos y desdichas. Reíamos tanto y tan a menudo que las enfermeras entraban con frecuencia a pedirnos que no hiciéramos tanto ruido.

Al cabo de los cinco días me vi en la necesidad de marcharme. En el último instante posible, antes de ir a tomar el avión, besé a mi padre y me dirigí a la puerta. En eso me detuvo la orden familiar y perentoria:

—¡Un momento, hijo!

Me volví. Mi padre estaba sentado en una silla y tenía aquella expresión que nosotros, de niños, llamábamos "de águila". Me descon-

certé un poco. Esa orden tan conocida de detenerse, cuando uno ya estaba en la puerta, significaba por lo general que mi padre había pensado en una posdata muy mordaz y definitiva a la reprimenda que nos acababa de echar.

Esta vez no se trataba de eso, claro está. Lo que quería era decirme que se sentía muy orgulloso de mis libros. Comprendí al instante que él no esperaba volverme a ver, y no pude menos de decirle:

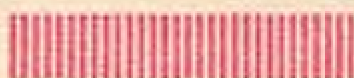
—Papá, tú has alcanzado algo que yo apenas estoy tratando de alcanzar: ¡Eres un hombre!

Esto quería decir, naturalmente, un hombre "de verdad".

Me guiñó el ojo y salí.

En las primeras horas de la tarde, ese mismo día, me encontraba yo en mi casa cuando sonó el teléfono. Mi padre había estado almorzando con muy buen apetito y bromeando con dos enfermeras cuando súbitamente se desplomó sobre la mesa, muerto. Había caído el rayo, al fin y al cabo.

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 14



Así va el mundo

La gente que administra las exposiciones internacionales de automóviles ha perfeccionado un sistema, basado en la sicología, para determinar la nacionalidad de los visitantes. L. A. Iacocca, funcionario de la Ford Motor Company, describe así dicho método: si el visitante abre la cubierta y examina el motor, es alemán; si examina el interior y la calidad del tapizado, es inglés; si le interesan más el estilo y la línea del automóvil, es francés; si mide el tamaño y pregunta el precio, es norteamericano; si hace sonar la bocina, es italiano.
—D. B.

Es proverbial el espíritu ahorrativo del pueblo escocés. Lo que explica por qué a los estudiantes que hacían el examen final de medicina en Londres y Glasgow se les advertía, si eran londinenses: "Los candidatos deberán escribir por un solo lado del papel"; y si eran de Glasgow: "Los candidatos deberán escribir por ambos lados del papel".
—*The Lancet*, Inglaterra

El inglés se casa porque en Inglaterra se espera que todo hombre cumpla con su deber; el francés, porque así tendrá una cocinera francesa; el ruso, porque la desventura busca compañía; la gente de Hollywood, para tener alguien de quien divorciarse.
—H. C.

Humorismo Militar



DURANTE una gira un submarino tuvo que pasar toda la época de Navidad en alta mar. En Nochebuena uno de los tripulantes colgó en el comedor un traje de baño de mujer, de una pieza, con una nota que decía: "Mi querido San Nicolás: como regalo de Navidad te pido me llenes esto". —N. M. M.

EL DESEMBARCO de la Primera División de Infantería de Marina de los Estados Unidos en las islas Salomón, en 1942, fue la primera acción ofensiva emprendida en el Pacífico por tropas norteamericanas. A las tropas se les dijo que esperasen lo peor al llegar a las playas. Durante la travesía desde el barco a tierra, con mar picada, se agazapaban aprensivamente tras la protección que les brindaba la puerta de la nave de desembarco, puerta que pronto bajaría y los expondría al fuego enemigo. Aquel viaje hacia lo desconocido se le hizo al fin insoportable a cierto curtido sargento mayor que, echando al olvido toda precaución, sacó la cabeza para mirar.

La tremenda e inesperada impresión que su intrépida acción le proporcionó fue obra, no de las balas enemigas, sino de haber visto a un soldado del cuerpo de ingenieros que, tranquilamente instalado en la playa, agitaba un par de banderolas con que indicaba a las barcazas el sitio donde podían atracar.

—R. F. M.

MI ESPOSO, oficial de carrera, acababa de completar su primera misión en servicio activo, y ambos regresábamos de visita a nuestro pueblo. Una tarde me encontré con la madre de cierta antigua amiga mía, quien me preguntó que en cuánto tiempo licenciarían a mi marido. Con cierto orgullo le contesté que mi esposo tenía pensado quedarse en la milicia hasta retirarse, pasados 30 años. La señora se quedó atónita; luego, dándome una palmada en el hombro, me dijo compasivamente: "Bueno, al menos tendrá empleo permanente".

—M. C. S.

CUANDO yo era recluta del ejército durante la guerra de Corea, me enviaban de un extremo a otro del centro de adiestramiento militar. Finalmente me metieron con otros muchos en un gran salón para someternos a una entrevista y asignarnos a uno de los distintos cuerpos. Mientras esperaba temerosamente que el sargento sentado al lado opuesto del escritorio resolvie-

se mi porvenir, se oyó un grito airado en la mesa vecina.

Acababan de revelar su destino a otro recluta, y este no lo tomaba de buen talante. Alegaba en alta voz que en la vida civil se había preparado para relaciones públicas, y que el ejército debería mandar a cada uno a desempeñar el oficio para el cual era más apto. El viejo sargento escuchó pacientemente la protesta y luego dijo: "Me gustaría complacerlo, muchacho, pero desgraciadamente la infantería necesita tropa, y no son muchos los que pasan por aquí que se ganen la vida matando gente". —W. C. V.

EN EL adiestramiento para ayudantes de enfermeros militares, una de las clases consistía en dar primeros auxilios a un compañero, bajo fuego con cartuchos cargados. Cuando al soldado que iba delante de mí le llegó el turno de arrastrarse por la pista de 50 metros de largo para dar asistencia médica a su "paciente", quedó paralizado en el mismo punto de partida. El "herido" le llamaba con un angustioso grito de dolor fingido:

—¡Enfermero!

Desde el punto de partida el compañero contestó:

—¡No hago visitas a domicilio!

—N. S.

DURANTE la segunda guerra mundial mi hija fue una de las muchas encargadas de manejar el simulador de vuelo Link, instalado por el cuerpo de la marina de los Estados Unidos en Cherry Point (Carolina del Norte). Al correrse la voz de que entre los pilotos que irían a realizar pruebas de vuelo mediante instrumentos se encontraba el actor Tyrone Power, todas se sintieron mucho más mujeres que infantes de marina: cada cual esperaba ser la afortunada que tuviera el control de las pruebas del actor. El tema principal de sus conversaciones giraba en torno a cómo se portaría y qué diría la favorecida.

Por fin llegó el esperado día. Una de las especialistas, al levantar la cabeza del escritorio, vio ante sí al guapo oficial. Se ganó la admiración de todo el campamento de infantería de marina —y quizá también la gratitud del teniente Power— con solo cuatro palabras: "¿Su nombre, por favor?"

—Sra. D. J. N.

CUANDO el formidable general de la aviación norteamericana Curtis LeMay se retiró del servicio, un periodista le preguntó:

—Ahora que se ha retirado, mi general, quisiera hacerle una pregunta muy personal: lo que todos quisiéramos saber es si alguna vez sintió usted miedo durante el combate.

—¡Demonio! —exclamó LeMay — En algunas de aquellas incursiones que encabecé hasta el interior de Alemania, si no hubiera sabido que me seguían varios centenares de aviones de bombardeo, ¡hubiese dado la vuelta en redondo para regresar a casa! —B. L.


Singer

El jardín del Edén de Augusto Ruschi

"El secreto de una vida emocionante no está en hallar lo maravilloso, sino en buscarlo", dice el conspicuo naturalista brasileño cuya extraordinaria carrera es vívido ejemplo de ello.

POR ALLEN RANKIN

Condensado de "Frontiers"

A LOS SEIS años de edad llevó a cabo su primera aventura de explorador, que lo tuvo un día entero vagando por el vasto jardín que se extendía a espaldas de su casa: la selva brasileña. Con ojos que agrandaba el asombro, contempló embelesado árboles gigantescos como la jacarandá y el parajú; millares de orquídeas medio ocultas entre la sombra del ramaje; muchedumbre de colibríes que cual enjoyados dardos surcaban el aire con aleteo casi imperceptible, por lo veloz. "¡Aquello era maravilloso, fantástico! Cuando yo sea mayor viviré entre pájaros y flores", dijo esa noche en casa.

No les parecieron muy convenientes esas aspiraciones a los padres, que eran gente principal de Santa Teresa, municipio del Estado de Espíritu Santo, pero lo cierto fue que el chico las llevó a cabo, y que por eso el Dr. Augusto Ruschi es hoy uno de los más conspicuos, probablemente el primero, de los naturalistas sudamericanos.



La insaciable y gozosa curiosidad

que el estudio de la Naturaleza despertó en él desde niño lo ha convertido en la primera autoridad mundial en la vida y costumbres del colibrí. Es, asimismo, universalmente acatado conocedor de otras exóticas formas de vida, que comprenden desde la vistosa orquídea silvestre hasta el repugnante murciélago vampiro. Sus descubrimientos de nuevas especies y subespecies de flores, aves y mamíferos, han aumentado en forma apreciable el caudal de los conocimientos biológicos y han contribuido a proporcionar a millones de amantes de la Naturaleza el placer de conocerla más ampliamente.

Alto, cenceño, recio como un bejuco, el Dr. Augusto Ruschi conserva aún en la mirada un entusiasmo casi infantil. "Yo llamo a esto mi edén", me dice mientras avanzamos por un sendero del bosque convertido en parque, en medio del cual queda hoy la casa donde pasó sus primeros años y donde habita actualmente con su esposa y dos hijos. Corre el sendero por entre orquídeas de los más variados matices; a uno y otro lado vemos, de trecho en trecho, grandes pajareras en las que loros y otras aves de brillante plumaje ponen una llameante nota de color y arman chillona algarabía; en torno nuestro cruzan como exhalaciones o se columpian en el aire resplandecientes colibríes. El parque es un animado museo de especies selváticas siempre abierto al público. Aunque dista no menos de 70 kilómetros del centro de población más cercano, que es la ciudad de Vitória, y solo es accesible por quebrados caminos de montaña, atrae al año unos 30.000 visitantes. Lo fundó y lo sostiene en gran parte de su propio bolsillo el Dr. Ruschi. "A lo único que aspiro", me dice él, "es a que la gente, al ver las cosas de cerca, acabe disfrutando de ellas. Porque cuanto más y mejor miramos cualquier ser viviente, más maravillas hallamos en él".

Celador de orquídeas. De esto es buen ejemplo el mismo Dr. Ruschi. A la edad de 12 años pasaba en el bosque hasta dos semanas seguidas, sustentándose de frutas silvestres y de la carne de los animalitos que cazaba con la escopeta de que iba armado. Sus mejores amigos no eran sus condiscípulos, sino las criaturas del monte. Sus libros preferidos, obras de botánica, bioquímica, ornitología y otras ciencias naturales, que leía no solamente en portugués, su lengua materna, sino también en francés, alemán y latín.

Su primera ilusión de adolescente fue la orquídea silvestre. Después de explorar unos mil kilómetros cuadrados de selva, clasificó y catalogó, con indicación del lugar donde se daban, 90.000 especies de esa planta. En un registro minuciosamente llevado de las más notables de ellas, puntualizó la clase de árbol o de roca en que vivían; a qué altura y en qué condiciones de luz o de sombra; la época en que las aves o los insectos servían de vehículo a la polinización; el tama-

ño y el color que presentaban en las diversas fases del desarrollo, y las particularidades del mismo. En muchas orquidáceas el nacimiento de la flor es literalmente un esplendoroso reventón perceptible al oído. El juvenil orquidólogo tomaba nota de todo esto; aun en casos en que el florecimiento ocurría en las primeras horas de la mañana, ahí estaba él pronto a presenciarlo. Había veces en que, por producirse el fenómeno en varias orquídeas y con sucesivos intervalos de tiempo, tenía que pasarse la noche corriendo de una a otra planta para hallarse presente en el momento preciso. "¡Maravilloso!" se decía él.

Y esto mismo se dijeron los profesores del Museo Nacional de Río de Janeiro al conocer uno de los más extraordinarios documentos salidos de la pluma de un muchacho de 15 años. Escrito en correcto latín, ponía de manifiesto que su autor —un precoz prodigio— había descubierto dos nuevos géneros de orquidáceas y no menos de 19 nuevas especies de ellas. Mayor importancia aún tenían las "fórmulas simplificadas de A. Ruschi" acerca de las condiciones más favorables al florecimiento de muchas especies de plantas. Tanto en la América del Sur como en otras partes del mundo estas fórmulas han sido para gran número de naturalistas, floricultores y comerciantes en flores, un valioso auxiliar para el cultivo de orquídeas más lozanas y más hermosas.

Besaflores. Por tener que sustentar una prole numerosa —Augusto y otros 11 hijos—, el padre no pudo costearle al joven celador de orquídeas estudios universitarios. Disfrutó él así de completa y para él gratísima libertad para recorrer a su antojo los bosques. Desviando su atención de las orquidáceas, la concentró en los colibríes. La esquiva ligereza de esos minúsculos acróbatas del aire, engalanados con los colores del iris, lo incitaba irresistiblemente a estudiarlos de cerca, particularmente desde que supo que nadie conocía bastante la vida y las costumbres de los huidizos pajarillos para tenerlos cautivos y conseguir que se reprodujesen. Y así, a los 19 años de edad, emprendió la tarea que iba a enriquecer considerablemente esa rama de la ornitología.

Empezó estableciendo un puesto de observación cerca del lugar donde andaba una pequeñísima colibrí de cabeza color de esmeralda. En aquel puesto montó guardia continua durante 35 días con sus noches, sin concederse más descanso que el de echar un sueñecito o darse una escapada a casa para tomar un bocado aprovechando los momentos en que la colibrí se quedaba dormida. Vio al avecilla poner dos huevos, de los cuales salieron a los 14 días los polluelos. Muchas veces, cuando la madre se ausentaba del nido para ir en busca de alimento para la cría, sacaba Ruschi delicadamente a los polluelos. Procedía entonces a pesarlos en una

balanza de precisión. Con un cuentagotas que les introducía garguero abajo sacaba muestras del contenido del estómago y lo analizaba con notable pericia de químico autodidacto. De esta manera llegó a determinar con toda exactitud el género de alimentación que necesita el colibrí para sobrevivir, o sea, la clase de proteínas (insectos) y de carbohidratos (néctar de las flores) que ha de consumir el pajarillo según su edad.

Mediante estos y otros procedimientos fue enterándose de varios de los secretos hasta entonces más impenetrables relativos a la vida de los *beijaflôres* (besaflores), como llaman en el Brasil a los colibríes. Determinó con exactitud el espacio que requieren ciertas especies para animarse a aparear y a anidar. Descubrió cuáles son las flores necesarias a su nutrición; las plantas que les proporcionan abrigo; todos los materiales —hasta el más sutil hilo de telaraña— que les son precisos para la fabricación del nido. Aplicando este acervo de conocimientos instaló los aviarios en que dio albergue a las inquietas avecillas, que al poco tiempo de hallarse allí empezaron a sacar cría. En los viveros de flores de Ruschi (amplios y cerrados) habitan hoy unos 400 colibríes de 95 especies diversas, que con libertad de movimientos casi igual a la que tendrían en el bosque ejecutan sus sensacionales proezas aéreas, se enamoran, anidan, se reproducen.

Hoy aumenta en todo el mundo el número de parques zoológicos donde viven en su ambiente "natural" hasta las más exóticas especies de colibríes.

Cuando le hablan de los miles de ejemplares de especies raras de aves, de insectos y de otros animales que ha donado a parques y museos, sonríe y se contenta con decir: "Lo hago por el gusto de hacerlo".

Laboratorio en el bosque. Como el talentoso joven no fue a la universidad, cierta universidad, la de la cercana población de Campos, fue por el talentoso joven. Le concedió una beca y lo dispensó de la asistencia a clases, para que así pudiese seguir sus estudios sin tener que ausentarse de sus queridos bosques, y presentara exámenes al fin del año lectivo. Por esos mismos días el profesor Candido de Mello Leitão, notable naturalista del Museo Nacional de Río de Janeiro, invitó al joven Ruschi a que prestara sus servicios en el museo, en el cual cursaría algunas de las asignaturas. Aunque aceptó el empleo, renunció al mes de estarlo desempeñando. "No puedo vivir entre cuatro paredes. Tengo que volverme a mis bosques", dijo para explicar su determinación.

No quisieron los directores del museo aceptar su renuncia; antes bien, instalaron en su casa de Santa Teresa una estación biológica oficial, de la cual lo encargaron y al frente de la cual se halla muy a gusto desde entonces. Ocasionalmente ejerce, además, la abogacía,

profesión en la que se graduó a los 35 años de edad, después de haberla estudiado sin necesidad de maestros.

El Dr. Ruschi pasa todavía gran parte del tiempo en el monte. No se le da nada de acampar tres meses seguidos en las sierras o en las selvas sudamericanas cuando anda en busca de un colibrí de especie poco común. Encontrar en una extensión de 18 millones de kilómetros cuadrados, en gran parte sin explorar todavía, pajarillos que no alcanzan a tener el tamaño del dedo pulgar de un hombre, supone ciertamente en quien lleva a cabo tal pesquisa singulares conocimientos y dotes detectivescas de primer orden.

Valga de ejemplo el caso del *Loddigesia mirabilis*. Desde el año de 1933 no se había visto un solo ejemplar de este magnífico colibrí de fantástica cola. Llegó a darse casi por seguro que la especie se había extinguido; pero el Dr. Ruschi se negó a creerlo, y en 1962 acometió la empresa de hallarla.

Como sabía que esos colibríes habitaban en tierras de más de 1900 metros de altitud, le parecieron los Andes peruanos el lugar apropiado para ir a buscarlos. Calculando, por otra parte, que el *Loddigesia* preferiría terrenos en que la vegetación le ofreciese un follaje lo bastante espeso para servirle de amparo, mas no tan tupido que, al engancharsele en él la delicada y primorosa cola, pudiera estropeársele, circunscribió la busca a parajes que cumplieran con esta condición. Dos meses llevaba en ellos buscando, y de pronto ve un *Loddigesia* hembra que se mece en el aire en torno de una vistosa flor.

Para colmo de contento del Dr. Ruschi, a poco asoma el *Loddigesia* macho. El recién llegado galantea a su compañera dejando que ondee, que se agite y se entrecruce el largo par de plumas en que remata la cola. Se diría que hace con ellas en el aire un invisible batido. ¡Tat-tat-tat-tat! es el redoble con que alas y colas acompañan la danza nupcial. Tanto le absorta el espectáculo que sólo media hora después, cuando ya la enamorada pareja ha concluido, se decide a apoderarse de ella.

Descubrimientos sin fin. Fruto de la insaciable curiosidad del Dr. Ruschi en cuanto se relaciona con la Naturaleza han sido mil pequeños y sorprendentes descubrimientos. En cierta ocasión estuvo andando 30 horas seguidas detrás de una hormiga a fin de averiguar a dónde iba ese insecto. Vio por fin que el viaje de la hormiga —una tocandira gigante de cinco centímetros de largo— tenía por término la colonia en que se reunió con sus congéneres. Hasta entonces se había creído que las tocandiras no eran insectos gregarios, pues vivían aisladas la mayor parte del tiempo. Lo que acababa de descubrir indujo al Dr. Ruschi a estudiar la vida y hábitos de la tocandira, en lo cual es hoy una autoridad.

A fin de enterarse de la manera

de anidar de unas palmípedas que llaman somorgujos enanos, el Dr. Ruschi se estuvo tres días con sus noches al acecho en una ciénaga, metido hasta el cuello en el agua y llevando por máscara una calabaza en la que había practicado dos agujeros a la altura de los ojos. Vio al somorgujo zambullirse y sacar del fondo de la ciénaga algo que le servía de alimento. "¿Qué será eso?" se preguntó. Para averiguarlo pasó por ese lugar una red barredera, en la cual aparecieron unas 5000 diminutas ranas de una especie nunca vista por él. Y era muy natural que nunca la hubiese visto, según le dijo más adelante el Dr. George Sprague Myers, zoólogo de la Universidad de Stanford, porque se trataba de unas ranas pertenecientes a una especie primitiva, en la que el nacimiento de los hijos se efectúa por entre el lomo de la madre. No se había tenido noticia hasta entonces de que esa especie de ranas habitara en regiones tan al sur.

El Dr. Ruschi ha recibido seis valiosas condecoraciones, entre ellas la muy importante de Dom João VI, en reconocimiento a sus aportaciones a las ciencias naturales. Ha dado conferencias en congresos científicos internacionales. Nada hay, sin embargo, que encierre para él satisfacción igual a la de hallarse tratando de arrancar un nuevo secreto a sus bosques.

"¿No es maravilloso", dice, "que haya un mundo tan grande cuyos misterios nunca empezaremos siquiera a penetrar; y que el secreto de una vida emocionante no esté en hallar lo maravilloso, sino en buscarlo?"



Negra espera

Una mañana, mientras el cerrajero trataba de arreglar la cerradura del edificio de los tribunales de California, que se había atascado, se oyó que un escribiente recién llegado decía con impaciencia: "¡Diablos! ¡Llegaremos tarde para preparar el café!"

— All Church Press, citado por *The Christian Observer*



Diagnóstico instantáneo

Un individuo, tras regresar a la oficina ya repuesto de una enfermedad infecciosa, decía:

—Los médicos tienen ahora un nuevo sistema de diagnosticar estas cosas. Le dicen a uno: "Si mañana se siente mejor es porque tiene usted el virus de 24 horas".

— T. M.

¿Fue mi salvación un milagro? ¿O se debió a la bizarría de Andy Mynarski?



Misión 13

Por el teniente de aviación George Patrick Brophy

Redacción de David MacDonald

Según la versión oficial de la Real Fuerza Aérea Canadiense, yo salvé la vida "milagrosamente". ¿Pero fue realmente un capricho inexplicable de la suerte lo que me libró de una muerte segura? ¿O hubo algo más —el valor increíble de otro hombre— que me permitió vivir para contar el suceso? Aun hoy, 21 años después, me queda la duda.

Aquella noche de junio de 1944, en la base de nuestra escuadrilla 419, en Inglaterra, los siete tripulantes de un bombardero Lancaster esperábamos, tendidos en el prado, que llegara la hora de emprender el vuelo rumbo a Francia. Para no-

sotros fue una noche de agüeros contradictorios. Poco antes nos habían documentado para un ataque a los patios ferroviarios de Cambrai. Era nuestra misión número 13 y, para colmo, deberíamos llegar sobre el blanco pocos minutos después de medianoche del 13 de junio.

Como para contrarrestar estos presagios, el artillero Andy Mynarski, que era mi mejor amigo, se encontró un trébol de cuatro hojas, símbolo de buena suerte; lo hizo girar entre los dedos como una hélice diminuta y me lo dio, diciéndome:

—Tómalo, Pat, llévalo tú.

Pocos minutos más tarde nuestro negro cuatrimotor Lancaster (uno de los 200 bombarderos que el Grupo 6 de la RCAF enviaba esa noche) se elevaba en la oscuridad, una semana después del desembarco en Normandía, para castigar las líneas alemanas de abastecimiento. Yo estaba solo bajo el pabellón de vidrio de la torrecilla de popa, viendo salir las estrellas. Allí en la cola me encontraba encerrado tras la portezuela de la torre giratoria, lejos de todos mis compañeros, con quienes solo podía comunicarme por el teléfono interior. En el aparato oí la voz del piloto Art de Breyne, que decía:

—Calculo 80 minutos más para llegar al objetivo.

—Gracias —contestó Andy Mynarski desde la torrecilla intermedia superior—. No tenemos prisa.

Entre nosotros, que habíamos estado juntos desde hacía un año, Andy era relativamente nuevo. Cuatro meses atrás, antes de iniciar nuestra primera misión, había llegado para remplazar a un artillero que estaba hospitalizado.

A los 27 años de edad, Andy era un hombre tranquilo, fornido, de sonrisa lenta e infantil. Hijo de inmigrantes polacos, se crío en Winnipeg y dejó la escuela a los 16 años, al morir su padre, para ayudar a sostener a cuatro hermanitos menores. Ingresó en el ejército en 1941, pero luego se pasó a la Fuerza Aérea porque en ella estaban casi todos sus amigos, y para él la amistad era muy importante.

Pronto llegamos a ser grandes camaradas. Como yo era oficial graduado y él suboficial, el rango nos mantenía en alojamientos separados, pero a eso no le dábamos importancia. Al separarnos en la base después de una misión, o en un café después de un rato de esparcimiento, yo le daba una palmada en la espalda y le decía:

—Adiós, irlandés.

Él se ponía rígido y con un exagerado saludo militar me contestaba:

—Buenas noches, *mi teniente*.

Si me veía yo en algún aprieto, sabía que podía contar con él. En cierta ocasión, estando francos en Londres con dos amigos más, me vi una noche metido en una gresca y me llevaron al cuartel de la policía, de donde llamé por teléfono a mis amigos. Se echaron a reír y me dijeron que una noche en la cárcel

me la tenía bien merecida; pero mientras los otros dos se volvieron a acostar, Andy se vistió y fue a prestar la fianza necesaria para sacarme libre.

Lo que Andy no hacía por nada en el mundo, ni siquiera durante los vuelos de práctica, era entrar en la torrecilla de cola. Detestaba la estrechez y el aislamiento, como casi todos los artilleros de aviación. "Allá atrás", decía, "uno está completamente solo".

Y allá atrás estaba yo esa noche cuando cruzamos sobre la costa de Francia y vi los reflectores enemigos que barrían el cielo, las perezosas bocanadas de humo y las llamaradas de chispas engañosamente bellas.

—Fuego antiaéreo abajo, capitán —informé por el teléfono.

Súbitamente, con un resplandor deslumbrante, nos enfocó uno de los reflectores, y en seguida varios más convergieron sobre nosotros.

—¡Atentos todos! —dijo deBreyne—. Nos han pillado.

Y lanzó el Lancaster en un picado de flanco, seguido por una maniobra ascensional, tratando de esquivar el mortal resplandor. No menos súbitamente nos encontramos de nuevo en la oscuridad.

¿Habíamos escapado? A veces los alemanes dejaban ir un bombardero, siempre que sus cazas nocturnos conocieran ya su posición exacta. Todavía no lo podíamos saber.

Una vez que atravesamos las defensas costeras, empezamos a descender lentamente. El bombardeo iba a ser a baja altura, desde 600 metros. Ya habíamos descendido a 1500 metros cuando alcancé a ver un caza bimotor.

—Avión no identificado, directamente a popa —grité por el teléfono.

Inmediatamente, como lo había hecho para escapar de los reflectores, deBreyne entró en barrena. Segundos después vi un JU-88 que subía hacia nosotros.

—¡Viene por debajo! —grité.

Giré mi torrecilla y abrí fuego en el momento en que el Junkers de barriga blanca pasó a toda velocidad disparándonos con todos sus cañones. Tres fuertes explosiones nos sacudieron. Sendos cañonazos nos inutilizaron los dos motores de babor e incendiaron un depósito del ala. El tercero penetró en el fuselaje e inició otro incendio entre la torrecilla de Andy y la mía.

Empezamos a perder altura rápidamente. Esperé órdenes por el teléfono, pero el aparato estaba muerto. Luego se encendió en mi torre una luz roja: la señal de saltar en paracaídas. El Lancaster estaba perdido. No sé por qué miré el reloj. Marcaba 13 minutos pasada medianoche, el día 13 de junio.

Mientras Art deBreyne se esforzaba en evitar que el aparato se fuera de cabeza en espiral, Jack Friday, el bombardero, forcejeaba con la escotilla de escape de proa, que al abrirse violentamente le dio un golpe en la cabeza y lo dejó sin sentido. Estaba todavía inconsciente cuando el ingeniero de vuelo,

Roy Vigars, lo lanzó por la escotilla abierta tirando al mismo tiempo de la cuerda de su paracaídas, y saltó él también. El navegante Bob Bodie se lanzó en seguida, y a continuación Jim Kelly, el radiofonista. Cuando por fin saltó el piloto Art deBreyne (desde una altura de 250 metros escasos) estaba seguro de que Andy Mynarski y yo habíamos logrado ya escapar por la escotilla de popa.

En eso se equivocaba.

Para disparar, yo había girado mi torrecilla a babor, y tenía que enderezarla otra vez para poder entrar en el avión a tomar mi paracaídas y saltar por la portezuela trasera. Pisé el pedal de rotación. No funcionó. El sistema hidráulico había sido despedazado y la torrecilla estaba trabada en un ángulo tal que yo no podía salir. Mientras tanto, dentro del fuselaje las llamas avanzaban hacia mí.

No te desesperes, me dije a mí mismo. *Hay otra manera de salir.* Logré abrir la puerta de la torrecilla unos pocos centímetros, saqué la mano y alcancé el paracaídas. Me lo puse inmediatamente y empecé a dar manivela para mover la torrecilla a fin de colocarla en posición de través, lo que me permitiría saltar en medio de la corriente retrógrada. Con horror sentí que el engranaje se rompió. Ahora sí no había *ninguna* posibilidad de escapar. En ese momento, aprisionado en un avión que caía, me acordé de las palabras de Andy Mynarski: "Allá atrás uno está completamente solo".

En eso vi a Andy. Había bajado de su torrecilla superior intermedia y llegó hasta la escotilla de escape de popa, a unos cinco metros de donde yo estaba. En el momento en que iba a saltar, miró en torno y me vio por el vidrio de mi torrecilla. Al primer vistazo comprendió que yo estaba preso.

Inmediatamente se separó de la escotilla (su vía de salvación) y vino hacia mí. No pudiendo tenerse en pie con los bandazos tremendos que daba el avión, avanzó a gatas por encima del aceite hidráulico incendiado. Cuando llegó a la cola, su traje de vuelo estaba en llamas. Yo sacudí la cabeza indicándole que no había esperanza. "¡No lo intentes!" le grité, y le hice señas de que volviera atrás.

Andy no pareció entender. Sin hacer el menor caso del peligro que corría, tomó un hacha de incendio y trató de romper la torrecilla. Esta cedió algo, pero no lo suficiente. Loco de desesperación, trató de forzar la portezuela con las manos desnudas. En vano. De la cintura abajo Andy era una sola llamarada. Al verlo así me olvidé de todo lo demás y por encima del rugido del viento y los motores le grité una y otra vez:

—¡Atrás, Andy, atrás! ¡Salta tú!

Por fin, cuando ya le quedaba muy poco tiempo, comprendió que no podía hacer nada por mí. Nuevamente le hice señas y él movió la cabeza resignado y como avergonzado de dejarme: avergonzado de que el puro valor y su gran cora-

zón no hubiesen bastado. Aun entonces no me volvió la espalda. Se alejó andando para atrás en cuatro pies, volvió a atravesar las llamas sin quitarme de encima los ojos que reflejaban una angustia muda.

Al llegar a la escotilla de escape se puso de pie. Lentamente, como lo había hecho tantas veces en días más felices para ambos, se cuadró, y envuelto en llamas —figura terriblemente magnífica— ¡me hizo un saludo militar!

Al mismo tiempo, en el momento de saltar por la escotilla, dijo algo, y aunque yo no podía oírlo, comprendí que había dicho:

—¡Buenas noches, mi teniente!

Volví la cara, lo ví caer bajo la cola del avión y vi que se abría su paracaídas. *¡Adiós irlandés, buena suerte!*

Me quedé solo. El Lancaster caía menos violentamente que antes, pero en unos segundos iba a chocar contra el suelo, con cinco toneladas de potentes explosivos a 15 metros de donde yo me hallaba. Me acurruqué en la forma prescrita para un aterrizaje violento y esperé la muerte.

El tiempo se había congelado. Mientras yo forcejeaba en la torrecilla y Andy luchaba para sacarme con vida, un minuto o más había volado como un segundo, pero ahora los últimos segundos de agonía parecían una eternidad. Por mi mente cruzaron oraciones y pensamientos desordenados. *Dios te salve, María, llena eres de gracia . . . Ojalá que Andy llegue a tierra sano y salvo . . . Ruega por nosotros los pecadores . . . "¿Brophy? Oh, cayó en acto de servicio sobre Cambrai".*

De pronto el tiempo se acabó. Todo ocurrió simultáneamente: el borrón oscuro de la tierra, el golpe como de mil mandarrias, el estridor de metal rasgado . . . En el momento en que el Lancaster dio la panzada en tierra, un árbol corpulento le cercenó el ala incendiada de babor y lo hizo virar violentamente a la izquierda en un postrer bandazo de muerte. *Todo se acabó.* Mas en ese instante, en el último momento posible, la sacudida abrió de golpe mi torrecilla-prisión.

Sin saberlo, porque perdí el conocimiento, fui lanzado al aire. Cuando volví en mí unos pocos segundos después, oí dos explosiones. Solo al sentir temblar bajo mi cuerpo el sólido suelo bendito comprendí que el choque había pasado ya y que yo estaba vivo.

Lenta, temerosamente, moví los brazos y las piernas. Nada me dolía. Me incorporé. ¡No tenía ni siquiera un rasguño! Era como si una suave mano invisible me hubiese sacado de la infernal torrecilla que ahora, retorcida, ardía a 30 metros de distancia. Increíble, pero afortunadamente para mí, solo dos de las 20 bombas del Lancaster habían estallado.

Pero la angustia y el horror dejaron en mí su huella: al quitarme el casco, se me desprendió con él casi todo el pelo de la cabeza.

Después de pasar una noche escondido, me llegué a un granjero, que resultó ser de la Resistencia. Durante once semanas fui pasando, junto con otros seis aviadores aliados, por las vías secretas de Francia hasta que las tropas inglesas nos encontraron en Lens. Todo este tiempo yo había estado tratando de informarme de la suerte de mis compañeros, especialmente de Andy Mynarski, pero solo vine a enterarme de lo ocurrido cuando volví a Inglaterra, el 13 de setiembre.

Dos de mis compañeros habían caído prisioneros; otros tres regresaron ayudados por la Resistencia. Uno de estos últimos era el radiofonista Jim Kelly, a quien un campesino francés había escondido en un granero. Allí llegó a poco otro granjero y le informó que un paracaidista había llegado vivo a tierra, pero que murió a consecuencia de sus graves quemaduras. El campesino había recogido el casco, en el que estaba pintado el nombre: "Andy".

Casi paralizado de dolor, comprendí que Jim no sabía —ni nadie podía saberlo— por que murió Andy. Le conté toda la historia, como la conté posteriormente a la Fuerza Aérea.

El documento de la RCAF que describe mi salvación como "milagrosa" agrega que Andy "tenía que comprender que, al tratar de libertar al artillero de popa, estaba casi seguro de perder su propia vida".

Con esta mención, Andrew Mynarski recibió póstumamente la condecoración de la Cruz de Victoria, el más alto reconocimiento al valor que otorga la Mancomunidad Británica. Su retrato se colgó en la Galería Nacional de Ottawa, y en Winnipeg se bautizó una escuela con el nombre de este humilde canadiense cuya última acción fue un triunfo supremo del espíritu humano.

Andy fue el segundo hombre de la RCAF condecorado con la Cruz de Victoria, y uno de los muy pocos en la historia que la hayan recibido por el testimonio no corroborado de un solo testigo. Yo, por mi parte, creeré siempre que la Divina Providencia intervino para salvarme a mí por lo que yo había visto para que el mundo pudiese enterarse de cómo un valiente dio la vida por su amigo.



Por regla general los niños de primer año de primaria se retuercen continuamente en los asientos de respaldo recto. A guisa de experimento, cierta profesora de Ohio instaló en el aula sillas mecedoras para la clase de lectura de primer año. Observó que los niños se mecían tranquilamente en lugar de retorcerse, y más tarde pudo comprobar que iban un mes más adelantados en lectura que la generalidad de los niños de su edad.
—M. J.

Temas de reflexión

El encanto supremo del matrimonio, y esto es precisamente lo que lo hace irresistible para los que lo han probado alguna vez, es el diálogo entre dos, el permanente cambio de impresiones entre una pareja que habla de todo y de todos hasta que la muerte rompe el hilo. — Cyril Connolly en *The Unquiet Grave*

Las naciones se forman de otras cierta imagen con el fin de satisfacer determinadas necesidades sociales y emocionales que no se pueden aplacar dentro de sus propios límites. Por ejemplo, los Estados Unidos, nación todavía puritana, se han forjado una imagen de un amor absolutamente libre en Francia y los países escandinavos, y aunque el público obliga a las estrellas de Hollywood a taparse el pecho en las pantallas locales, hace cola para ver a Brigitte Bardot "al natural". De la misma manera, la respetable Europa, que anhela un poco de violencia, se forma la imagen de una América dominada por *gangsters* y satisface aquel vehemente deseo acudiendo en tropel a ver las películas de vaqueros o detectives hechas en Hollywood.

Así pues, la imagen que se tiene de los países extranjeros es una fantasía doméstica compuesta de ficciones y hechos deformados relativos a otros países. — H. J. G.

Tanto si cree usted que puede hacer una cosa como si cree que no, tiene usted razón. — Henry Ford

El peor aspecto del milagro de las comunicaciones modernas es la pavloviana compulsión que provocan en todos nosotros de comunicarnos al oír el sonido de un timbre. Cuando suena el teléfono es preciso contestarlo, no importa a quién o qué interrumpa. Puede ser que no esté lejano el día en que el negarse a contestar el teléfono deje de ser derecho legítimo de quien quiera estar libre de comunicaciones, y se considere un delito menor, digno de sanción, como el de alterar el orden público. Ya ahora mismo les resulta difícil a muchas personas recordar los tiempos en que podían hurtarse de vez en cuando a la curiosidad ajena.

— Russell Baker en *No Cause for Panic*

Creo que una de las razones de que admiremos a los gatos (quienes somos admiradores suyos) es su gran destreza en caer siempre de pie. No importa qué estén haciendo, invariablemente parecen salir airosos . . . o así lo fingen. Rara vez vemos un gato desconcertado. Carecen de conciencia y jamás lamentan cosa alguna. Quizá sea que secretamente los envidiamos.

— Barbara Webster, en *Creatures and Contentments*



POR TODO LO ALTO

Hermosa obra de arte es la boca de agua para incendios. Se alza serena y firme cual vigilante centinela de la seguridad ciudadana. Mentira parece que a nadie se le ocurriera darle un pedestal digno de su mérito. Solo en Savannah lo hicieron, según vemos aquí. Pero no por razones estéticas, sino prácticas: para que la boca de agua, al sobresalir de la zanja por donde corre la cañería, quede a la vista de los bomberos. Algo es algo. Puede que a un can descontentadizo le parezca mal esa obra por todo lo alto, pero ¿qué sería del arte sin la crítica?

Foto: Robert McDonald

Cámara oportuna

Más de una vez, ante la visión fugitiva de lo que no habrá de repetirse, nos dijimos: "¡Qué magnífica instantánea hubiera sido . . . !" Bien. Lo mismo se dijeron en la revista *Life*. Pero tenían a mano la cámara fotográfica. Y tomaron las escenas conmovedoras, o divertidas, o increíblemente raras que año tras año publicó la revista en la sección Miscelánea. Algunas de las más interesantes son estas, en que sobresale la nota zoológica.



PUNTO EN BOCA

HAY veces en que los críos se ponen insoportables. Por ejemplo, Alf. Tiene tres meses. Es muy listo. Por lo general es simpático, encantador. Pero aquí lo vemos en las afueras de Londres, en el parque zoológico de Whipsnade. La madre de Alf quiere dormir una siesta. Y Alf se empeña en espantarle el sueño. Por último, cuando las diabluras del cachorrillo suben de tono y la paciencia maternal llega a su punto más bajo, siente Alf que lo han agarrado por la cabeza para que tenga que poner punto en boca.

Foto: "Sunday Mirror", de Londres

UNO MADRUGA Y EL OTRO SE AYUDA

En el parque zoológico de Chessington (Inglaterra), hay quienes saben aprovechar el tiempo a la hora de comer. Cuando el guarda entra en el pabellón de los monos y se acerca a la jaula de este par de chimpancés para darles su ración de leche, Wendy, que es la mayor y más fuerte, madruga a meter el hocico en el pico de la jarra. Y entre lo que se bebe y lo que escapa a su gula, dejaría sin una gota a Toots, si no fuese porque este, que ya sabe a qué atenerse, adopta una posición estratégica para no perder gota de lo que Wendy desperdicia.

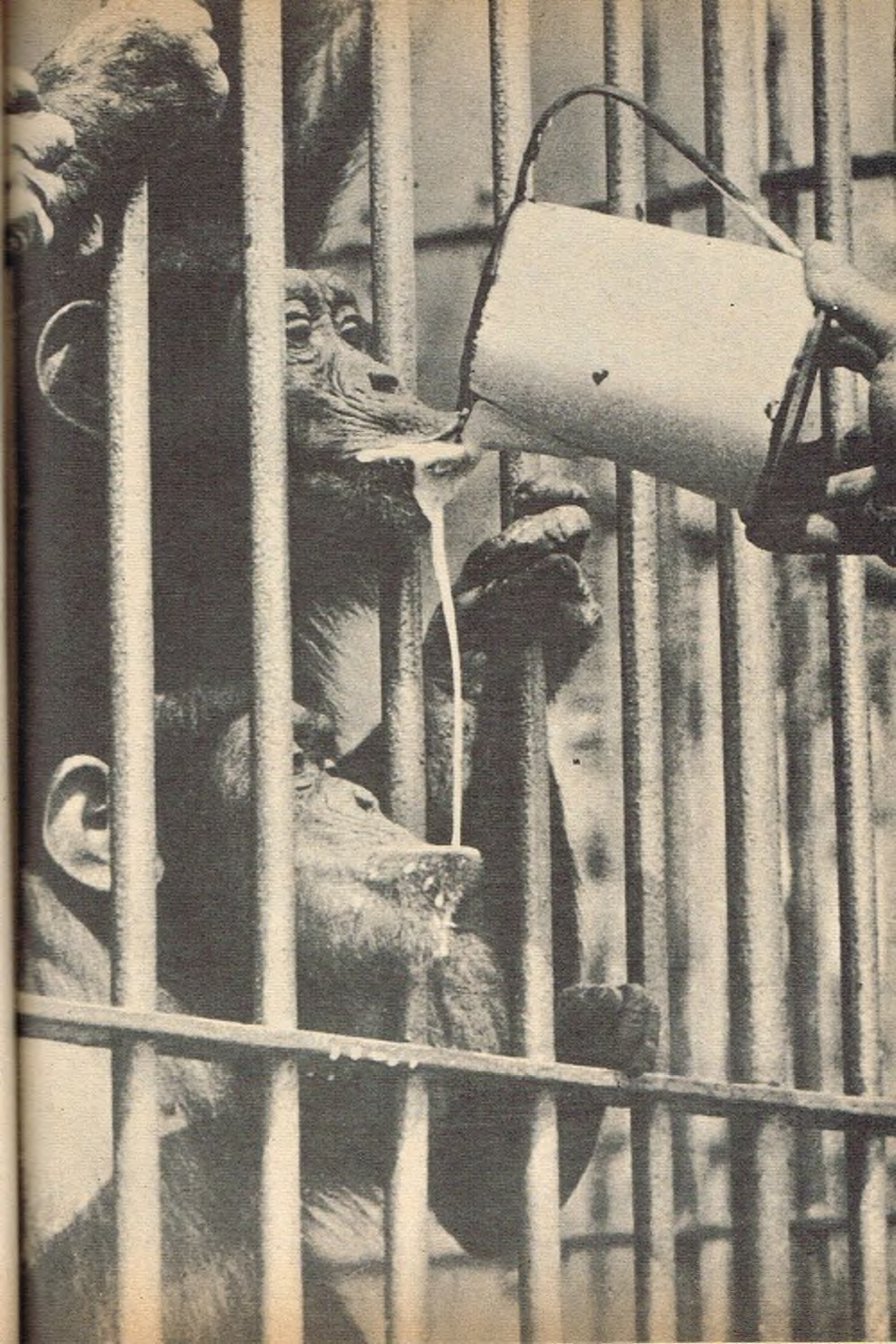
Foto: UPI

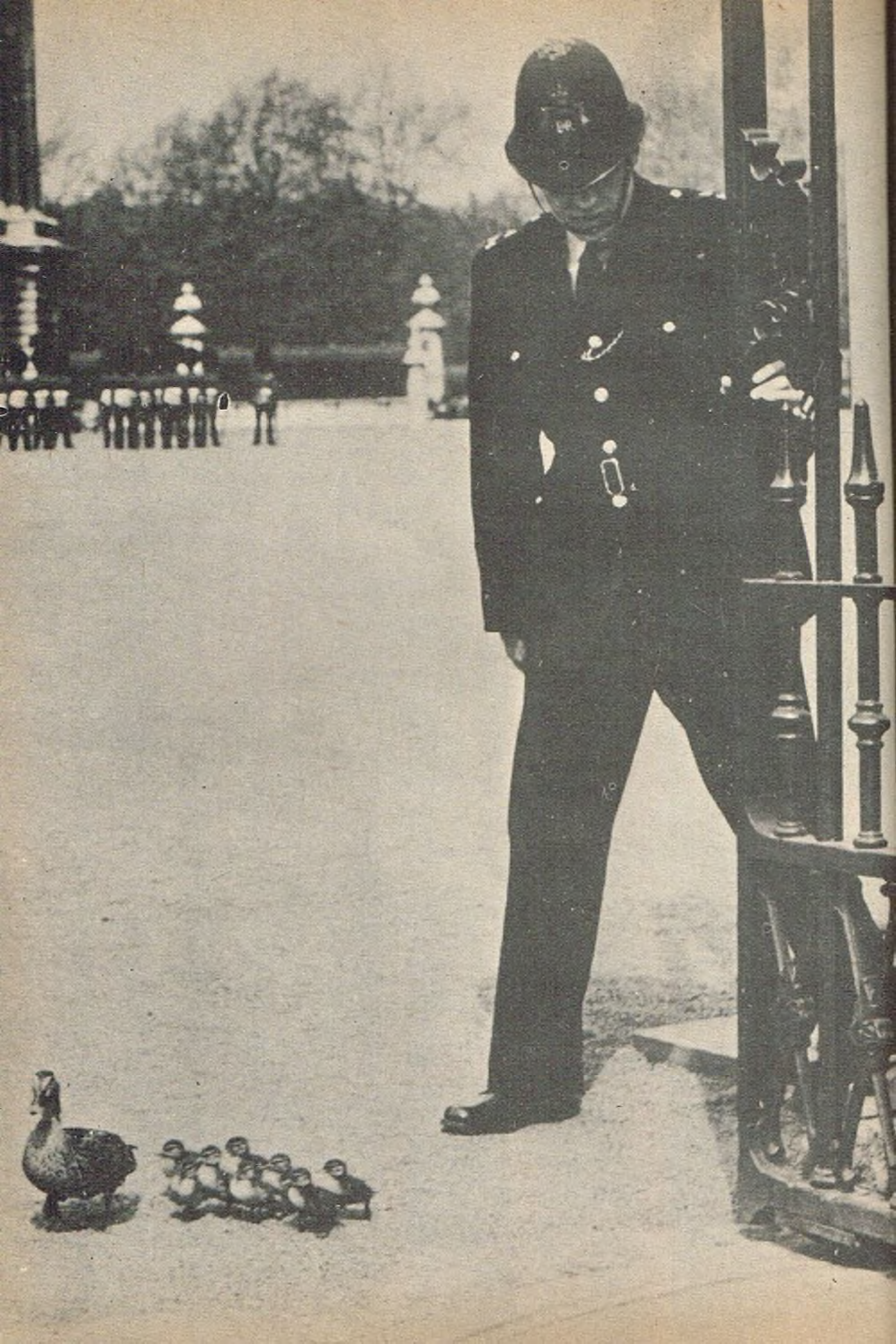


RESOLUCIÓN AL VUELO

Por no haber llevado bien la cuenta, la gata Puddy dio a luz en un desván de la vecindad. Aunque los viajes de ida y vuelta a su casa, donde la esperaba el tazón de leche, eran tarea sencilla, su corazón maternal ansiaba que los cuatro mininos no diesen los primeros pasos escaleras abajo, sino escaleras arriba. Para ello, tomó en la boca a uno de los gatitos de 21 días de nacidos, saltó del tejado a un árbol, del árbol al suelo; y al trasportar de igual forma a los otros tres hijos resolvió al vuelo el asunto que tanto la preocupaba.

Foto: Mickey Creager

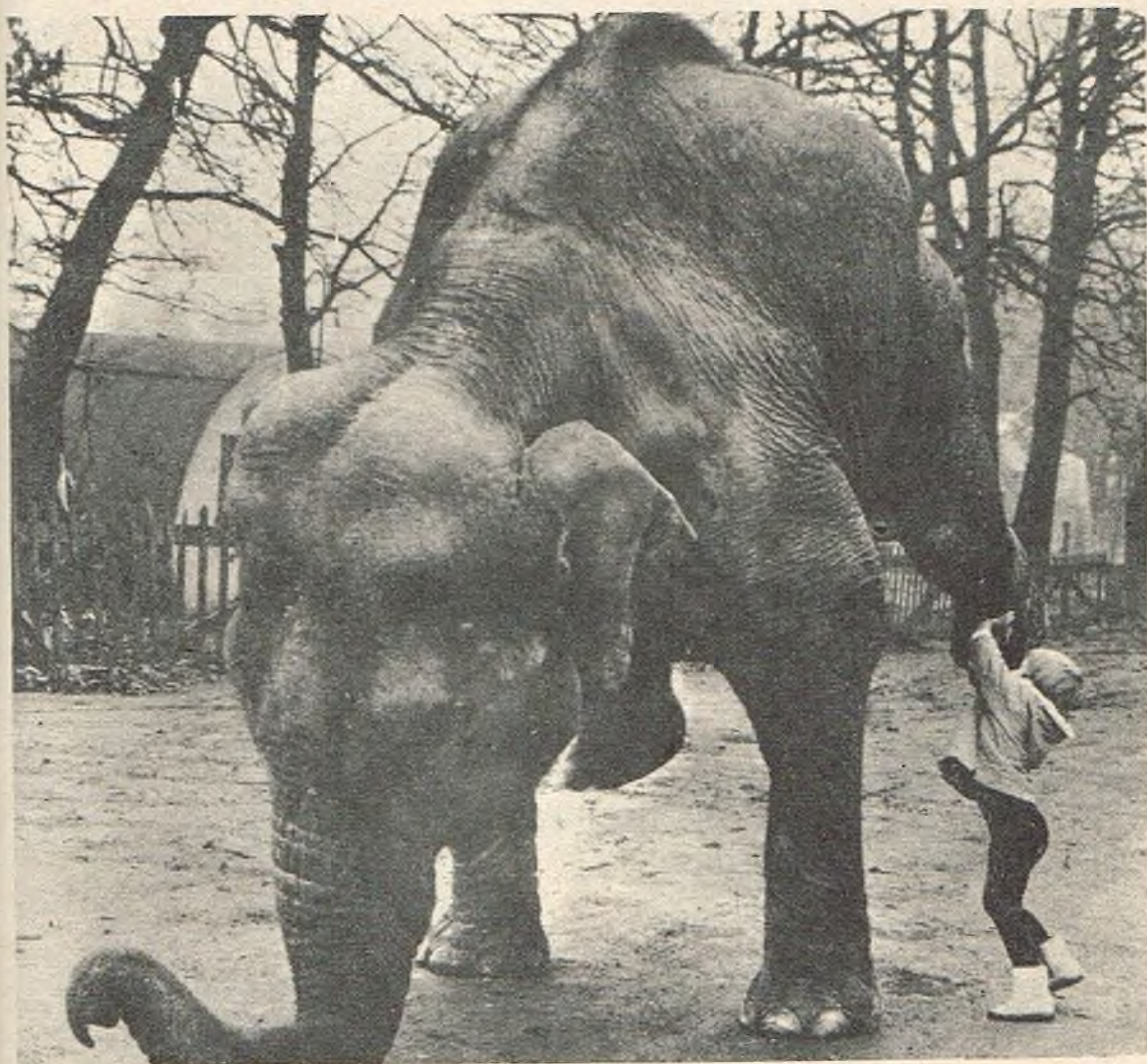




EN BUCKINGHAM CAMBIO DE LA GUARDIA

En la ceremoniosa y tradicionalista Inglaterra, todo desfile procedente del Real Palacio de Buckingham merece la respetuosa atención de la policía de Su Majestad. La mayestática palmípeda que encabeza este desfile se había trasladado del parque de Saint James a los jardines del real palacio para empollar la cría que ahora, a las tres semanas de salida del cascarón, lleva a que haga su entrada en el mundo, precisamente en los momentos en que una unidad de las reales guardias, la de Coldstream, efectúa el cambio de la guardia.

Foto: Keystone



¡ALZA ARRIBA!

Marina tiene apenas cuatro años. No es ninguna atleta; mucho menos experta en judo ni en nada parecido. El secreto de la parvulita consiste en que, por ser hija de Frankordi, primer caballista del circo de Bertram Mills (en Inglaterra), la chiquilla está acostumbrada a jugar con los elefantes como otras niñas de su edad juegan con las muñecas. Y al ver que un fotógrafo andaba tomando vistas de las habilidades de los paquidermos, Marina se fue calladito en busca de su amiga Sheila y le dijo: "¡Alza arriba!"

Foto: Fox Photos

EN UN PERIQUETE

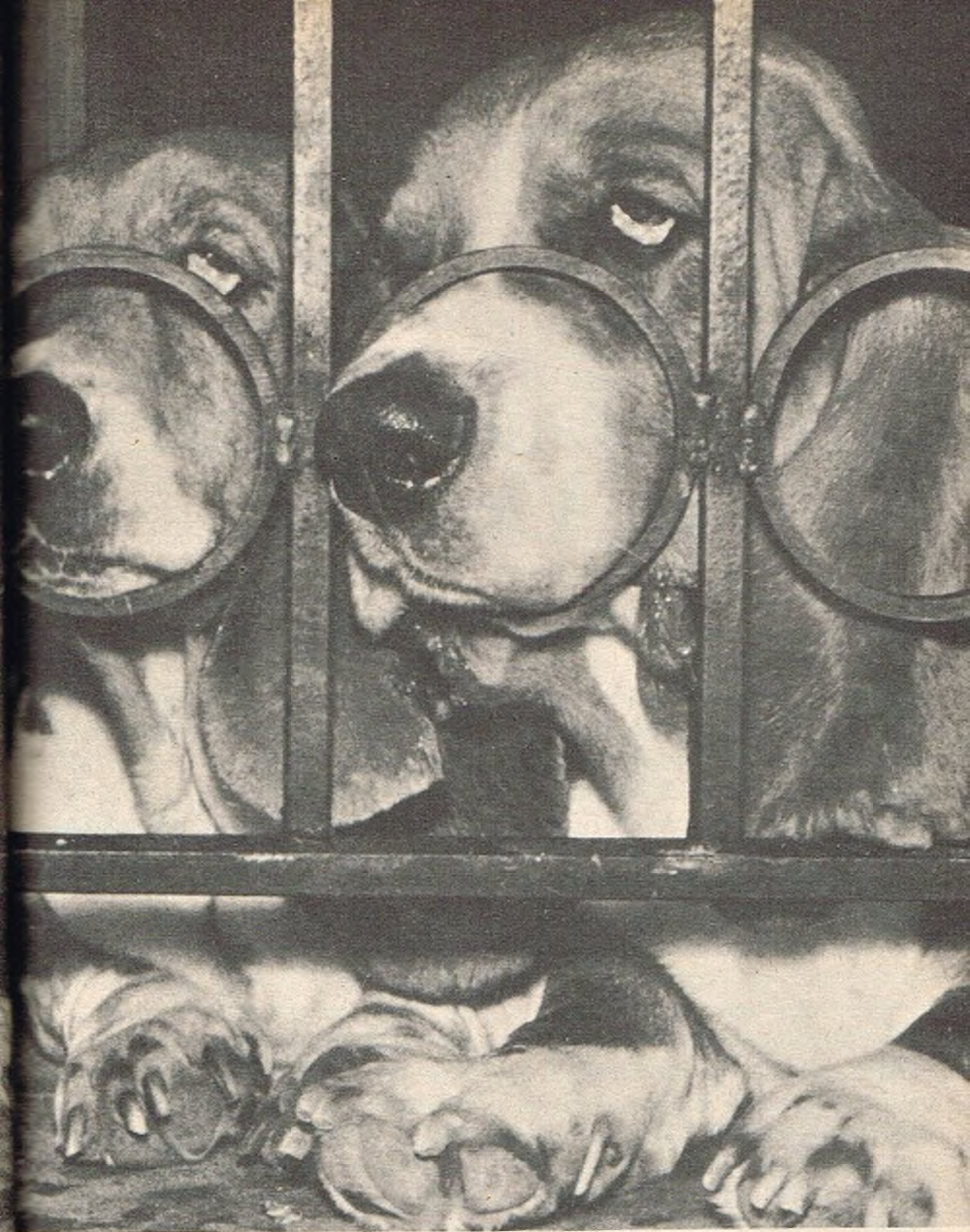
Seis meses tenía Danny Fry, que vino al mundo en la ciudad de Nueva York, cuando lo sentaron en el taburete del piano para retratarlo. El fotógrafo insinuó a la señora Fry, la madre del niño, que retratasen a Danny con el periquito amaestrado que andaba suelto por la casa. La señor Fry llamó al periquito, y este, como si hubiese comprendido de qué se trataba, se plantó en un periquete en la cabeza de Danny. Y Danny, al sentir que le tiraban cariñosamente del pelo, cerró los ojos mientras le iba bañando el semblante la expresión de perfecto contento con que lo vemos en este retrato.



Foto: Ilsa Hofman

SE MIRA Y NO SE CATA

En casa de Lawrence Beck, vecino de Cucamonga (California), no permiten que los tres sabuesos consentidos



se acerquen a los amos durante las horas de comer. Un día que los Beck tuvieron invitados al asado servido en el patio, les tocó a los tres sabuesos permanecer del lado de allá de la verja y desde allí ver, olfatear y padecer.

Foto: Rosemary Beck

El ex-vicepresidente de los Estados Unidos contesta la pregunta que se hace gran parte del mundo

Por qué no negociar en Vietnam

POR RICHARD NIXON

POR FIN ha comenzado a cambiar de cariz la guerra de Vietnam. He llegado a esta conclusión después de tres viajes que hice a Asia durante los 18 meses últimos.

Al salir de aquel continente en la primavera de 1964, yo creía que los comunistas ganarían si los norteamericanos no variaban de política. Hoy, tras una visita reciente a Asia Sudoriental, estoy convencido de que los rojos pierden terreno y de que Vietnam del Sur, con la ayuda de los Estados Unidos, tiene grandes probabilidades de alcanzar la victoria. El cambio de situación obedece al efecto de los ataques aéreos contra Vietnam del Norte y a los envíos de tropas norteamericanas de tierra a Vietnam del Sur.

La victoria es posible hoy, pero no inminente. El triunfo real —que pueda garantizar la independencia de Vietnam del Sur— exigirá dos años, por lo menos, de la más empeñosa lucha. Requerirá aumentar los ataques por aire y por tierra. Reclamará también paciencia, sacrificio y determinación del pueblo norteamericano.

Creo firmemente que el peligro más grande en la hora actual no es la derrota en el campo de batalla, sino la derrota diplomática en la mesa de conferencias. Precisamente cuando la situación militar ha empezado a cambiar favorablemente, se insiste cada vez más en la negociación de un acuerdo en Vietnam. Pero ese acuerdo sería un desastre para los Estados Unidos y para las naciones libres de Asia; significaría que habían muerto en vano cientos de soldados norteamericanos y miles de vietnamitas que

inmolaron sus vidas peleando contra la agresión comunista. Y sin embargo, mientras los jóvenes norteamericanos pelean una guerra enconada contra un enemigo brutal ¿qué se ve en los Estados Unidos?

Se ven estudiantes que se manifiestan contra la política seguida por su gobierno en Vietnam, y llegan a pedir que se rompan las tarjetas de reclutamiento y se opongan los ciudadanos al paso de trenes con tropas. En las casas de estudio los educadores e intelectuales argumentan contra la continuación de la guerra. En los diarios aparecen manifiestos firmados por actores, novelistas, artistas y músicos, en protesta por la actitud de energía que el gobierno del presidente Johnson ha decidido oponer al comunismo.

Pero más perturbadoras que estas griterías de personas irresponsables, que se manifiestan aquí o allá, son ciertas voces fuertes y respetadas que quieren una tregua negociada en Vietnam.

El senador J. W. Fulbright, presidente de la comisión senatorial de relaciones exteriores de los Estados Unidos, dijo el 15 de junio del año pasado: "Nuestra política ha sido —y debe seguir siéndolo— la de buscar decididamente el fin de las hostilidades lo más pronto posible, negociando para ello un acuerdo en que ambas partes transijan en las cuestiones importantes".

El periodista Walter Lippmann se hace eco de este sentir. Pretende que los Estados Unidos deben estar preparados para "hacer las concesiones que habrá de exigirnos cualquier negociación para ser fecunda". El reverendo Dr. Martin Luther King, hijo, ha instado a la suspensión de los ataques aéreos contra Vietnam del Norte y a que se concierte un arreglo con el Vietcong comunista.

Política peligrosa. Quienes insisten en el apaciguamiento y la retirada son personas que no entienden que la conducta propuesta por ellas acarrea más peligro de guerra que cualquiera otra de las que puedan aconsejar. El peor engaño sería suponer que los defensores de la idea de negociar ahora en Vietnam son los partidarios de la paz, y que los hombres que se oponen a las negociaciones son los partidarios de la guerra. Negociar con el enemigo antes de expulsarlo de Vietnam del Sur sería como negociar con Hitler sin haber arrojado antes de Francia a los ejércitos alemanes. Sería repetir el trágico error norteamericano de ganar las guerras y perder las conferencias.

Con ocasión de mi última visita a Saigón, el embajador Henry Cabot Lodge dijo: "No debemos negociar un convenio que haga aparecer una derrota comunista como una victoria de los comunistas".

Examinemos cuidadosamente los razonamientos de los partidarios de negociar ahora, porque, si prevalecieran, los Estados Unidos y todo el mundo libre correrían peligro.

No se puede ganar la guerra en Vietnam del Sur. Pues bien: los

norteamericanos están metidos en el conflicto. Han quedado comprometidos su nación y su honor; sus soldados pelean y mueren todos los días. Además, han empezado a luchar ahora y a hacer progresos. Desistir en este momento sería echar a perder lo ganado.

Los partidarios de negociar citan una y otra vez las palabras del presidente Kennedy: "No temamos a las negociaciones", pero pasan por alto la segunda mitad de su pensamiento: "Nunca negociemos por temor". Quienes recomiendan la suspensión inmediata de la lucha porque creen que la victoria es imposible, negociarían por temor, y eso llevaría a apaciguar al adversario y a sembrar la semilla del desastre.

Ya antes se ha ensayado esta clase de negociación, y en un lugar muy próximo a Vietnam: en Laos.

El caso de Laos es un ejemplo histórico de lo que no se debe hacer al negociar con los comunistas. El 15 de marzo de 1961 el presidente Kennedy prometió, en una conferencia de prensa, que los Estados Unidos defenderían a Laos contra el golpe de Estado comunista que amenazaba a aquel país. En mayo de 1961 los Estados Unidos y 13 naciones más se reunieron en Ginebra para constituir "un Laos verdaderamente independiente, a salvo de presiones comunistas u occidentales". Las negociaciones se prolongaron más de un año. El 24 de junio de 1962 se concertó el armisticio. Los resultados de tales negociaciones no pudieron ser más trágicos para la causa de la libertad.

En la mesa de conferencias se obligó al gobierno no comunista de Laos a entrar en una coalición con los comunistas y se convino en "neutralizar" a Laos. El resultado era predecible: las fuerzas norteamericanas se retiraron de Laos y los comunistas se quedaron.

Pero lo más trágico fue el efecto de aquel revés sobre la confianza de otras naciones en los Estados Unidos. En mi reciente viaje —en Japón, Hong Kong, Formosa, Malasia, Singapur, Tailandia y Vietnam— todos los dirigentes asiáticos que vi se refirieron a la retirada estadounidense en Laos. Uno de los más notables portavoces de Asia en cuestiones de política exterior, Thanat Khoman, ministro de Asuntos Exteriores de Tailandia, comentó: "Todos tienen la mirada puesta en la actitud de los Estados Unidos en Vietnam, por lo que ocurrió en Laos. Su país contrajo allí un compromiso que no cumplió. Ahora los Estados Unidos no deben llegar a un avenimiento que no les garantice, por lo menos, la independencia de Vietnam del Sur".

La historia nos advierte que solo se debe negociar cuando la superioridad en las armas sea tan convincente que permita a los elementos anticomunistas alcanzar su objetivo en la mesa de conferencias y se pueda impedir que los agresores alcancen el suyo.

Proseguir la lucha llevaría a la tercera guerra mundial. Este es otro

argumento que se apoya más en el temor que en los hechos. La realidad es exactamente lo contrario. Detener la agresión comunista reducirá el peligro. Si los comunistas sacan ventajas de su agresión se sentirán tentados de probar otra vez. Y si la agresión obtiene su recompensa, los que en Pekín y Moscú abogan por la política de mano dura hacia Occidente, harán prevalecer sus puntos de vista sobre las opiniones de los partidarios de la "coexistencia pacífica", y se producirán otros Vietnam en Asia, en África y en Iberoamérica.

Quienes temen que el actual conflicto adquiera proporciones más grandes, temen, desde luego, a la China roja. Están en lo cierto al creer que el verdadero enemigo está detrás del Vietcong y de Vietnam del Norte, y es China. Pero los chinos rojos no cumplieron su amenaza de intervenir en el conflicto indo-paquistano, ni cumplieron su amenaza de mandar voluntarios a Vietnam del Sur. Y no dejaron de hacerlo por falta de ganas, sino por falta de poder. Sin el apoyo logístico de la Unión Soviética la China comunista es una potencia militar de cuarto orden. La amenaza nuclear que representa es mínima por ahora.

Sin embargo, si Vietnam se pierde, China roja ganaría un vasto poderío. El resto de Asia Sudoriental, incluida la importantísima Indonesia, caería inevitablemente bajo la dominación comunista. Eso querría decir que, en un plazo de cinco años, los chinos rojos serían infinitamente más fuertes en lo económico; tendrían 200 millones más de almas y controlarían la mitad del caucho y la mitad del estaño de todo el mundo. Geográficamente quedarían a solo 22 kilómetros de Filipinas y a unos 150 de Australia. Lo más amenazador sería que para entonces ya tendrían una importante capacidad nuclear, suficiente para abrirse camino por el Pacífico si el mundo libre no se decide a correr el riesgo de una guerra nuclear enfrentándose con ellos. Las lecciones de la historia son claras otra vez en esto del apaciguamiento: Si los Estados Unidos abandonan a Vietnam, Asia libre abandonará a los Estados Unidos y el océano Pacífico se convertirá en un océano rojo.

Negociar ahora permitiría ganar tiempo para la lucha de más envergadura contra el mundo comunista. Tenemos que comprender que el tiempo no está del lado de los enemigos del comunismo en Asia. El momento de que se vuelvan las tornas contra el comunismo en Asia es *ahora.* Hoy China y la Unión Soviética no son aliados. La Rusia soviética no acudirá en ayuda de China en Asia Sudoriental. Es más, Rusia tiene sobrados motivos para temer la expansión de China roja. Sin embargo, con el tiempo es posible que China roja y Rusia vuelvan a unirse, y entonces el mundo libre tendrá que enfrentarse a un adversario mucho más fuerte, a un frente comunista unido. Los que

insisten en la retirada y la espera "hasta que mejore la situación", no ven que la situación existente —y que ellos consideran con temor— es, por cierto, una oportunidad dorada. El enemigo es débil y está dividido. Es improbable que el tiempo depare al mundo libre una oportunidad más favorable para arrollar al agresor comunista.

Si no se hacen ahora concesiones importantes, los comunistas no se animarán a negociar. A los que exponen este argumento les falta muy poco para defender el apaciguamiento. Premiar la agresión es como dar a un delincuente parte de su botín con la esperanza de que deje de robar. Los comunistas tienen muchos incentivos para negociar. Los ataques contra Vietnam del Norte les causan daños. Para que se suspendan, Vietnam del Norte deberá abstenerse de intervenir en Vietnam del Sur.

Las fuerzas libres no tienen pretensiones territoriales ni quieren la rendición incondicional de Vietnam del Norte. Su objetivo es la libertad y la independencia de Vietnam del Sur.

Cierto que las guerras se terminan al cabo del tiempo con alguna negociación, pero negociar en Vietnam ajustándose a los principios que ha propuesto el senador Fulbright —haciendo concesiones importantes uno y otro bando— sería entablar una negociación de la peor especie, en el momento menos oportuno y en el lugar más inconveniente.

Antes de apresurarse a celebrar negociaciones prematuras, los Estados Unidos deben encontrar las respuestas a tres preguntas fundamentales:

¿Cómo hacer que los comunistas vayan a la mesa de conferencias? La manera de *no* llevar a los comunistas a la mesa de conferencias es hablar ahora de la disposición a negociar. Como me decía un dirigente asiático: "Ustedes los norteamericanos tienen que abandonar la idea de que los comunistas reaccionan como ustedes mismos. Ustedes no consideran la disposición a negociar como síntoma de debilidad. Pero los comunistas no hablan jamás de negociaciones si no es porque van perdiendo. Así pues, cuando ustedes hablan de negociación creen que ustedes están perdiendo. Es como si un boxeador que va ganando hiciera que su *second* se pusiera de pie fuera de las cuerdas, agitando una toalla blanca".

Dicho llanamente, solo hay una forma de llevar a los comunistas ante la mesa de negociaciones: convencerlos de que no pueden ganar.

¿Con quién negociarán los Estados Unidos? En esta cuestión no se puede transigir. Solamente se podrán considerar las negociaciones con el agresor principal: el gobierno norvietnamita. Bajo ningún pretexto podrá Washington acceder a entablar negociaciones con los guerrilleros del Vietcong.

Esto nos lleva a la esencia misma de la guerra de Vietnam. Los comunistas pretenden que es una

guerra civil. En realidad es una pura agresión perpetrada por Vietnam del Norte.

Como decía hace poco Joseph Alsop en su sección periodística, "Es un completo absurdo suponer que la acción comunista en Vietnam del Sur tenga la menor semejanza con una revolución popular. Es un acto de agresión del Norte contra el Sur".

Si Vietnam del Norte se retirara de Vietnam del Sur —si retirara sus tropas y su apoyo logístico— la rebelión del Vietcong se extinguiría o se debilitaría tanto que podrían liquidarla las fuerzas sudvietnamitas sin la ayuda estadounidense. Por estos motivos hay que negociar exclusivamente con los norvietnamitas.

¿Qué se debe negociar? Aquí los norteamericanos habrán de recordar por qué su país fue a Vietnam. No está allí para intervenir en los asuntos interiores. Está allí porque el gobierno sudvietnamita le pidió que le ayudara a poner coto a la intervención comunista. No está allí para imponer un colonialismo norteamericano. Está allí para oponerse al colonialismo comunista.

Hay tres condiciones mínimas sobre las cuales habrá que insistir en cualquier negociación con los comunistas: Vietnam del Norte debe suspender su agresión contra Vietnam del Sur; es preciso asegurar la independencia de Vietnam del Sur, que debe quedar libre, además, del control comunista; los agresores no deberán salir ganando nada. Comprendo que hablar de victoria no está hoy de moda, pero la victoria no se puede sustituir con nada cuando el objetivo es la derrota de la agresión comunista.

Por importantes que sean todos los puntos tratados arriba con relación a Vietnam y al papel que corresponde a los Estados Unidos en el trágico destino de aquella nación, hay un problema quizá más importante que todas las demás cuestiones juntas. Y es un asunto de simple moralidad. Después de haberse comprometido a prestar su apoyo a una nación pequeña en su lucha para conservar la libertad, ¿tienen los Estados Unidos derecho de negociar un convenio que destruiría la libertad de tal nación?

Hace poco tiempo escribía uno de los más prudentes estadistas del mundo, el Dr. Ch. Rajagopalachari, amigo íntimo de Gandhi y compañero suyo en la lucha de independencia de la India: "No cabe la menor duda de que, si Norteamérica se retira y deja al Asia Sudoriental abandonada a su suerte, la China comunista se apoderará del continente. No habrá esperanza para la libertad de pensamiento en Asia si se impone la hegemonía (si es que no el imperio) de China".

El Primer Ministro de Malasia, Tunku Abdul Rahman, lo explicaba así cuando hablé con él en Kuala Lumpur, en agosto pasado: "Si un país pequeño está expuesto a la dominación comunista, lo están todos. Los Estados Unidos defienden la seguridad de todas las naciones

libres de Asia al defender a Vietnam del Sur".

Y por si estas advertencias no bastaran, no debemos olvidar la profética protesta de Winston Churchill, en contra de la liquidación de Checoslovaquia en Munich: "La creencia de que la seguridad se puede obtener con arrojar un Estado pequeño a los lobos, es un error fatal".

El problema de más trascendencia que se plantea en Vietnam está señalado en esta pregunta que me dirigió un estudiante cuando terminé de dar una conferencia en la Universidad de Malaca, justificando la política estadounidense: "Las naciones que se están formando en Asia durante estos últimos tiempos no quieren el comunismo totalitario. Tampoco quieren el capitalismo norteamericano. Lo que quieren es el derecho de elegir la forma de gobierno que mejor llene sus necesidades. ¿Por qué no podemos ser neutrales? ¿Por qué no nos dejan solos para que decidamos nuestro destino?"

Me parece pertinente concluir este artículo con la respuesta que di a aquella pregunta: "En eso y solamente en eso está la razón de la guerra de Vietnam. No tratamos de imponer nuestro sistema a Vietnam ni a ningún otro país. Creemos que todas las naciones deben tener el derecho de escoger el sistema de gobierno que mejor se ajuste a sus necesidades. Hemos ido a Vietnam para proteger ese derecho. Los comunistas están allí para destruirlo. Pero no hay que olvidar que en el mundo de hoy no existiría ninguna nación que pudiera permitirse el lujo de la neutralidad si no fuera por el poderío de los Estados Unidos".

Los norteamericanos no tienen por qué ponerse a la defensiva o en plan de justificación cuando se trata de sus funciones en Vietnam. Pueden llevar muy alta la cabeza porque saben que —como ocurrió en la primera guerra mundial, y en la segunda, y en la de Corea— no pelean solamente por interés de los Estados Unidos; pelean por la paz, la libertad y el progreso de todos los pueblos.

Si desea reimpresiones de este artículo vea la página 14



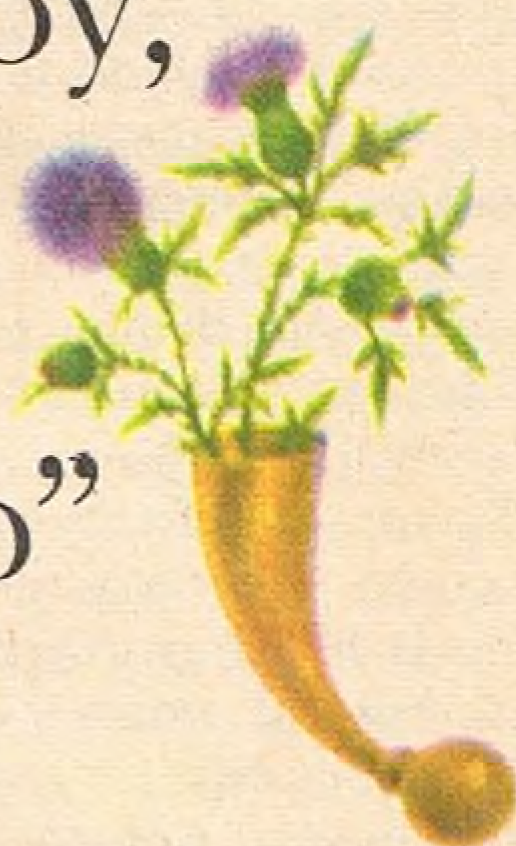
Haz lo que vieres

A CIERTO joven le preguntaron si se había divertido en su viaje a Italia. "Al principio no", dijo, "pero luego me acordé de aquel viejo proverbio que dice: *Donde fueres, haz lo que vieres*. Eso animó mucho mis vacaciones, pues me dediqué a pellizcar a las turistas". —B. B.

"Nada vale el don sin el donante", ha dicho el poeta. El verdadero presente refleja interés y afecto.



"Cuando doy, me doy yo mismo"



POR EVAN HILL

Condensado del "CHRISTIAN HERALD"

HABÍA estado primero en una joyería y luego en la tienda del florista, pero ni en una ni en otra hallé lo que buscaba. Quería llevar a Priscila, mi mujer, algún regalo, una muestra espontánea de amor y de afecto, algo así como el puñado de margaritas que un niñito da a su madre sin ninguna otra razón que un impulso cariñoso.

Los vendedores dijeron que "comprendían", y me preguntaron qué precio tenía en mente. No les quise decir que no pensaba yo en precio alguno; lo que en verdad llevaba en mente era la dulce sonrisa de Priscila cuando le entregase mi regalo.

Fui entonces a ver a mi amigo Stanley Lewis, que tiene una vieja tienda donde vende antigüedades, muebles y objetos usados. Es un solterón que nunca le quita el polvo a su mercancía y que probablemente jamás será rico. Cuando le expuse

mi problema, se rascó la barbilla y me llevó a un cuartito sucio en que afila sus sierras, tiró de una gaveta y sacó un paquete de desechos de estopa. En el centro había un delicado broche antiguo: un óvalo de marfil en que aparecía pintado el rostro hermoso, sereno y fuerte de una mujer de treinta y pico de años. Ambos lo contemplamos unos instantes en silencio y luego dije:

—Esto es precisamente lo que quería.

—Así lo pensé —repuso, e hizo una pausa—. Pero no te lo puedo vender. Hoy no, por lo menos. Tal vez dentro de un par de semanas. Me gustaría mirarlo de vez en cuando por un tiempo más.

—Lástima —comenté—. Quería regalárselo hoy mismo.

—Ya encontrarás alguna otra cosa —gruñó—. Lo más probable es que no lo hubieras mirado dos veces, de haberlo visto en el escaparate de una joyería.

Desde luego, Stanley tenía razón, yo tenía la impresión de haber *descubierto* el broche y el haberlo descubierto lo había convertido en algo especial. En el escaparate de la joyería me habría contentado con *verlo,* y nada más.

Al salir tropecé con unos tubos de latón, curvos y pesados, de unos 15 centímetros de largo, con una esferita en un extremo.

—Son puntas de horcates, que se usaban para adornar los arneses de los caballos —me dijo Stanley—. Dos te podrían servir.

—¿Para Priscila?

—Como floreros, colgados de la pared.

Los compré y volví a la florería en busca de unos claveles rojos. Al llegar a casa, me metí a escondidas en el sótano y, ayudado por mis dos hijos, me dediqué a limpiar los cuernos de latón durante cerca de una hora. Cuando estuvieron resplandecientes, los pequeños los llenaron con las flores. Ocultándolos tras la espalda, subieron hasta la habitación donde se encontraba mi esposa.

Los floreros son preciosos. Colgados en el pasillo de entrada, guardan unos tallos de hiedra, unas flores purpúreas de cardo o unas hojas otoñales color de fuego. No son regalos comprados; son regalos que fueron descubiertos, pulidos y arreglados especialmente para Priscila.

Aquel día aprendí lo que había querido decir el poeta norteamericano Walt Whitman al escribir: "Cuando doy, me doy yo mismo". Comprendí que la verdadera dádiva debe llevar consigo algo del donante. En efecto, el regalo perfecto es el que concuerda con la personalidad de quien lo recibe, el que prueba que quien lo da tiene realmente interés y afecto por aquel.

Conozco una mujer de edad madura, criada en una granja muy pobre, que nunca olvida las tarjetas de Navidad que su madre pintaba a la acuarela cada año. Todos los familiares recibían una, aunque a veces no pudieran recibir otro presente, y cada tarjeta, tosca pero bella, tenía su cariñosa estrofa espe-

cial, el más valioso regalo de todos.

Poco antes de la Navidad del año pasado un amigo mío recibió una esquela de su hermana, en que le decía que todos los años por esa época él enviaba un cheque de cinco dólares a cada uno de sus cuatro sobrinos; pero el dinero, agregaba, no remplazaba en realidad al cariño: no era un verdadero regalo. Mi amigo se sintió desconcertado, pues apenas conocía a sus sobrinos y no tenía la menor idea de lo que pudieran necesitar o desear. Por último, decidió enviarles cosas que no se pudieran obtener fácilmente donde vivían: cosas antiguas.

Para el pelirrojo de 10 años de edad encontró un reluciente sombrero de copa, todavía en la sombrerera en que estuvo guardado en 1880. Un viejo mondador de manzanas, de hierro fundido, lo destinó al chico de 16 años. Su hermano de 15 años recibiría una balanza de cruz, y el joven estudiante de 18 años, estudioso y ahorrativo, un monedero de gamuza que algún granjero había usado a fines del pasado siglo. Mi amigo añadió un despepitador de uvas para su hermana y una barrena de mano para su cuñado, y con ciertas dudas remitió los paquetes.

Los regalos tuvieron enorme éxito. El sombrero de copa, según supo por una carta de agradecimiento que recibió, lo lució el chico durante todo el día de Navidad. La balanza pesó "casi todos los pequeños objetos movibles de la casa" y luego fue a adornar la pared del dormitorio del muchacho. El mondador funcionó "a la perfección al tratarse de papas y manzanas, pero resultó algo resbaladizo para mondar naranjas, no muy bueno en el caso de las zanahorias y completamente inútil en el de los plátanos". El despepitador fue un fracaso, como lo había sido siempre desde que lo patentó su inventor en 1887, pero la barrena sirvió para desmenuzar los corchos de las botellas. Los regalos de mi amigo tuvieron éxito porque había agregado simpatía e imaginación a su acto.

Algunos regalos suscitan recuerdos y nos hacen revivir momentos felices. A veces pueden ser muy sencillos, y sin embargo a menudo pasan inadvertidos. Cierta joven que conozco quitó la hiedra al ramillete de novia que había pescado al vuelo en una boda, la plantó y luego la puso en una maceta para regalarla a la recién casada en su primer aniversario. Un sujeto conocido mío que recientemente se hizo construir una lujosa casa veraniega, insistió en que los dormitorios tuvieran techos de láminas de metal acanaladas. Con esto quería dar una sorpresa a su mujer, quien muchas veces le había contado que cuando niña solía dormirse al suave ritmo de la lluvia que golpeaba en el tejado de cinc. Así le devolvía, treinta años más tarde, algo del encanto de su infancia.

Un amigo mío perdió todos sus muebles y efectos en un desastroso incendio. Su hermana pasó varios meses haciendo copias de las foto-

grafías del álbum familiar, fotos que mi amigo había perdido en el desastre, pues sabía el valor que tendrían para la familia de aquel. Y una esposa enamorada tomó de su suegra, en secreto, lecciones de cocina y preparó para el cumpleaños de su marido varios de los platos que le gustaban en su adolescencia.

Uno de los regalos para niños más acertados de que he tenido noticia fue una botella de extracto de zarzaparrilla, que costó muy poco. Supe de ello por una inteligente señora que la compró y la envolvió cuidadosamente para regalársela a su nieto el día en que cumplió los once años. De ello resultó una fiesta dedicada a la preparación de zarzaparrilla, fiesta en que los mayores recordaron su infancia y los niños se aplicaron con entusiasmo a tapar botellas de la bebida y a disfrutar de una cálida escena hogareña que sin duda querrán compartir más adelante con sus hijos.

Hace más de dos siglos, el dramaturgo inglés William Congreve escribió: "La belleza es el regalo que hace el enamorado". Y la belleza está por doquiera, con solo que miremos en torno. Un guardabosque de manos encallecidas corta un hongo anaranjado de un tronco caído y se lo echa al bolsillo. "A mi mujer le gustan las cosas bonitas", dice con ternura.

La belleza es intangible, y a menudo es gratuita, pero es igualmente un don. A comienzos de la primavera pasada descubrí un impresionante panorama de montaña. Pensé en Priscila, y aguardé hasta que el colorido del follaje de otoño estaba en su apogeo; entonces, un atardecer, cuando ya el Sol poniente enviaba horizontalmente sus rayos traslúcidos entre los alisos y las hayas, la llevé hasta allí.

Uno de los presentes más reveladores de imaginación y afecto de que he oído hablar fue el que recibió mi amigo Raymond Holden de su esposa, Bárbara. Él, que es poeta y naturalista, ama los bosques y las colinas, los arroyos y las lagunas. Pues bien, para Navidad, hace pocos años, Bárbara le entregó un documento legal encuadernado en el cuero azul que usan los abogados: el contrato de arrendamiento de 700 hectáreas de tierras forestales. El contrato, por el que Bárbara paga a una compañía maderera 25 dólares anuales de alquiler, permite a Raymond recorrer el bosque a su sabor, recoger ejemplares de especies botánicas, construirse chozas, abrir senderos y acampar en cualquier lugar de su vasto dominio; la única limitación es que no puede talar árboles maderables. Fue un regalo de perdurable encanto.

No sé si algún día podré hacer un regalo así. Pero he descubierto, por fin, el secreto del regalo perfecto: ha de ser algo especial para la persona a quien el que regala tiene por especial.





Enriquezca su vocabulario

POR CARLOS F. MAC HALE

Catedrático chileno, autor de varias obras de lexicología

NO TEMEMOS rebasar la medida insistiendo en los parónimos, o sea en las palabras parecidas que con tanta frecuencia presentan al hablante ocasión para dar traspiés. En la página siguiente podrá ver el lector curioso si ha acertado o no en los diez pares de parónimos que aparecen a continuación.



1) **arcabuz** — A: bayoneta. B: cañón. C: sable. D: fusil.
2) **arcaduz** — A: cangilón. B: cajón. C: cajonería. D: caja.
3) **brasa** — A: ascua. B: luz. C: quemazón. D: ceniza.
4) **braza** — A: pieza de armadura. B: cierto fuego. C: medida. D: movimiento del cuerpo.
5) **chiripa** — A: término de albañilería. B: de bolsa. C: de billar. D: de mercado.
6) **chiripá** — A: suerte. B: chamal. C: casualidad. D: circunstancia imprevista.
7) **deferir** — A: dar, entregar. B: postergar. C: ceder, condescender. D: juzgar.
8) **diferir** — A: acceder. B: retardar. C: dislocar. D: condonar.
9) **entibar** — A: apuntalar. B: apurar. C: ajustar. D: apuntar.
10) **entibiar** — A: apretar lana. B: enfriar. C: cargar un buque. D: templar, moderar.
11) **fucilar** — A: fulgurar, rielar. B: labrar. C: cerner. D: soplar, inflar.
12) **fusilar** — A: matar a mansalva. B: ejecutar a una persona, C: ser fútil. D: usar la fusta.
13) **gelatina** — A: sustancia plástica. B: sólida. C: alimenticia. D: no alimenticia.
14) **jaletina** — A: jalea. B: jalbegue. C: gavilla. D: jalapa.
15) **matacandelas** — A: candileja. B: candelero. C: matamoscas. D: apagador.
16) **matacandiles** — A: planta. B: apagavelas. C: ave. D: insecto.
17) **rebosar** — A: abrazar. B: derramarse. C. abrasar. D: guarecerse.
18) **rebozar** — A: manir. B: proteger. C: evitar, esquivar. D: cubrir, encubrir.
19) **sabatina** — A: cierto oficio. B: ejercicio. C: estufa. D: mujer.
20) **sabatino** — A: relativo al sabañón. B: sabanero. C: relativo al sábado. D: sabidillo.

Respuestas a

"ENRIQUEZCA SU VOCABULARIO"

(Véase la página anterior)

1) **arcabuz** — D: fusil antiguo. /"pues los años cansinos enmohecieron/ el hierro de sus largos *arcabuces*". (Luis Palés Matos)

2) **arcaduz** — A: caño que lleva el agua /cangilón de noria. (Del árabe *al-qadus.*) "Es subir el agua por *arcaduces* rotos". (Diego Saavedra)

3) **brasa** — A: leña o carbón encendido. "Sacar la *brasa* (o el ascua) con mano ajena (o de gato)".

4) **braza** — C: medida de longitud equivalente a dos varas o 1,67 m.

5) **chiripa** — C: suerte que se gana por casualidad en el juego de billar. Casualidad favorable. "Me aprobaron por *chiripa*".

6) **chiripá** — B: especie de chamal de los gauchos. (Voz de origen quichua.) "Vestía el gaucho poncho de vicuña, *chiripá* de paño negro y calzoncillos de hilo . . ." (Carlos Octavio Bunge)

7) **deferir** — C: ceder, condescender con el dictamen de otro. "No quiso *deferir* al parecer de su jefe". Se conjuga como adquirir.

8) **diferir** — B: retardar la ejecución de una cosa. Se conjuga como sentir: "*Difirieron* la causa para el martes". También significa *ser diferente.*

9) **entibar** — A: en minería, apuntalar las galerías. "*Entibaron* con fuertes maderos las partes de la excavación que ofrecían riesgo".

10) **entibiar** — D: templar, moderar: "Hay que *entibiar* el agua".

11) **fucilar** — A: fulgurar, rielar. Úsase solo en poesía.

12) **fusilar** — B: ejecutar a una persona con descarga de fusilería. "—¿Cómo murió? —Lo pasaron por las armas; lo *fusilaron*".

13) **gelatina** — C y D: sustancia trasparente que se extrae de los tejidos, cartílagos, etcétera, de los animales: "*gelatina* para hacer cola". La destinada a la alimentación se llama *gelatina seca.*

14) **jaletina** — A: jalea fina y trasparente, como la que se prepara con frutas y otras sustancias. La dificultad en el uso de estas dos palabras está en que a veces son sinónimas, y en esos casos en vez de *gelatina* se puede decir *jaletina.*

15) **matacandelas** — D: instrumento para apagar las velas. Se llama también *apagavelas* y *apagador.*

16) **matacandiles** — A: la planta liliácea *Ornithogalum nutans.*

17) **rebosar** — B: derramarse un líquido por no caber en un recipiente. Fig.: "El amor palpita en cuanto vive: *rebosa* el ser de amor cuando contempla lo existente". (José Martí)

18) **rebozar** — D: cubrir la cara con la capa o manto / encubrir, disimular. Fig.: "Cuando eso no fuera *rebozar* la envidia". (Lope de Vega)

19) **sabatina** — A y B: oficio divino del sábado / ejercicio que hacían los estudiantes el sábado.

20) **sabatino** — C: perteneciente al sábado o ejecutado en él: bula *sabatina.* (En este caso la palabra es adjetivo.)

Calificación

20 respuestas acertadas ... sobresaliente
15 a 19 acertadas .... notable
12 a 14 acertadas .... bueno
9 a 11 acertadas .... regular

POR JORGE MEJÍA SALAZAR

Ebullición en el mundo del café

Al implantarse un nuevo sistema para fijar por votación el precio del café, se abrigan esperanzas de solucionar los problemas que afectan a la industria productora de la bebida predilecta del público.

NO HAY nada que provoque tanta irritación como las fuertes alzas y bajas en el precio del café. Esto es aplicable tanto a los países consumidores del grano como a los 15 países iberoamericanos que abastecen al 70 por ciento del mercado mundial. En 1954 las amas de casa en todo el mundo se enfurecieron cuando el precio del café alcanzó niveles nunca antes conocidos. Por otra parte, de 1957 a 1963 los precios sufrieron la baja más sensible en 14 años, baja que causó innumerables protestas entre los productores de café; tanto de los *fazendeiros* del Brasil, como de los cafeteros del resto de Iberoamérica. Hoy, a pesar de todo, existen indicios de que cesarán estas alzas y bajas y se restablecerá un equilibrio favorable al cosechero y al ama de casa.

Los cafeteros, percatándose de la gravedad de las fluctuaciones por que pasa la industria, han optado por abrazar un procedimiento sin precedentes, que algunos denominan "democracia económica". Su principio fundamental, según el Convenio Internacional del Café de 1962, concertado bajo el patrocinio

Condensado de
"LATIN AMERICAN REPORT"

de las Naciones Unidas, es muy sencillo: que el consumidor y el productor de café resuelvan por medio del voto sus diferencias en cuanto a los precios. Ya hoy los representantes de 55 naciones lo vienen haciendo así a través de un "parlamento mundial del café": el Consejo Internacional del Café, que se reúne varias veces al año en Londres. En sus deliberaciones, 21 países importadores representan 1000 votos, mientras que entre Iberoamérica y veinte países africanos y asiáticos exportadores de café, suman otros 1000 votos.

Los legisladores del café no determinan los precios de su venta al menudeo pero sí tratan de nivelarlos regulando la oferta. El Consejo restringe el volumen que los países cosecheros tienen autorización de exportar cuando los precios que pagan por el grano los tostadores-importadores descienden a menos de 38 centavos de dólar la libra; por el contrario, cuando el precio del grano verde sobrepasa los 44 centavos de dólar la libra, se amplían los volúmenes de exportación autorizados. Este sistema va encaminado a que el cosechero obtenga un precio razonable y el ama de casa no pague más de un dólar por libra: el precio al menudeo es generalmente el doble de lo que el tostador ha pagado por el grano. Según el último informe, el actual precio al menudeo fluctúa alrededor de 74 centavos de dólar la libra.

Lo que distingue a este convenio entre otros acuerdos internacionales concertados para otras mercaderías, tales como los que rigen al trigo y al azúcar, es la influencia otorgada a los países importadores. En pago de ello, estos ayudan a aplicar las restricciones fijadas a la exportación, denunciando a cualquier país que se exceda del volumen autorizado; en este caso el volumen autorizado al trasgresor para el año siguiente se le reduce. Por consiguiente, las restricciones acordadas son armas eficaces.

Este sistema parece que está dando resultados. En 1963, cuando los incendios, las sequías y las heladas que azotaron al Brasil redujeron notablemente las existencias del grano fresco en el mundo, las cotizaciones comenzaron a subir. Pero nunca llegaron a trastornar el mercado (como había ocurrido en ocasiones anteriores, después de alguna desastrosa cosecha) gracias a la pronta intervención del Consejo, que en seguida autorizó un aumento en las exportaciones. Obviamente, tal aumento no podía producir cantidades adicionales de café, pero estimuló las ventas de todo el grano cosechado o de excedentes de años anteriores, con lo cual se puso un freno a la especulación y los precios se nivelaron. Ahora que la producción va de nuevo en aumento, los legisladores del café están restringiendo las exportaciones para evitar una nueva baja.

JORGE MEJÍA SALAZAR fue ministro de Agricultura de Colombia de 1957 a 1958. Actualmente dirige el Banco de Bogotá, la principal casa de banca privada en su país.

Por ahora nadie puede afirmar que el sistema de fijar el precio por votación haya de resolver todas las crisis cafeteras. Sin embargo, algo había que hacer. Cada vez que el precio del café verde baja un centavo de dólar por libra en el mercado mundial, tal baja se traduce en una pérdida de 70 millones de dólares para los cosecheros (47 millones de dólares en Iberoamérica solamente). Entre 1957 y 1963, el precio del café verde bajó no menos de 19 centavos de dólar por libra, lo que para los países productores de café del hemisferio occidental representó una pérdida de cerca de mil millones de dólares. El negocio del café, el producto agrícola más importante en el comercio mundial por el volumen de dólares que representa, estaba en situación desesperada.

Cuando el precio del café desciende ¼ de centavo por kilo en Nueva York, la noticia aparece en la primera plana de los diarios de Bogotá, así como del Brasil, El Salvador, Guatemala y Costa Rica. La ayuda de los Estados Unidos a Iberoamérica (que en 1964 fue de 839.-000.000 de dólares para los países productores de café) contribuye a contrarrestar la reducción de los ingresos producidos por este grano, y en situaciones críticas es bien recibida, pero a la larga jamás podrá sustituir al comercio.

En 1957, el Brasil gozaba de un crédito excelente y tenía ante sí un futuro prometedor. Sin embargo, no pudo luego hacer frente a su deuda exterior y se vio imposibilitado de pagar el petróleo y otros productos esenciales que necesita importar. Para el mundo, el responsable de esta crisis fue el gobierno, de extrema izquierda, del presidente Goulart, hoy derrocado. Pero entre bastidores, la verdadera culpable fue la baja del precio del café. Brasil depende de cuatro mil millones de cafetos para adquirir el 50 por ciento de las divisas con que debe pagar sus importaciones. Hoy, el alza de los precios del grano está contribuyendo al restablecimiento de la economía brasileña.

El Salvador tiene vastos planes para su reforma social y el desarrollo de su economía. Con objeto de financiar sus obras de reforma, requiere de préstamos de los Estados Unidos, pero debe completar la ayuda norteamericana con una suma igual en moneda local. ¿Y cómo iba a encontrar ni aun estas sumas cuando los precios del café sufrían bajas ruinosas y los ingresos por concepto de impuestos declinaban aun más con cada baja?

Asimismo, tres cuartas partes de los ingresos de Colombia provienen de sus ventas de café, y cuando baja el precio de este, el gobierno colombiano se ve forzado a reducir al mínimo las importaciones. La mayor parte de los automóviles y camiones que circulan por las carreteras colombianas son ya verdaderas antiguallas, o poco menos. Pero para importar nuevos vehículos se necesita el constante y sólido ingreso procedente del café. El problema es sin duda de Colombia,

pero afecta asimismo a Detroit.

Según un reciente estudio, 1146 comunidades de los Estados Unidos exportan sus productos a países cosecheros de café. Por ejemplo, Ohio exporta a ellos anualmente, por valor de 250 millones de dólares, productos como maquinaria, vidrio y neumáticos. Las ventas a los países cafetaleros les representan a los Estados Unidos más de tres mil millones de dólares en ingresos para los agricultores y salarios en general.

Por eso las naciones importadoras de café, por propio beneficio, podrían elevar de cuando en cuando los precios del grano en futuras reuniones en Londres. Cuando los precios al detalle aumentan en 10 centavos de dólar la libra, esto no representa más de ⅕ de centavo por taza de la popular bebida. ¡Y aun así, tan solo para Iberoamérica este mínimo aumento representa un ingreso de cerca de 500 millones de dólares anuales!

El árbol del café tarda de 3 a 5 años para desarrollarse. El cafetero, optimista, planta grandes cantidades de cafetos cuando el precio está en alza . . . y miles de otros cosecheros hacen otro tanto. Y así, cada 7 años, casi por ritual, se produce la saturación del mercado y el descenso en los precios. Durante muchos años el Brasil trató de fijar los precios por sí solo. En 1931, cuando la oferta por el brasileño "Santos 4" en grano bajó a siete centavos de dólar la libra, el Brasil quiso diversificar y aplicarlo a usos no alimenticios: buscó remojar el café en aceite y emplearlo como revestimiento para carreteras y como combustible para locomotoras; y mezclado con melaza aprovecharlo como alimento para el ganado. Como ninguno de estos experimentos resultase comercialmente práctico, el Brasil procedió a quemar sus excedentes del grano. Durante la gran crisis económica del cuarto decenio del siglo y durante los primeros años de la guerra, el Brasil quemó o echó al mar unos 80 millones de sacos de café de 60 kilos cada uno.

Colombia, que ocupa el segundo lugar en el mundo como productor de café, recurrió a una táctica diferente: los cafeteros, a través de su Federación Nacional de Cosecheros de Café, se dedicaron a la compraventa de grandes cantidades con el fin de estabilizar el mercado. Tal táctica dio algunas veces resultados positivos, otras no.

Durante algún tiempo después de la segunda guerra mundial, el notable incremento en la demanda de café pareció haber venido a solucionar el problema del grano. Los excedentes se redujeron. Cuando una helada devastadora azotó la zona del Paraná en Brasil en 1953, se previó una escasez y los precios alcanzaron niveles extraordinariamente altos.

Contra esta situación, el ama de casa decidió usar menos cucharadas de café por olla de agua y recalentar el residuo en vez de desecharlo. Pero peor que esto fue que cientos de amas de casa optaron por el café instantáneo. Este se obtiene

del grano llamado "robusta", que se cultiva en África y resulta más barato. De sabor demasiado amargo para destilarlo en cafetera, el robusta resulta agradable preparado como instantáneo.

A raíz del descenso ocurrido en los precios en 1957, los cafeteros iberoamericanos se asociaron para tomar medidas en casos críticos, y en 1960 se les unieron los africanos. Los límites a las exportaciones que ellos mismos se fijaron eran demasiado fáciles de burlar. Algunos países productores de café, al darse cuenta de que esos límites solo se aplicaban al mundo libre, despachaban cantidades adicionales de café a los países situados detrás de la Cortina de Hierro . . . para que estos, a su vez, las reembarcasen a la Europa Occidental. Evidentemente, el sistema adoptado solamente podía estabilizar los precios si los países importadores colaboraban y únicamente aceptaban café de exportación restringida.

Así pues, durante seis agotadoras semanas los delegados de los países importadores y productores de café se reunieron en 1962 en la sede de las Naciones Unidas para discutir sus diferencias. Los resultados fueron alentadores. Los cafeteros obtuvieron de los importadores un arreglo por el cual estos se comprometían a importar exclusivamente café amparado por un "certificado de origen", prueba de que se importaba según los límites de exportación aprobados. Asimismo consiguieron de los importadores de Europa Occidental la promesa de obtener una reducción en los impuestos sobre el café. Los importadores recibieron de los cafeteros la promesa de diversificar las tierras destinadas al café para que de esta forma se eliminaran gradualmente los excedentes y se redujese cualquier futura necesidad de una intervención internacional.

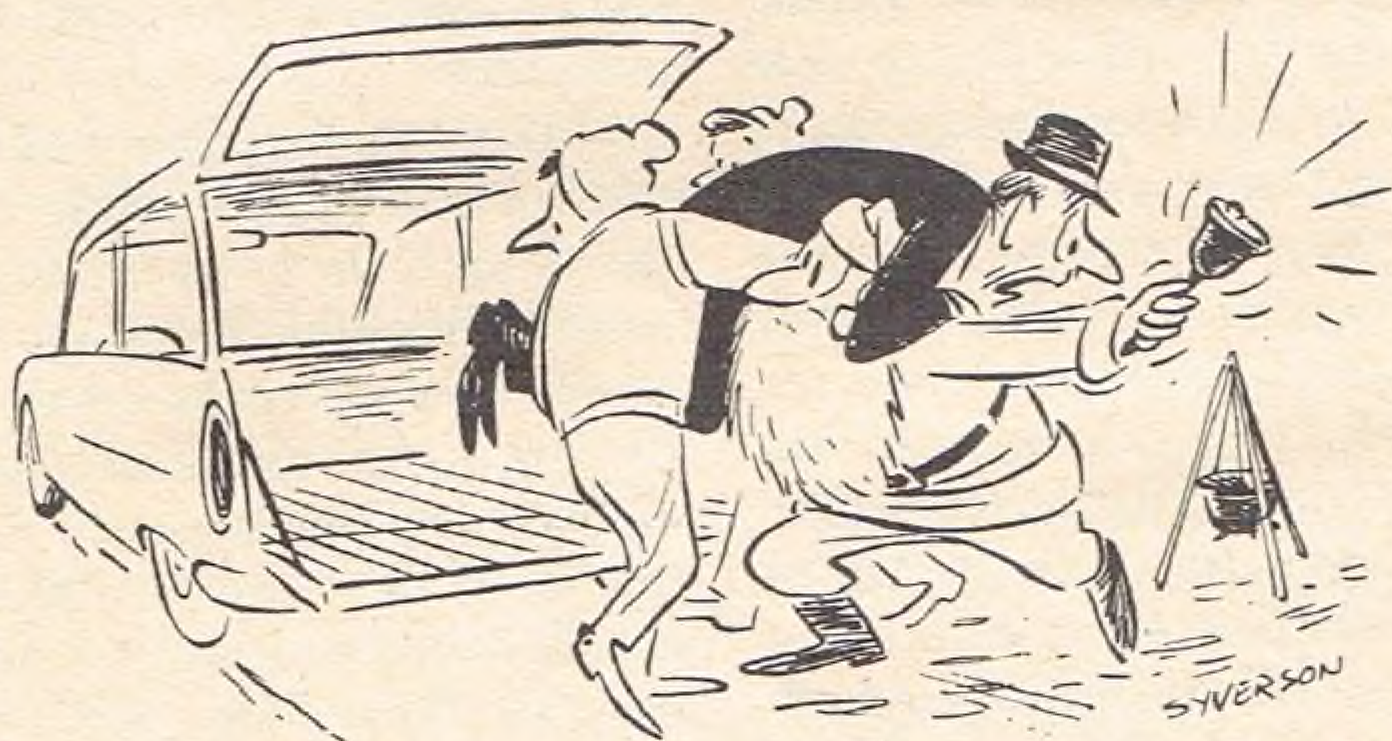
El principal logro fue la creación del Consejo Internacional del Café, así como el establecimiento de bases según las cuales se requieren dos terceras partes de los votos de exportadores e importadores para fijar conjuntamente las cuotas de exportación.

¿Funcionará el "parlamento del café" largo tiempo? Hay esperanzas de que, junto con el incremento de la demanda del grano y la diversificación de cultivos, el Convenio del Café deje de ser necesario algún día. Los programas de diversificación han comenzado bien. Brasil, con la esperanza de destruir dos mil millones de plantas, le paga ya al cosechero para que diversifique. En México se está reduciendo ya el cultivo de café en un 20 por ciento por medio de créditos a algunos cultivadores ahora dedicados a otros productos que tienen demanda dentro del país. Colombia, por su parte, se viene esforzando en diversificar sus exportaciones.

Después de haber estado sujeto durante muchos años a los caprichos del café, parece ser que al fin el hombre ha logrado frenar el poder del codiciado grano.

En esta época de grandes agobios, los padecimientos de la columna vertebral se han convertido en símbolo de posición social. Casi todos tienen una historia... y un remedio.

El dolor de espalda está de moda



POR MARSHALL SMITH

Condensado de "Life"

UN PATÉTICO ejército que suma varios millones de personas acude cojeando penosamente a los consultorios para que les estiren, les enderecen, les rocíen, les calienten, les enfríen, les inyecten, les manipulen, les amasen o simplemente les examinen sus doloridas espaldas. Quizá esas mismas personas vuelvan a recurrir a remedios caseros o, habiendo perdido la esperanza en los médicos, busquen curanderos, charlatanes y ensalmadores. Dondequiera que vayan y cualquier cosa que hagan, la afección de cada uno de esos pacientes tiene una historia extravagante... y no hay dos historias ni dos espaldas completamente iguales.

Como buen socio del club de espaldas enfermas (club que se es-

tá extendiendo rápidamente), me embarqué en el proyecto de escribir una crónica sobre los peligros, los problemas, los conceptos erróneos y los fracasos que origina el dolor de espalda ordinario, y principalmente las extrañas anécdotas derivadas de este antiguo rompecabezas médico.

Lo primero que descubrí es que hoy no se puede hacer mucho más para remediar los dolores de espalda que en 1736, cuando la señora Sarah Mapp, también conocida como Sally la Loca, adquirió fama en Inglaterra por aliviar con sus hábiles dedos dolores de espaldas de personas importantes. Sin embargo, la ignorancia no es óbice para que todo el mundo opine sobre el problema. La segunda cosa que aprendí es que el dolor de espalda, antes oculto con vergüenza bajo un emplasto de mostaza, se exhibe actualmente con tanto orgullo como la cicatriz de un duelo. El dolor de espalda ha sustituido a la úlcera como divisa de una vida de agobiante actividad. A tal extremo se ha convertido en símbolo de posición social distinguida, que los pacientes pregonan abiertamente su afección por la postura que adoptan al estar de pie: echan hacia adelante la pelvis y colocan la palma de la mano en las cercanías de la quinta vértebra lumbar.

Esta dolencia, que es "bien vista" en sociedad, también puede ser peligrosa... aunque rara vez mortal. El dolor es perfectamente real y trae como consecuencia más pérdidas de horas de trabajo humano que las que produce el resfriado común. Pero se ha calculado que solo un 20 por ciento de las personas que sufren dolores de espalda tienen defectos estructurales o padecen alguna enfermedad. De los que forman el vasto ejército de doloridos, la mayoría solo tiene una afección leve, periódica o "de moda", y la causa de su dolor es principalmente muscular.

En el tratamiento de esos espasmos musculares, nervios oprimidos, puntos neurálgicos (que producen dolor reflejo en otra parte del cuerpo cuando se les estimula) y otros misterios del llamado "campo del tejido blando", la opinión de la clase médica difiere considerablemente. Por eso el que padece dolores de espalda puede buscar afanosamente la curación de médico en médico, luego con osteópatas y quiroprácticos; y a veces, como última esperanza, acudiendo a ensalmadores e hipnotizadores.

En cambio, todas esas circunstancias penosas originan las mejores anécdotas sobre dolores de espalda, pues el tema se presta fácilmente a la compasión y al melodrama. Cualquier persona atacada cuando se inclina para lavarse los dientes por la mañana, y que se ha quedado tendida en el suelo, chillando como una foca, recordará la humillación hasta el día de su muerte y jamás se expresará con más claridad que cuando relata los detalles del incidente.

"En cuanto le duele a uno la espalda, se entera de que casi todo el mundo padece de lo mismo", dice un veterano de este padecimiento. Por tanto, es natural que quede excluido del grupo quien no puede disertar acerca de su serie de ejercicios para la espalda, de su corsé terapéutico o de su sillón de masajes sedantes.

Hasta ahora se ha creído siempre que las mujeres padecen más dolores de espalda que los hombres, aunque se quejen menos. Si hoy es frecuente poner a los padecimientos el rótulo de "Solo para hombres", es porque el varón de la casa está más propenso a armar un escándalo cuando se lastima.

Hablando con los hombres de mi vecindad me percaté de que hay una gran variedad de padecimientos lumbares. Es clásica la anécdota del señor que sufrió la primera punzada cuando, imbuido del cálido espíritu navideño, se inclinó para depositar una moneda en un perol del Ejército de Salvación y se quedó congelado, tan petrificado como la mujer de Lot, con un súbito ataque de dolor en la espalda. Incapaz de incorporarse, consiguió la ayuda del Santa Claus que tocaba la campanilla y se dejó caer sobre la acera. Santa Claus lo auxilió con una mano, pero, dividido por deberes antagónicos hacia su prójimo, siguió tocando su campanilla con la mano libre. Todo ese alboroto atrajo a una multitud de curiosos, de los cuales finalmente uno se ofreció para telefonear a los parientes más cercanos de la víctima, cuyos dos hijos adolescentes aparecieron oportunamente con la camioneta rural de la familia, abrieron la portezuela trasera e introdujeron al pobre hombre como si fuese un pernil de res.

Afortunadamente, en el barrio donde vivo hay un vecino muy ducho en cuestiones de espaldas, un médico osteópata que también padece del mismo mal. "Me río de los enfermos que vienen a verme con la cabeza pegada a los pies", dice. "No puedo evitarlo. Cuando tratan de relatarme una historia verosímil sobre la forma en que les ocurrió, les digo que vuelvan a comenzar. En estos casos, si el relato no es descabellado, suele ser falso".

Hay casi tantas formas de tratamiento como espaldas adoloridas, circunstancia que convierte en especialista a cualquiera que tenga una teoría al respecto. Tratando de llegar al fondo de la confusión, visité en su lujoso consultorio a un famoso médico ortopedista. Reconoció que, en lo referente a la espalda, pertenece a "un grupo de personas con criterio estrecho y grandes prejuicios, consolidados por la general carencia de conocimientos". Mientras disertaba, sostenía los huesos de la columna vertebral de un ser humano, que colgaban y castañeteaban como un enorme collar de salvaje.

Cada una de las 33 vértebras tiene, como enganchados en su parte posterior, varios apéndices óseos. A lo largo del orificio que hay en-

tre las vértebras y sus apéndices se encuentra la médula espinal, tronco del que sale una maraña de nervios. Las vértebras están separadas entre sí por un cojincito de consistencia de caucho llamado disco, y toda la columna vertebral está unida por ligamentos y por una serie complejísima de músculos.

"Andamos a tientas, en la oscuridad", dijo el especialista. "Las radiografías muestran muy poco. Es posible corregir una luxación del cuello, pero no siempre se puede aliviar un dolor de espalda". En el caso del dolor de espalda común, él hace lo que casi todos los demás médicos: sigue el tratamiento tradicional, que exige reposo en cama y aspirina, con la explicación de que puede ser beneficioso, y de ninguna manera hará daño. "No debe uno someterse a manipulaciones, a menos que esté absolutamente seguro del diagnóstico", indica. "Algunas personas han sido gravemente lesionadas (y aun han muerto) por las manipulaciones".

Ya es bastante malo que no exista ningún tratamiento eficaz para los dolores de espalda, pero es peor no saber qué los origina. Se proponen miles de explicaciones, que van desde el hecho de bajar de las aceras hasta el de viajar en los asientos cóncavos con muelles duros de los automóviles europeos. Se dice muchas veces que la mala postura o el sentarse encorvado durante horas enteras ante el aparato de televisión conducen pronto al desastre. Se considera que las personas altas y delgadas están más expuestas a padecer lesiones de la espalda que las bajas y rechonchas, y esta correlación se extiende hasta la familia canina, en la que el perro dachshund o "perro longaniza", de larga columna vertebral, tiene padecimientos dorsales crónicos.

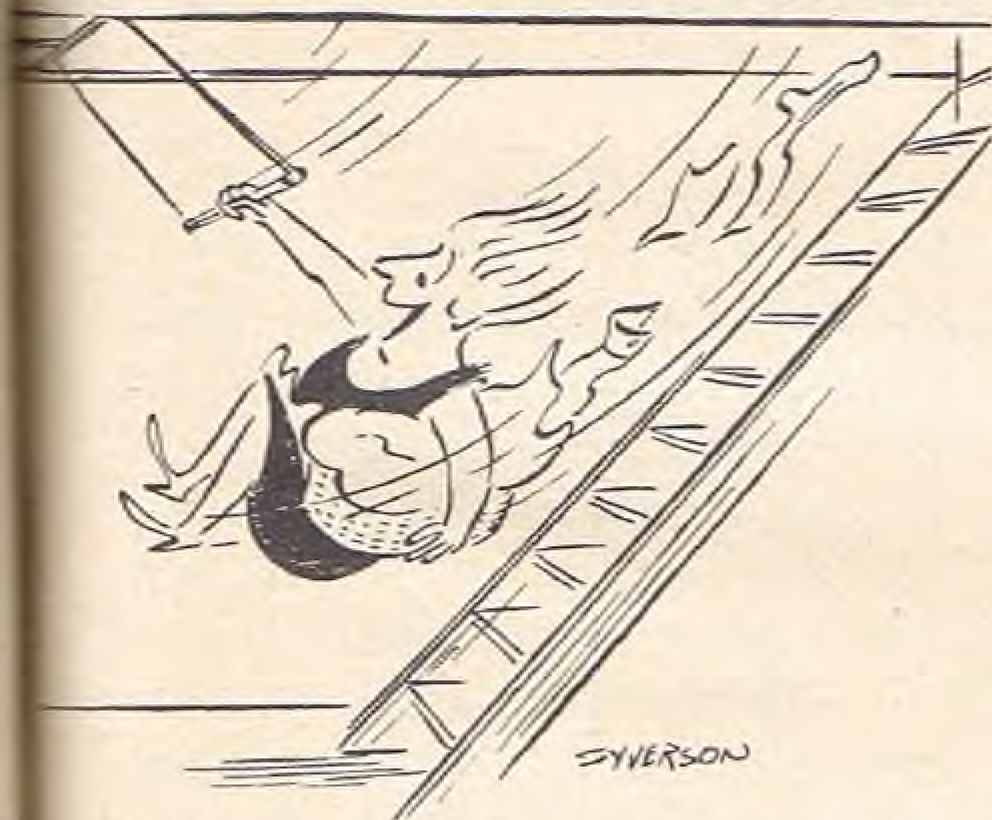
En esta época de vida sedentaria, todos los atletas domingueros mayores de 30 años de edad solo están buscando provocarse afecciones dorsales: los jugadores de pelota que quieren lanzarla baja, con intensidad descendente; los navegantes que luchan con la vela o tiran de las anclas atascadas; los golfistas que terminan con un golpe de libro de estampas y se quedan en esa posición como si estuviesen posando para un fotógrafo.



Hay pruebas que indican que el agobiante trabajo de oficina en las grandes ciudades causa tantas molestias en la espalda como las tareas fútiles o los pasatiempos de fin de semana en los barrios residenciales.

Algunos partidarios de esta teoría atribuyen principalmente la actual epidemia de padecimientos dorsales a la debilidad muscular unida a la tensión orgánica y emocional. La mayoría de esos médicos considera que los ejercicios corporales son la primera medida que uno debe tomar si le duele la espalda.

Los ejercicios que se recomiendan abarcan desde las sentadillas y el pataleo ordinarios hasta expedientes tan fantásticos como el trapecio que una ama de casa tiene



al pie de la escalera del sótano, fundándose en que con uno o dos buenos balanceos a la manera de Tarzán, cada vez que pasa en dirección a la máquina lavadora de ropa, o de regreso, sus músculos se conservarán distendidos y descansados. Lo único malo de todo esto es que, por cada médico que afirma que el desarrollo de los músculos aliviará el dolor de espalda, hay otro que declara que determinados ejercicios solo consiguen agravar el defecto ya existente, y que otros pueden inclusive producir lesiones.

Yo me libré del padecimiento después de haber hecho el recorrido habitual de médico en médico y de haber reunido una gran cantidad de informes contradictorios. El milagro ocurrió en Baltimore, donde había ido para escribir un artículo sobre el equipo de béisbol de esa ciudad. Sufría terriblemente. Me retorcía de dolor. Finalmente, pregunté al entrenador del equipo (Ed Weidner) si podrían aplicarme calor en mi espalda adolorida.

Weidner me indicó que me acostara de espaldas sobre la mesa de fricciones, con los pies juntos. Inmediatamente me informó que mi pierna derecha era dos y medio centímetros más corta que la izquierda.

—Entonces, ¿soy deforme? —pregunté.

Me respondió que no me preocupase por ello.

—Sucede todos los días. Hay gente que está más tiempo de pie sobre una pierna que sobre la otra. El hueso del muslo se introduce en la cadera y provoca dolor en la espalda.

Luego agarró fuertemente mi pierna corta, colocando las manos bajo el talón, y tiró de ella con suavidad. Me dijo que volviera a juntar los pies. Cuando vio que se habían emparejado, dijo:

—Ya puedes irte. Tu espalda está curada.

Y efectivamente: estaba curada.

Grabación en parches: ¿arte o artificio?

Ha llegado ya la era de la música mecanizada y deshumanizada, y quiérase o no la interpretación musical se trasforma.

SE INICIABA el compás con la insistencia de un mazo: chunga, chunga, ¡pum!, chunga, chunga, ¡pum! Ante las cámaras de la televisión, Gary Lewis, popular cantante norteamericano, se golpeaba las caderas a la vez que lanzaba un grito que repercutía y repercutía como el sonido de un batintín. A él se agregaron luego los tres Playboys con un vibrante y reiterado "ua-ua". A sus voces se mezclan ahora las de un órgano eléctrico enloquecido, el torrente sonoro de una pandereta, una explosión en los timbales . . . Pero ¡un momento! ¿De dónde proviene ese ruido? Y en cuanto a Lewis . . . parece como si sus labios se movieran desacompasadamente.

Y así era, en efecto. Lo cierto es que, durante esta ejecución, Lewis y los Playboys movían los labios siguiendo las voces previamente grabadas. Es este un cómodo recurso conocido por "sincronismo labial", del que a veces echan mano los modernos cantantes populares cuando se presentan en la televisión.

El sincronismo labial es síntoma de los profundos cambios que se han operado en la industria de la grabación sonora. Los novísimos adelantos de la técnica han traído como consecuencia que el sonido de la música grabada (intensificado, repetido, desmenuzado, dividido, multiplicado, filtrado, igualado) se interne aun más en una especie de crespuscular zona auditiva. Por cada hora que un intérprete de música clásica o popular emplea en una grabación, los técnicos dedican cuatro horas, por término medio, a modificar tal grabación.

Lo que ha venido a revolucionar totalmente la industria es la grabación magnetofónica. Hoy se lleva la

música a una mesa de operaciones donde, con ayuda de una navaja de afeitar y una cinta engomada, los técnicos hacen milagros de cirugía plástica musical. Si antes un intérprete registraba una obra de principio a fin varias veces seguidas, y luego elegía la versión que adolecía de menos faltas, hoy puede grabarla por partes y sin darse prisa, en la confianza de que los peritos podrán eliminar cualquier nota mal dada y remplazarla por la correcta.

Hoy, para registrar una sinfonía en "vinilo" (material plástico empleado actualmente en la fabricación de discos fonográficos), se divide la partitura en varias secciones y se graba una y otra vez en unos 15.000 metros de cinta magnetofónica. Luego se desmenuzan los mejores pasajes (a veces hasta en 250 pedacitos), se barajan los distintos pedazos hasta ponerlos en orden, y se empalman entre sí para formar una cinta maestra de unos 1150 metros de longitud en que habrá quedado registrada, perfecta en su más insignificante detalle, una interpretación. El número de "remiendos" o "parches" empleados varía de 16 para una canción popular de dos minutos de duración hasta 72 para una obra pianística que dura alrededor de 13 minutos.

Tan refinado se ha hecho el arte de "empalmar" que el oído no alcanza a percibir las junturas, y las partes intercaladas pasan inadvertidas. Un notable caso de empalme ocurrió en la ocasión en que la poetisa Jean Garrigue, que grababa algunos de sus poemas, leyó mal un verso. Cuando se descubrió el error, la poetisa ya no podía acudir a remediarlo, así que las palabras erróneas se reconstruyeron minuciosamente tomando prestadas las sílabas necesarias de otras de sus cintas.

El gran arquitecto de estos montajes no lo es ya el director musical, sino el productor (o rector) de una grabación. Dispone de una verdadera montaña de finísimas máquinas y se ha convertido, en nuestra época espacial, en un escultor del sonido. Su materia prima es el ejecutante; su taller, la sala de control, toda de paredes de cristal. El rector maneja en esta sala un tablero enorme que cintila y ronronea incesantemente, y da órdenes a su ingeniero de electrónica, referentes al volumen de los diversos instrumentos o al efecto general. El ingeniero responde oprimiendo o haciendo girar algunos de los 150 interruptores, palancas o tiradores de la máquina. Poseídos a veces por el ritmo de la música, algunos productores dirigen a sus ingenieros con los movimientos de un Toscanini.

El arsenal sonoro de que dispone el productor es verdaderamente impresionante. Con solo tirar de un interruptor, puede hacer que el sonido rebote a través de un espacio cerrado, que a menudo es una caja de madera provista interiormente de una especie de colchón de muelles, con lo cual se obtiene un efecto de cámara de repercusión.

—En ocasiones deformamos los sonidos con el fin de confundir a los

¿PUEDE USTED RESPONDERSE ESTAS PREGUNTAS?

• ¿Quiénes eran los pueblos del mar y por qué se enfrentaron a Sansón y Saúl? • ¿Cómo fue destruida Babilonia? • ¿Dónde estaba realmente situado el templo de Salomón?

EL FASCINANTE MUNDO DE LA BIBLIA

editado por: SELECCIONES DEL READER'S DIGEST

SELECCIONES del Reader's Digest

EL FASCINANTE MUNDO DE LA BIBLIA

responde a éstas y a miles de preguntas similares sobre el mundo antiguo y los sucesos bíblicos.



EL FASCINANTE MUNDO DE LA BIBLIA es una obra que abre frente al lector el apasionante panorama donde tuvieron lugar los hechos bíblicos del Antiguo y el Nuevo Testamento, para situarlos en tiempo y espacio dentro de la historia de la humanidad, con toda su fascinación y realismo.



ENVÍE SU CERTIFICADO DE RESERVACIÓN, HOY MISMO.

(LO HALLARA EN OTRO LUGAR DE ESTA MISMA REVISTA)

Con licencia eclesiástica y recomendación de las autoridades católicas.

oyentes —confiesa el productor Bob Crewe—. Por mi parte, pocas cosas me agradan tanto como oír que alguien pregunta: "¿Y eso qué es?"

"Eso" podría ser una cadena arrastrada sobre una tabla de lavar o el eco de un profundo desfiladero, eco que se logra al grabar el sonido en el interior del pozo de un ascensor. Uno de los directores de cierta compañía grabadora explica:

—En el campo de la música popular, el 70 por ciento de lo que se oye en muchas grabaciones es creación del productor.

Un procedimiento muy socorrido también es el de "redoblaje", es decir, el de grabar dos o más "capas" de sonido en una misma cinta. Así es como Jascha Heifetz puede ser su propio acompañante en el Concierto en Re menor para dos violines y orquesta, de Juan Sebastián Bach, y así puede cantar Patti Page como si en su persona reuniera cuatro voces femeninas. Una de las prácticas a que recurren mucho los cantantes populares es la de "redoblar" las canciones repetidas veces para dar redondez a su voz.

Si alguno de los principales intérpretes de una comedia musical o de una ópera no estuviera en condiciones de cantar el día en que se debe hacer determinada grabación, poco importa. En otra ocasión podrá intercalar su parte, aunque el cantante con quien deba cantar un dúo no esté presente en ese momento. Para no fatigar a los cantantes más de la cuenta, las óperas se graban sin seguir el orden original de sus partes, y en el curso de varias semanas. A fin de dar al efecto estereofónico un aire de realismo, se simulan entradas y salidas haciendo que los artistas se muevan, como otras tantas piezas de ajedrez, de una parte a otra de un piso cuadriculado y bajo una serie de micrófonos convenientemente dispuestos. Por ejemplo, para dar la impresión de que el enamorado tenor persigue a su amada desde el jardín a la alcoba, se le dice que cruce del escaque número 7, por ejemplo, al número 52.

Las variantes introducidas por el uso de la cinta magnetofónica son infinitas en número, y los efectos a que ha dado origen movieron al público a preguntarse hasta dónde es eso arte y hasta dónde artificio. John Culshaw, productor de la compañía de discos London (Decca), asegura que el uno es complemento del otro. Para lograr cierto efecto vocal en el primer acto de *El crepúsculo de los dioses,* Culshaw, sin el menor remordimiento, trasformó al tenor Wolfgang Windgassen en barítono con solo reproducir con velocidad reducida la grabación de su voz. Explica el productor:

—Si Wagner hubiera vivido lo bastante para conocer las actuales posibilidades de la grabación del sonido, estoy seguro de que habría querido aprovecharlas, no solo en interés de la música misma, sino también por el efecto dramático.

Tan formidables son los efectos de la grabación en parches, que más bien se toma como norma la graba-

ción misma, y no la interpretación. De ello resulta que algunos cantantes populares, cuando se ven en la necesidad de participar personalmente en alguna función, conectan sus micrófonos a un magnetófono instalado entre bastidores, el cual complementa la voz de los cantantes, reproduciéndola casi instantáneamente con un efecto de eco que los especialistas denominan "repercusión magnetofónica". Comenta Ray Conniff, director de orquesta y de grupos corales:

—La verdad escueta es que en la actualidad el público obtiene un sonido mucho mejor de los discos que asistiendo a un concierto.

A despecho de que los puristas claman indignados "¡Blasfemia!" son muchas las personas que están de acuerdo con tal modo de pensar. El joven y distinguido pianista Glenn Gould no ha ofrecido un solo concierto en más de veinte meses porque dice: "Esa forma de dar a conocer la música ha caído en desuso". Y agrega:

—Si hay un medio mejor de llegar al público, tendrá que encontrarse en la grabación. Los conciertos, como ahora los conocemos, no sobrevivirán al siglo XX.

A esto replica cierto notable violinista:

—Que se me indique qué grabación puede engendrar el entusiasmo y lograr el efecto "magnético" que conoce el oyente de una gran ejecución directa.

Y la controversia continúa, apasionante.



El funcionario de tráfico que debía poner a prueba a los solicitantes de permiso para conducir motocicletas, le dijo recientemente a cierto joven candidato que diera tres vueltas a la plaza.

—Y esté bien atento —añadió—, pues voy a bajar de la acera delante de usted para ver si sabe frenar repentinamente.

Después de dar tres vueltas sin haber visto por ninguna parte al examinador, el joven se dirigió a la oficina para informar de lo sucedido.

—Lo lamento muchísimo —le explicó el jefe—, pero su examinador está camino del hospital. Se bajó de la acera al paso de otro motociclista.

— W. S. L.



Apenas si fue ayer

Entre los avisos clasificados de un diario de San Francisco (California), en la sección de "Venta de antigüedades", venía uno en que ofrecían una muñeca "Shirley Temple".

— B. B.

Adaptado de "Sodalis"

Diario inconcluso

Octubre 5: Hoy comenzó mi vida. Mis padres no lo saben todavía. Soy tan pequeña como una semilla de manzana, pero ya soy yo. Y a pesar de que casi no tengo forma aún, seré una niña. Tendré cabellos rubios y ojos azules, y sé que me gustarán mucho las flores.

Octubre 19: He crecido un poco, pero soy todavía demasiado pequeña para poder hacer algo por mí misma. Mamá lo hace casi todo por mí. Y lo más gracioso es que ni siquiera sabe que me está llevando consigo, precisamente debajo del corazón. Y alimentándome con su propia sangre.

Octubre 23: Mi boca comienza a cobrar forma. Parece increíble: dentro de un año poco más o menos ya estaré riendo, y más tarde ya podré hablar. Desde ahora sé cuál será mi primera palabra: "Mamá". ¿Quién se atreve a decir que todavía no soy una persona viva? Por supuesto que lo soy, tal como la más diminuta miga de pan es verdaderamente pan.

Octubre 27: Hoy comenzó a latir mi corazón por su cuenta. De ahora en adelante latirá suavemente toda mi vida, sin detenerse nunca para descansar. Luego, después de muchos años, se sentirá fatigado y se detendrá, y yo moriré. Pero ahora no soy el fin, sino el principio.

Noviembre 2: Cada día crezco un poquito. Están tomando forma mis brazos y mis piernas. Pero ¡cuánto habré de esperar hasta que mis piernecitas me lleven corriendo a los brazos de mi madre, hasta que mis brazos puedan estrechar a mi padre!

Noviembre 12: En mis manos empiezan a formarse unos dedos pe-

queñísimos. Es extraño lo pequeños que son. Sin embargo, ¡qué maravillosos serán! Acariciarán a un perrito, arrojarán una pelota, recogerán una flor, tocarán otra mano. ¡*Mis* dedos! Tal vez algún día puedan tocar el violín o pintar un cuadro.

Noviembre 20: Hoy el médico le anunció a mamá por primera vez que yo estoy viviendo aquí, bajo su corazón. ¿No te sientes feliz, mamá? Pronto estaré en tus brazos.

Noviembre 25: Mis padres todavía no saben que soy una niñita. Quizá esperan un varón. O tal vez mellizos. Pero les daré una sorpresa. Y quiero llamarme Catalina, como mamá.

Diciembre 10: Mi carita está completamente formada. Ojalá me parezca yo a mi madre.

Diciembre 13: Ya puedo ver un poco, pero estoy rodeada aún por la oscuridad. Sin embargo, pronto se abrirán mis ojos al mundo del sol y de las flores, y de los niños. Nunca he visto el mar, ni una montaña, ni tampoco un arco iris. ¿Cómo serán en realidad? ¿Cómo eres *tú*, mamá?

Diciembre 24: Mamá, puedo oír tu corazón que late. ¿Oirás tú el pequeño latido del mío? Como un murmullo siempre igual: tum-tum, tum-tum . . . Tendrás una hijita sana, mamá. Sé que algunos niños tienen dificultad al entrar en el mundo, pero hay médicos bondadosos que ayudan a las madres y a los recién nacidos. Sé también que algunas madres habrían preferido no tener al hijito que llevan en su seno. Pero yo estoy ansiosa de encontrarme en tus brazos, de tocarte la cara, de mirarte a los ojos. ¿Me esperas tú con la misma ansia que yo a ti? ¿Verdad que sí?

Diciembre 28: Mamá, ¿por qué les permitiste que pusieran fin a mi vida? ¡Habríamos pasado juntas horas tan felices!

Nota de la Redacción: Este relato procede del libro de recortes de Loretta Young, estrella de cine y televisión. Escrito originalmente en alemán, por H. Schwab, apareció en la revista *Sodalis* en su versión polaca, de la cual fue hecha la traducción. Como Miss Young, creemos que este relato de una criatura humana aún por nacer resulta elocuente en cualquier idioma.



Tareas futuristas

"Hemos llegado al punto", dice la antropóloga Margaret Meade, "en que debemos enseñar a la gente lo que nadie sabía ayer, y prepararnos en las escuelas para lo que nadie sabe todavía, pero que será indispensable que algunos sepan mañana". —G. F.

A los 29 años, el sencillo e imperturbable Jim Clark es quizá el más notable de los corredores de autos . . . y el escocés más popular desde Robert Burns.



El escocés volador

Condensado de "Time"

"MOTEURS!" La voz de mando sonó a las 3 de la tarde, un día del mes de julio pasado, y durante un tiempo que se antojaba interminable todo el estrépito del infierno pareció haberse concentrado en Clermont-Ferrand, en los montes de Auvernia (Francia). Se bajó el banderín que daba la salida, y en medio de clamor de 50.000 espectadores, die cisiete autos de carreras, tipo Fór mula 1, se lanzaron a disputarse e *Grand Prix* francés de 1965, en l competición automovilística má antigua del mundo.

A medida que los rugientes ve hículos desaparecían tras las col



nas, se hacía el silencio entre el público que llenaba la gran tribuna, y todas las miradas se clavaron en el sitio, unos 120 metros más abajo, donde la vía asfáltica ondulaba como una sierpe negra entre dos verdes altozanos. Por allí tenía que aparecer, de un instante a otro, el coche que llevase la delantera. Primeramente se oyó el ruido: el creciente y ronco fragor de un motor V-8, el chirriar característico del cambio de velocidad, al pasar el conductor de la quinta a la segunda para tomar una vuelta a 95 k.p.h., el sordo gemido de la aceleración, y el auto apareció a la vista, corriendo a 145 k.p.h., para desvanecerse en seguida tras otro recodo del camino.

¿Quién era el corredor? El coche, marcado con el número 6, era verde. El conductor llevaba un casco azul. "¡Clark!" gritó alguien. Y de repente el gentío empezó a corear: "¡Clark! ¡Clark! ¡Clark!" A los 3 minutos y 29 segundos de dejar el punto de partida, el Lotus-Climax de Jim Clark surgió ante los ojos de los ocupantes de las tribunas, que lo vitoreaban. *"C'est formidable!"* exclamó con voz ahogada un francés maravillado. *"C'est terminé!"* suspiró otro.

Efectivamente: en solo la primera vuelta, Clark había sacado ya casi cien metros de ventaja al competidor inmediato. Pero en las otras 39 vueltas, serenamente, siguió adelante con mayor empeño, hasta ganar por una vuelta a todos menos tres de sus rivales, y romper la marca oficial de 131,27 k.p.h. por vuelta, tres veces sucesivamente y quince en total, hasta alcanzar finalmente la fantástica cifra de 145,79 k.p.h. y ello en una competición que está clasificada entre las más duras de Europa: 51 recodos y 30 cambios de velocidad en cada vuelta de ocho kilómetros, es decir, un promedio

de un cambio cada siete segundos.

Sucesión de triunfos. Su victoria demostró una vez más por qué James Clark, de Edington Mains, Chirnside, Berwickshire (Escocia), condecorado con la Orden del Imperio Británico, es el más laureado de los ases del automovilismo. A los 29 años, ha corrido y vencido en vehículos de motor atrás, de motor delantero, en coches deportivos, de turismo, cupés y Fórmulas 1 y Junior. En 1963 Clark era ya el campeón mundial más joven de cuantos ilustran la historia de las carreras de vehículos de motor, y rompió otra marca al triunfar en siete de las diez competiciones que se toman en cuenta para la adjudicación del título.* En el breve transcurso de cinco años, Clark ha ganado más carreras que nadie de *Grand Prix* para el campeonato mundial. Colin Chapman, el creador del Lotus, declara categóricamente: "Jim Clark es el más grande de los pilotos de carreras que el mundo ha conocido".

Las carreras de automóviles son tan antiguas como el segundo automóvil fabricado en el mundo. La primera organizada se llevó a cabo hace 72 años, en 1894, y la ganó un aristócrata francés, el marqués de Dion, quien, cubierto por cierto con un sombrero hongo, guió su auto de vapor desde París a Ruán (una distancia de 127 kilómetros) a una velocidad media de poco más de 19 k.p.h. El temerario Dion no pudo seguramente prever la epidemia que desataba. Pronto siguieron otras carreras. En 1903 tres millones de aficionados acudieron a presenciar la carrera París-Madrid. Un año antes, en los Estados Unidos, Henry Ford, hijo de un agricultor de Dearborn (Míchigan), había conducido "el coche más veloz del mundo" a 147 k.p.h. sobre el hielo, cubierto de serrín, del lago St. Clair. Poco después, el público norteamericano se conmovía ante las proezas de una nueva casta de héroes: Barney Oldfield, Ralph De Palma y Eddie Rickenbacker, intrépidos y encasquetados sujetos que arriesgaban su vida y sus huesos en gloriosa dedicación a la velocidad.

Ese empeño se ha mantenido incesante. En la actualidad, la máxima atracción deportiva (de una sola jornada) en los Estados Unidos es la carrera de las 500 millas de Indianápolis. Se calcula que el pasado 31 de mayo asistieron a ella 300.000 personas. En Alemania, la más popular, para coches deportivos, es la de mil kilómetros que se celebra en Nürburgring y que suele congregar a más de 300.000 aficionados. El Japón organizó su primera carrera de "Gran Premio" en 1963. Los promotores se asombraron

*Aunque son más de veinte las carreras de *Grand Prix* que se celebran cada año en varios países, solo diez se toman en cuenta en el cómputo que determina la adjudicación del campeonato mundial, a saber: la del África del Sur, la belga, la monegasca, la francesa, la británica, la holandesa, la alemana, la italiana, la estadounidense y la mexicana. Los corredores obtienen nueve puntos por el primer lugar, seis por el segundo, cuatro por el tercero, tres por el cuarto, dos por el quinto y uno por el sexto.

al ver que nada menos que 360 campeones en potencia se inscribieron en la competición y que unos 170.000 entusiastas espectadores fueron a aplaudirles.

Trabajo y concentración. Casi todo el que conduce un auto siente la tentación, en algún momento, de dejar atrás al automóvil que va corriendo a su lado. Las compañías fabricantes hacen todo lo posible para fomentar ese afán ilusorio bautizando los coches con los nombres de "G.T.O." (por Omologato), "Le Mans", "Monza", "Grand Prix", y equipándolos con asientos individuales especiales. Pero el hecho de que alguien recorra las calles estrepitosamente, rebasando los límites de velocidad y alarmando al vecindario, no quiere decir que sea un piloto de carreras. Este deporte no radica solamente en el ruido, la velocidad y la emoción. Exige labores tediosas, como las de contar las revoluciones del motor, medir distancias, idear trayectorias. Exige una concentración absoluta, la necesaria para tomar velozmente una vuelta, en plena lluvia, y precisar el límite de adhesión de los neumáticos: el punto en que un kilómetro más por hora haría que el vehículo saliera despedido violentamente del camino. Exige, en suma, conducir a la perfección.

El apuesto y ojicastaño Jim Clark es el piloto profesional modelo. Como su estatura de 1,72 m y su peso de 68 kilos son los ideales, es lo bastante pequeño para embutirse en el asiento de 60 centímetros de ancho de un coche Fórmula 1, de 450 kilos de peso, y lo suficientemente alto para poder ver por encima de la cubierta delantera. Tiene manos y brazos de "jockey", una vista fenomenal, reflejos de increíble rapidez. Su asesor financiero, John Stephenson, recuerda un paseo que dio con Jim en un sedán, en pleno invierno, hace dos años.

"La carretera estaba mojada y helada", cuenta Stephenson. "De repente nos hallamos descendiendo por una cerrada vuelta de mano izquierda.* Yo calculé que la tomaríamos a unos 105 k.p.h., pero íbamos corriendo a 135. El coche empezó a colear y yo creí llegada nuestra última hora. En ese instante Jim hizo una leve rectificación al volante y rebasamos el recodo.

"—Estaba un poquito resbaladizo —fue todo lo que dijo".

Lo que es más: Clark adora su trabajo. No todos los corredores de los *Grand Prix* son así. Durante los últimos veinte años, más de 50 han perecido en carreras de Gran Premio. Clark tiene nervios de acero.

—Cuando doblo un recodo a toda velocidad, en realidad no voy conduciendo un automóvil —dice Jim—. Soy yo materialmente quien salva el recodo. El vehículo se halla circunstancialmente debajo de mí y yo lo guío; pero formo parte de él y él es parte de mí mismo.

Cuando tenía nueve años de edad, Jim Clark empezó a observar to-

---

*Téngase presente que en Inglaterra los vehículos deben transitar por su izquierda. (N. de la R.)

dos los movimientos que hacía su padre al conducir el auto familiar, un Austin Seven, por los campos de la granja de 500 hectáreas en que habitaban en Berwickshire. Una tarde, mamá Clark vio desde la ventana que el Austin marchaba alegremente a campo traviesa, al parecer sin nadie al volante.

—Le dijimos a Jim que no volviese a hacer tal cosa —dice la señora Clark—. Pero ¿quién puede estar vigilando a todas horas a un chiquillo inquieto?

Cuando cumplió los 18 años, Clark tenía ya su coche propio, un Sunbeam Talbot, y empezó a competir en carreras locales. En 1958 ingresó en el "Border Reivers", club automovilístico escocés cuyo casco azul lleva Clark todavía. Uno de sus consocios recuerda que "Jim conducía tan velozmente que a casi todos nos daba miedo ir a su lado". En aquel mismo año, Clark conoció a Colin Chapman, joven ingeniero que se había incorporado en 1952 a la empresa Lotus Cars, Ltd. Así dio comienzo una firme amistad.

Depósito de gasolina sobre ruedas. Ya por entonces Chapman estaba trabajando tenazmente en la creación de un revolucionario modelo de coche de carrera con carrocería de una sola pieza, que en realidad no era otra cosa que una especie de depósito de gasolina sobre ruedas. Pensó Chapman que Clark era el hombre indicado para guiarlo, si este se hallaba dispuesto a ello. Clark había acariciado la esperanza de correr en los *Grand Prix* en un coche Aston Martin, pero su creador nunca llegó a construirlo. Así pues, en 1960, a media temporada se decidió por el Lotus, a tiempo de tomar parte en la competición del *Grand Prix* holandés.

En dicha carrera, a Clark se le rompió la caja de velocidades; en la del *Grand Prix* de Inglaterra se le rompió la suspensión. En 1961 corrió siempre un Lotus, pero no por eso cambió su suerte.

—Puedo competir muy bien con los otros pilotos —manifestaba— Lo que no puedo, sencillamente, es competir contra sus coches.

En 1962 todo indicaba que iba a repetirse la historia. En la carrera del *Grand Prix* holandés Jim iba a la cabeza cuando se le inutilizaron tres de sus cinco velocidades. En Mónaco corría en el segundo lugar cuando se le descompuso el motor. En vísperas del *Grand Prix* de Bélgica, en Spa, los mecánicos trabajaron toda la noche para instalar un nuevo motor y nueva caja de velocidades en el Lotus de Clark. Al otro día, Jim logró ponerse al frente en la novena vuelta y conquistó su primer *Grand Prix*. Antes de concluir el año ya había ganado dos más.

A la cabeza. A partir de ese momento, sería más fácil contar las derrotas de Clark que sus victorias. En 1963 ganó en Holanda, aunque llevó neumáticos inadecuados, y en Bélgica consiguió el triunfo guiando con una sola mano, mientras con la otra pudo mantener en la

quinta velocidad la palanca averiada. En total, Jim ha ganado en un año siete Grandes Premios, con lo que ha superado el record que Alberto Ascari ostentó por espacio de trece años.

En 1964 la mala suerte persiguió de nuevo a Clark; sus coches sufrieron una variedad de contratiempos y percances. Pero en 1965 las cosas cambiaron. En su aplastante victoria en Indianápolis, en mayo último, conservó la delantera en todas menos diez de las 200 vueltas, y es el primer extranjero que ha ganado la carrera de Indianápolis desde que Dario Resta la ganó en 1916. (El premio en metálico que Clark alcanzó fue de 166.621 dólares.) Fue también el primero en sobrepasar los 160 k.p.h. en Sudáfrica, en la traicionera y sinuosa pista de East London. En Spa, en el pasado junio, las tormentas hicieron el recorrido algo más azaroso de lo que Jim esperaba, pero así y todo se apuntó su cuarta victoria en esta competición, y dejó al resto de sus rivales más de dos kilómetros detrás de él. Uno tras otro conquistó también el *Grand Prix* de Francia, Inglaterra, Holanda y Alemania, para convertirse así en el campeón mundial de 1965.

Las compensaciones. Lo difícil para un héroe es hacer honor a su fama, lo cual significa, en el caso de Clark, vivir a un ritmo frenético. Pero esto tiene sus compensaciones. Sus ingresos brutos como corredor, en 1965, pasaron probablemente de 230.000 dólares. Y además se gana gloria. Jim Clark es en la actualidad el escocés más famoso desde los tiempos de Robert Burns, el poeta nacional de su patria. Bellas muchachas se agolpan ante las filas de policías que lo rodean, para verlo y ser vistas por él; los niños lo acosan. La Reina de Inglaterra lo ha invitado a uno de sus *garden parties*. La correspondencia que el campeón recibe de sus admiradores pasa de cien cartas por semana.

Jim Clark sigue siendo tímido. "Los escoceses no somos entremetidos", dice. "Y así me criaron a mí". No acaba de hacerse a la idea de que es una celebridad. Para Clark, el colmo de la diversión es calzarse los guantes de piel de canguro, subirse a su pequeño Lotus Elan y darse un paseo por la campiña escocesa.

—En realidad —afirma Jim Clark, a quien los periodistas han bautizado como "el escocés volador"—, los únicos ratos en que me siento libre de toda preocupación son los que paso al volante.

Discoteca

En algunos cafés-discoteca hacen los nuevos bailes en serie: el *swim*, el *frug* el *jerk*, el *slop*, etcétera. Y luego viene diez minutos de intermedio para sacar a los heridos. — E. W.

¿Es cierto o falso lo que se piensa de un viaje a Europa vía Nueva York?

"El pasaje aéreo debe costar más." Falso. Un boleto de Pan American a cualquier lugar de Europa le otorga el privilegio de tocar también Nueva York sin recargo en la tarifa aérea.

"La aduana de EE.UU. es una complicación." Falso. El turista gasta menos minutos en la aduana estadounidense que en muchos países latinoamericanos y europeos.

"El alojamiento en Nueva York es caro." Falso. ¿Cuánto cuesta en Buenos Aires una habitación doble con baño privado, en un hotel de primera? ¿Desde US $6 por persona más o menos? Pues eso cuesta en Nueva York.

"Recorrer Nueva York es caro." Falso. La red de trenes subterráneos y autobuses le llevará a cualquier confín por pocos centavos. Es fácil orientarse en Nueva York. Casi todos los sitios famosos están en Manhattan, a pocos pasos de su hotel.

"A Europa salen aviones uno tras otro." Cierto. En esta estación Pan American saldrá 88 veces semanales desde Nueva York a Europa. Esta línea aérea vuela sin escalas o sin cambio de Jet a un total de 27 ciudades europeas. Para usted será cuestión de tomar el próximo Jet Clipper® como tomar el próximo taxi.

"A veces resulta más rápido ir vía Nueva York que vía el Atlántico Sur." Cierto. La intensa frecuencia transatlántica de Pan American, en conexión inmediata con sus vuelos sin escalas de Buenos Aires a Nueva York, puede, a menudo, ponerle en su destino europeo con más prontitud y menos escalas que otras líneas.

"No se puede cubrir Nueva York en un día." Falso. Usted podrá salir de compras, pasear en Broadway y Quinta Avenida, dar una vuelta en barco, ver un *show* y cenar a la luz del candelabro. Todo en un día. ¡Imagínese dos o tres días! . . .

"El plan 'Ciudades Adicionales' incluye Nueva York y Europa." Cierto. Con un boleto redondo en Pan American a ciertos destinos europeos (París o Roma por ejemplo) usted obtiene entre 8 y 19 ciudades adicionales – y Nueva York – sin tarifa extra.

Para enterarse de otros mitos y realidades en el mundo de los transportes aéreos, llame al Agente de Viajes o a Pan American. ¡Viaje ahora – Pague después!

Buenos Aires: T.E. 45-0111;
Plaza Hotel, T.E. 32-2355
También oficinas en Mendoza, Rosario, Córdoba y Mar del Plata.



La Línea Aérea de Mayor Experiencia en el Mundo

Primera en América Latina
Primera sobre el Pacífico
Primera sobre el Atlántico
Primera Alrededor del Mundo

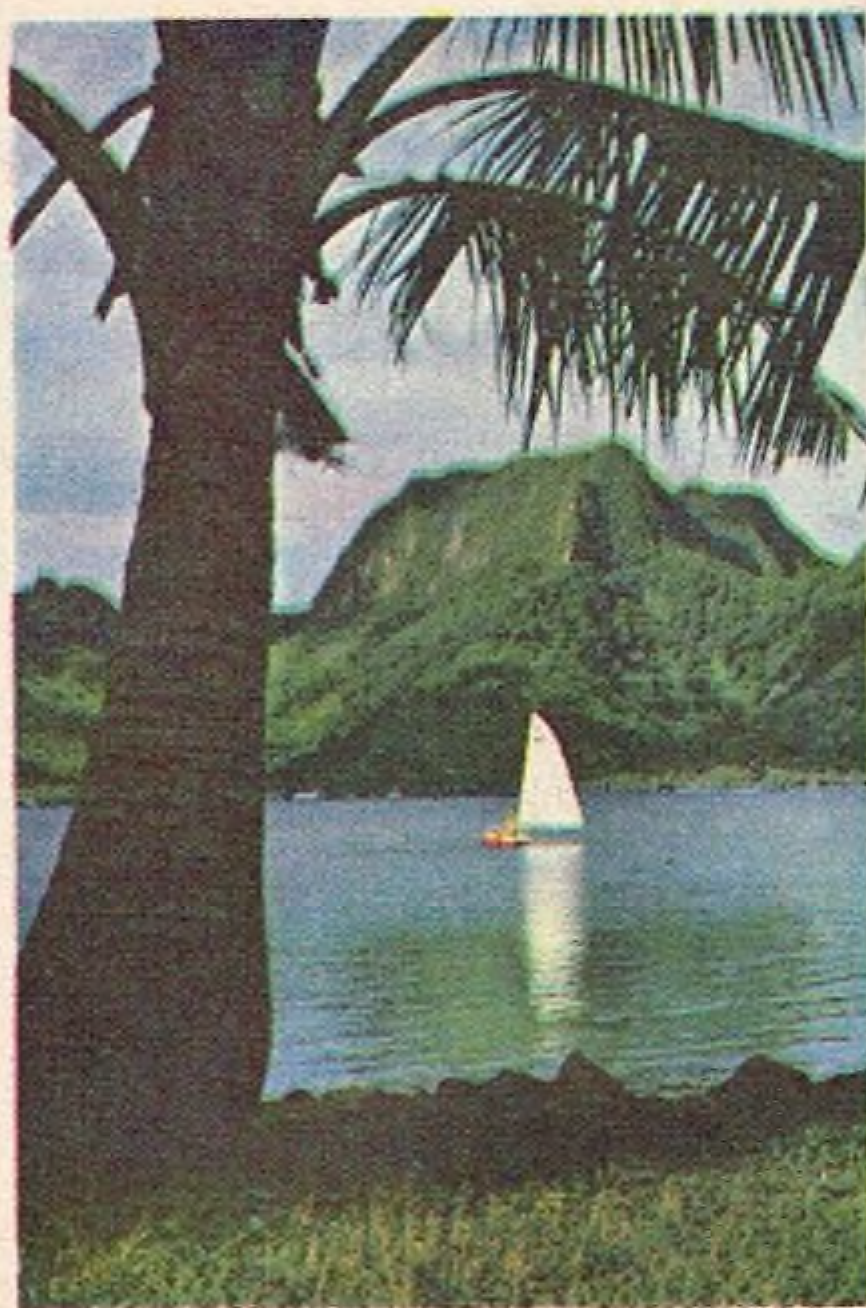
SAMOA: una administración ejemplar

Impresionante historia de un hombre que al ayudar a su pueblo a remediar su situación y valerse por sí mismo, en cuatro años convirtió un miserable andurrial del Pacífico en un paraíso polinesio.

Por Clarence Hall

Hace cinco años el diminuto conglomerado de exóticas islas que constituyen la Samoa norteamericana era una mancha para el país que las gobernaba. Este territorio, el más pequeño y olvidado de los Estados Unidos, se extiende al extremo del Pacífico Sur, a 13.000 kilómetros de Washington, y había estado sumido en miserable abandono. Pocos turistas llegaron jamás a verlo, y los que lo vieron lo calificaron de "una pocilga con palmeras". Su apuesta población, de la más pura sangre polinesia, había perdido los ánimos hacía mucho tiempo.

Todos los años, centenares de los



La bahía de la legendaria Pago Pago

Foto: Jack Fields

jóvenes más dinámicos de Samoa abandonaban las islas para ir a buscar educación y trabajo en algún otro país.

Hoy, sin embargo, lo que era un miserable andurrial del Pacífico Sur es la gema de la región. Multitudes de jóvenes expatriados regresan a las islas para participar en el auge de nueva vida y prosperidad de que gozan. Otros isleños acuden a contemplar con envidia las nuevas escuelas y carreteras de la Samoa norteamericana. Llegan comisiones de pedagogos a observar el interesante experimento de Samoa (el primero efectuado en parte alguna): el de la instrucción proporcionada casi totalmente por medio de la televisión. Y dado que su legendaria capital, Pago Pago, se halla convertida hoy en la escala principal en la ruta directa de Hawaii a Australia, centenares de turistas desembarcarán pronto de los aviones de chorro en el aeropuerto más hermoso de Oceanía para descansar en un nuevo hotel de lujo, que cuenta con 100 habitaciones, o simplemente para disfrutar de la vida en un idílico marco del Pacífico Sur.

¿Qué es lo que produjo esta mágica metamorfosis? Dos factores, principalmente: la amenaza de un desastre diplomático, y un hombre extraordinario.

Un hermoso proyecto. La amenaza surgió a principios de 1961, al saberse que Samoa había sido designada para que allí se celebrase, en julio del año siguiente, la trienal reunión de la Conferencia del Pacífico Sur. Deberían llegar a las islas más de 200 delegados de otros territorios del Pacífico, y una extensísima información de prensa y radio pondría al desnudo el contraste entre el alarde que hacen los Estados Unidos de su preocupación por los desamparados del mundo y el vergonzoso abandono de los suyos propios.

Alarmado por esa perspectiva, el presidente Kennedy se apresuró a proponer al Congreso una asignación urgente de 465.000 dólares para Samoa. Exhortó a la Secretaría del Interior para que enviase allá un nuevo gobernador que hiciera una rápida labor de restauración. El secretario Stewart Udall eligió a un especialista en la solución de situaciones difíciles: H. Rex Lee, de 52 años, a la sazón subcomisionado de la Oficina de Asuntos Indígenas.

El pelirrojo Rex Lee, originario de Idaho, es hombre de férrea determinación, disimulada tras sus amables modales. Llegó a Pago Pago cuatro días antes de su toma de posesión y pasó ese tiempo husmeando por las islas. "Nunca vi un panorama más melancólico", confesó. Los edificios de gobierno estaban carcomidos por el comején, y sus paredes se estaban descascarando. Las carreteras eran escabrosos senderos que no conducían a ninguna parte. Al bellísimo puerto de Pago Pago, cercado de letrinas sobre el nivel del agua, iba a parar la porquería de las cloacas. Los samoanos padecían toda clase de enferme-

dades y una desnutrición crónica. La agricultura estaba en ruinas, y las grandes importaciones hasta de los artículos más esenciales habían elevado el costo de la vida a niveles escandalosos. La única industria privada de cierta importancia era una pequeña fábrica de conservas de atún.

Lo más desconsolador era lo que en las aldeas pasaba por escuelas, en su mayoría chozas pequeñas y desvencijadas de techo de paja, abarrotadas de criaturas a quienes enseñaban maestros samoanos que no tenían más instrucción que la equivalente a cinco o seis años de estudios. La única escuela secundaria solo tenía capacidad para menos de la tercera parte de los estudiantes deseosos de asistir a las clases.

Un hombre menos decidido se hubiera echado las manos a la cabeza y hubiese abandonado la empresa. No así Rex Lee. A las tres semanas estaba de vuelta en Washington, lleno de ideas y entusiasmo. Del Congreso recibió un adelanto a cuenta del presupuesto de 9,5 millones de dólares solicitado para el primer año de trabajos. En seguida se trasladó a Hawaii, donde obtuvo la promesa de una ayuda inmediata del Cuerpo de Ingenieros Civiles de la Armada norteamericana y contrató los servicios de un arquitecto que debía proyectar el anfiteatro para la celebración de la inminente Conferencia del Pacífico Sur.

De regreso en Samoa, Rex Lee congregó a los jefes isleños y, llamándoles la atención hacia los buques cargados de técnicos y equipo procedentes de Hawaii, les dijo: "Ahora tendrán ustedes algunas de las cosas a que han aspirado; ante todo, una carretera". Los jefes reunieron en seguida 900 trabajadores, y algunos hasta se unieron a ellos como capataces de las cuadrillas de trabajo.

Lee parecía estar presente en todas partes al mismo tiempo, observando, acuciando, aprobando . . . La fisonomía de Pago Pago cambió notablemente. El puerto quedó libre de todas las letrinas que lo rodeaban. Las aldeas quedaron perfectamente limpias y llenas de flores. Por avión llegaron unos 20.000 litros de excelente pintura, que se vendieron a precio de costo, y los samoanos pintaron cuanto encontraron a su alcance. A la llegada de los delegados a la Conferencia del Pacífico Sur, ya estaban listos el aeropuerto para aviones de chorro, con su pista de 2800 metros; 40 kilómetros de carreteras de macadam de seis metros de ancho, carreteras que conducían a los bellos parajes de la isla de Tutuila; 29 edificios de viviendas para maestros, con modernas instalaciones sanitarias; tres nuevos edificios para la escuela secundaria de Samoa, con capacidad para 300 estudiantes; el nuevo y hermoso coliseo cívico; una nueva central de energía eléctrica . . . y 20.000 samoanos inmensamente orgullosos.

A toda prisa. Pero Rex Lee no se hallaba satisfecho. "Contentarse



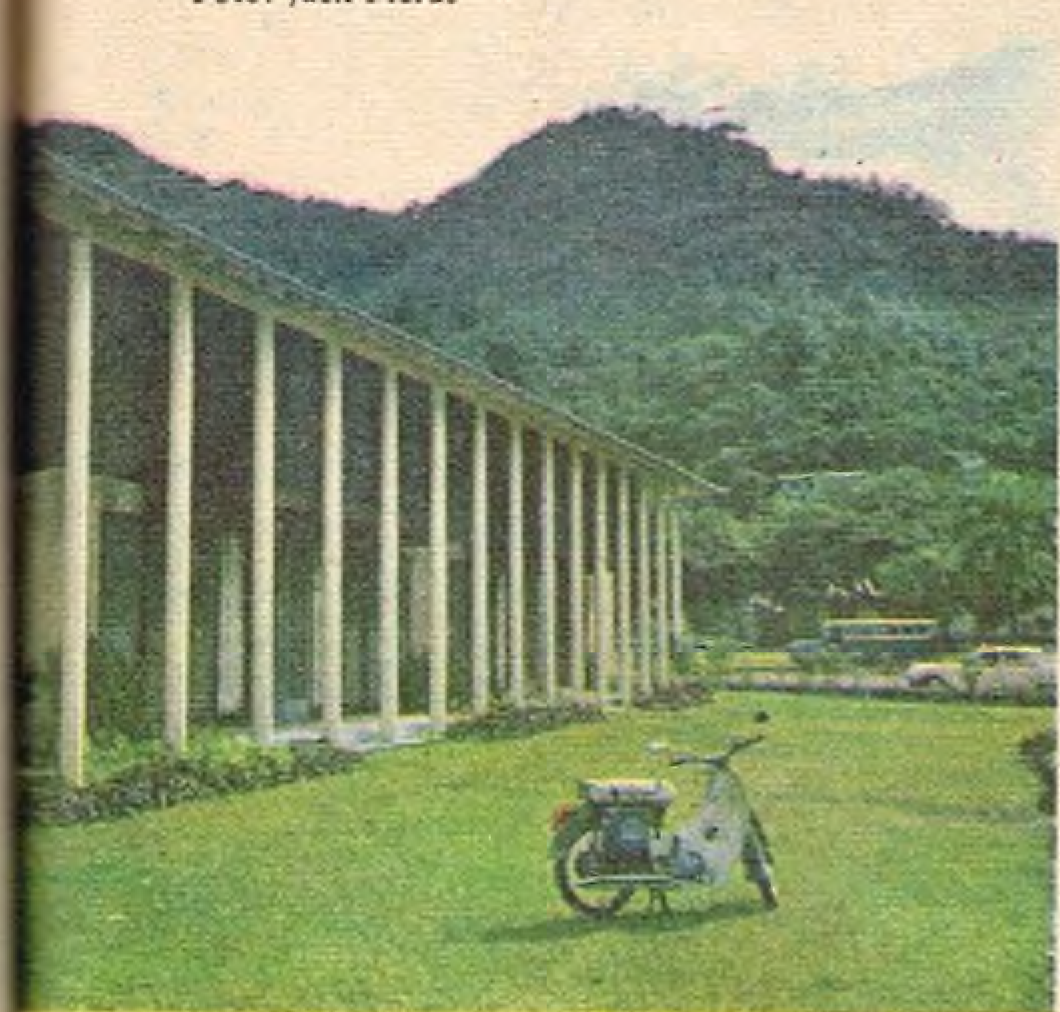
Gobernador Rex Lee



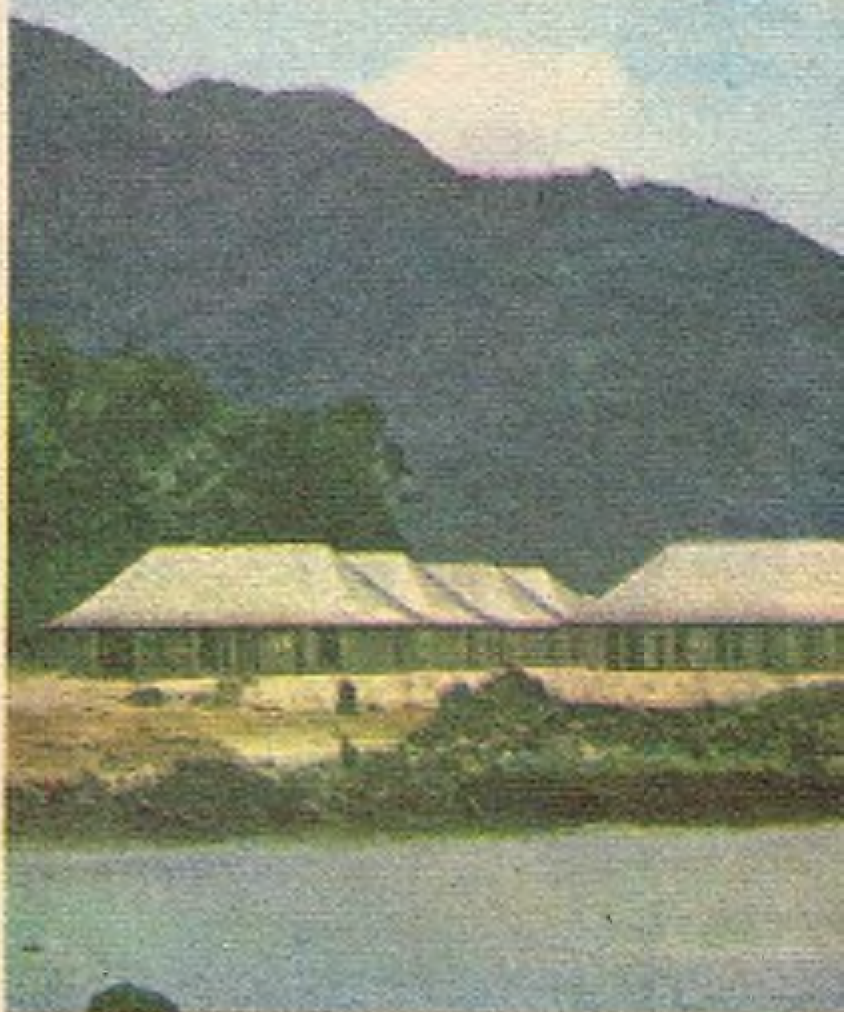
Mujeres de la isla Tau, del grupo de Manua
Foto: Jack Fields



Nuevo y elegante hotel en la playa



Flamantes apartamentos para maestros



Una de las nuevas escuelas elementales

Fotos: Gobierno de Samoa

Jim Clark, campeón mundial de
...las bujías que también dan

Jim Clark conquistó el título llevando a la victoria, en seis Grandes Premios consecutivos, a su Lotus Coventry Climax equipado con bujías Champion. Al exigir de las bujías, en sólo unas horas, más de lo que usted jamás exigirá de las suyas, estas carreras son una demostración del excelente rendimiento que Champion puede proporcionar a su auto!



Gran Premio SudAfricano—Como todos los Grandes Premios, la carrera inaugural de la temporada se corrió en una pista diseñada a imitación de una tortuosa carretera de provincia. Correr en ella requière cambios constantes . . . rápida aceleración . . . aceleración total. Y el Lotus Victorioso, conducido por Clark y equipado con bujías Champion, respondió instantáneamente a todas sus demandas.

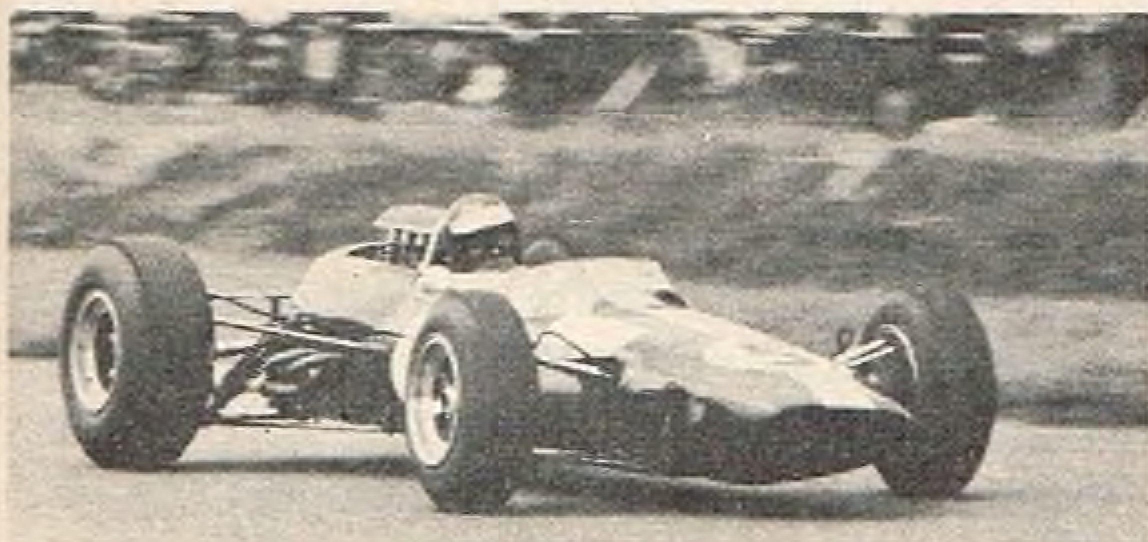


Gran Premio de Europa—Jim Clark corrió sobre la tortuosa pista que asemeja un sendero en el Bosque de Ardennes a 188 kph para conquistar su segunda victoria de Gran Premio con bujías Champion. (Esta fue la tercer carrera en el programa. Pero durante la del Gran Premio de Monaco, Clark estaba ocupado ganando la de Indianapolis de "500" millas.)

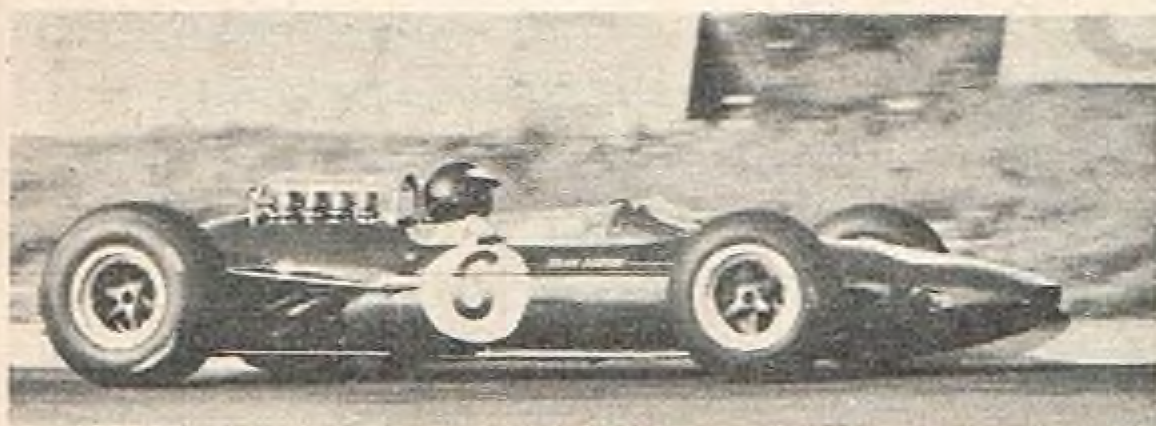


Gran Premio de Francia—Aquí hay 102 cambios de velocidad por cada milla—un promedio de un cambio de velocidad cada 2 segundos. Esto impone tortuosas y constantes demandas en las bujías. No obstante esto, el Lotus conducido por Clark con bujías Champion, aceptó cada demanda y rompió 15 veces el récord oficial para la vuelta antes de llegar vencedor a la meta.

automovilismo 1965, usa Champion
máximo rendimiento a su auto!



Gran Premio de Inglaterra—Desarrolando 180 kph, Clark conquistó su cuarto Gran Premio con su victoria en Silverstone, Inglaterra.



Gran Premio de Holanda—En Zandvoort, Países Bajos, la quinta victoria de Clark con encendido Champion . . . y su tercer Gran Premio de Holanda consecutivo.



Gran Premio de Alemania—En una pista de 22 km y 175 curvas, en Nurburgring. Clark voló por esta sinuosa pista a 160 kph para alcanzar su sexto Gran Premio consecutivo con bujías Champion . . . y el Campeonato Mundial de Automovilismo!

Estos Grandes Premios sometieron a las bujías del campeón mundial Clark a tremendas pruebas. Sus victorias en estos circuitos de "tipo carretera" demuestran que las bujías Champion proporcionan máximo rendimiento bajo cualquier condición de manejo . . . por difícil que sea!

Posiblemente usted nunca someterá a sus bujías a una prueba como esta. Pero cualesquiera que sean sus necesidades, usted puede estar seguro que las Champion pueden satisfacerlas! Y esta es una buena razón para exigir siempre *Champion* para su auto!





LAS BUJÍAS MUNDIALMENTE FAVORITAS EN AIRE, MAR Y TIERRA

con restaurar el lugar sólo para celebrar la reunión de la Conferencia del Pacífico Sur, y abandonarlo luego", había pensado el gobernador, "sería peor que nada". Así pues, Lee acometió su plan de independizar a Samoa del auxilio exterior. La educación, según él veía la situación, debía ser su empeño principal. El reformar el primitivo sistema de instrucción de modo gradual requeriría decenios enteros. Era de absoluta necesidad una "reforma explosiva". Pero ¿de qué clase?

De pronto, a Lee se le ocurrió la idea de que la solución estaba en la televisión, no como complemento, sino como núcleo de la enseñanza. Era una idea revolucionaria para Samoa, que carecía de televisión. Pero una vez sufragado el elevado costo de instalación, la educación por medio de la televisión resultaría relativamente económica, puesto que un puñado de instructores de la más alta calidad podría llegar así hasta un número máximo de alumnos.

Impresionado, pero escéptico, el Congreso concedió a Lee la suma de 40.000 dólares para explorar la viabilidad de su plan. Un grupo de investigadores de la Asociación Nacional de Televisión Educativa de los Estados Unidos (NAEB) informó, después de un estudio efectuado sobre el terreno, que sin duda la instrucción televisada "era, potencialmente, el mejor instrumento para tal tarea"; y con esto el Congreso aprobó una asignación de 1.583.000 dólares para instalar un sistema de tres canales. La NAEB empezó a reunir ingenieros, técnicos y maestros especialistas en la enseñanza por televisión procedentes de todos los rincones de los Estados Unidos. A principios de 1963 se otorgaron contratos para la instalación de equipo y la erección de un trasmisor de 70 metros en la cumbre del monte Alava, que se alza 510 metros frente a Pago Pago, en el otro lado de la bahía. El trasporte del trasmisor al lugar elegido resultó un problema, así que, para resolverlo, los ingenieros tendieron un cable de 1550 metros de un lado a otro del puerto, calculando, astutamente, que un trasbordador aéreo se pagaría por sí solo, pues con él se proporcionaría a los turistas un paseo incomparable. El trasbordador brinda hoy una vista espectacular hasta la Samoa Occidental, a 125 kilómetros de distancia.

Los samoanos erigieron 26 escuelas consolidadas para remplazar a las 45 destartaladas escuelas rurales. Y al iniciarse el curso escolar de 1964, la estación KZVK trasmitió a las flamantes escuelas sus primeras lecciones elementales especialmente preparadas. Pronto se hallaron excelentes maestros.

Lleno absoluto. Después de un año de ensayo, el experimento samoano de enseñanza por televisión ha obtenido extraordinario éxito. Las pruebas a que se ha sujetado a los jóvenes samoanos demuestran que no solo están aprendiendo dos veces más rápidamente que nunca,

sino que además retienen mucho más tiempo lo aprendido. La asistencia alcanza un promedio del 98 por ciento en todas las escuelas.

Por la noche las escuelas se convierten en centros comunales repletos hasta los topes, pues los samoanos de más edad acuden a ellos, ávidos de absorber lecciones sobre agricultura, embellecimiento del hogar, saneamiento y principios de gobierno y democracia. Todas las noches se trasmiten programas de noticias en samoano e inglés, así como documentales de viajes que muestran cómo viven otros pueblos y cómo resuelven sus problemas.

Varias agencias internacionales y técnicos de muchos países han estudiado el sistema de televisión educativa de la Samoa norteamericana. El interés que encierra para las regiones subdesarrolladas de todas partes es muy significativo, puesto que las emisiones podrían llegar, a módico costo adicional, hasta 2500 escuelas simultáneamente, como llegan a las 25 de Samoa. Alentadas por el gobernador Lee, ahora vienen estudiando métodos para adaptar la enseñanza televisada a las propias necesidades, la Samoa Occidental, adonde las emisiones de KZVK llegan con buen volumen de sonido y clara imagen, y las islas Tonga.

Cosechando beneficios. Otros progresos de la Samoa norteamericana no han sido menos notables. Los negocios y los empleos han aumentado palpablemente. Con la exótica belleza de las islas, su simpática gente y su nuevo y magnífico aeropuerto para aviones de reacción, el mejor del Pacífico Sur, el turismo parece hecho a la medida para Samoa. Hace tres años Lee prestó su asistencia a los prohombres de las islas en la formación de la Sociedad de Fomento de Samoa (SFS). "Si alguien ha de beneficiarse con las atracciones turísticas de Samoa", declaró, "han de ser los



mismos samoanos". Hoy el espléndido nuevo hotel de estilo polinesio es totalmente propiedad de los samoanos, con 1200 accionistas que compraron acciones de diez dólares mediante pagos a plazos y deducciones de sus salarios. La explotación de todas las tiendas y servicios: artesanía polinesia, embarcaciones pesqueras, alquiler de automóviles, etcétera, quedará con el

tiempo en manos de samoanos adiestrados por un organismo internacional de administración hotelera.

Alimentación y servicios. La mayoría de las fincas agrícolas de Samoa sólo venían produciendo escasas cosechas de artículos de primera necesidad tales como taro, árbol del pan y plátanos. Una de las primeras medidas de Rex Lee fue rejuvenecer las granjas de ensayo del gobierno, invadidas por la maleza. Consejeros en cuestiones agrícolas enseñaron a los nativos a incrementar la cantidad y variedad de sus cultivos. Se emprendió la siembra de varios productos en el mismo suelo, se proporcionaron gratuitamente plantas de semillero, se alquiló maquinaria agrícola, se facilitaron a precio de costo insecticidas y abonos, y se introdujeron razas convenientes de cerdos y de aves de corral.

El resultado fue que la producción media por hectárea casi se ha duplicado desde 1961 en Samoa. En general, los precios de los alimentos son los más bajos conocidos en la historia de las islas. Ahora labradores samoanos poseen maquinaria, comprada a plazos, y en las tradicionales chozas de techo de paja, abiertas a todos los vientos, hay más de 500 blancas y espaciosas refrigeradoras.

Otra de las primeras cosas que hizo Lee fue iniciar los estudios de ingeniería necesarios para la construcción de un extenso sistema de alcantarillado en la zona de la bahía de Pago Pago, y después emprender un programa a largo plazo destinado a proporcionar a cada aldea, principalmente con ayuda del pueblo mismo, las indispensables instalaciones sanitarias, a más de lavandería y duchas. La posesión de un retrete particular con agua corriente ha llegado a convertirse en símbolo de posición social en Samoa.

Sanidad y seguridad social. Un programa de control, instituido con la ayuda de especialistas importados, ha reducido radicalmente la incidencia de afecciones pulmonares, filariasis, parásitos intestinales, anemia y otras enfermedades. La desnutrición de la juventud, causada por el deficiente régimen alimenticio y alarmantemente mortal entre la infancia, se atacó por medio de un programa de almuerzos escolares y demostraciones a domicilio. A fin de reducir el índice de natalidad (uno de los más elevados en el mundo), a últimas fechas se ha emprendido una campaña para la enseñanza del control de nacimientos. Lee arrancó al Congreso norteamericano una asignación de tres millones de dólares para un nuevo hospital, perentoriamente necesario. Los servicios del viejo hospital habían estado, en su mayor parte, a cargo de una docena de practicantes samoanos, brillantes jóvenes nativos preparados en la Escuela Médica Central de Suva, en las islas Fiji, pero sin educación suficiente para aspirar al título de médico. Se han establecido cierto nú-

mero de becas para samoanos en diversas escuelas de medicina de los Estados Unidos con el fin de contar en el futuro con más y mejores médicos.

Los costos. Audazmente, Lee, de acuerdo con su objetivo de poner a los samoanos en condiciones de bastarse a sí mismos, tanto política como económicamente, delegó muchos de sus poderes y echó sobre los hombros del poder legislativo (organismo que anteriormente aprobaba todo sin objeciones) la responsabilidad de promulgar sus propias leyes e imponer la observancia de ellas. También la firme ascensión de Samoa hacia la independencia económica ha sido notable. Para el ejercicio económico de 1966 los ingresos por impuestos locales se calculan en el cuádruple de los obtenidos en 1961.

Las asignaciones otorgadas por el Congreso estadounidense en los últimos cuatro años han ascendido a más de 30 millones de dólares. Habiendo asegurado ya Lee el financiamiento de la mayor parte de su programa de obras públicas, redujo el presupuesto para el año fiscal de 1966 a 3.795.000 dólares. "Según el índice de desarrollo económico previsto", dice, "la Samoa norteamericana deberá alcanzar la autarquía hacia 1975".

Que siga siendo Samoa. ¿Pero no significará tal adelanto la pérdida del innato hechizo de Samoa, el abandono de su seductora cultura? En modo alguno, según Lee. "Todo cuanto hacemos está encaminado a conservar el carácter samoano de Samoa", dice. En esto coinciden unánimemente todos los jefes de la isla. El alto jefe T. Le'iato me dijo: "Si perdemos alguna de nuestras viejas costumbres, será porque así lo decidimos, no porque se nos esté imponiendo cambio alguno".



Observaciones

El hombre prende el fósforo raspándolo hacia sí, la mujer lo enciende con un movimiento hacia afuera. No tiene usted que tomar como buena mi palabra: observe usted mismo a mil personas encender fósforos y lo comprobará. Y le recomiendo que las observe en proporción de nueve muchachas por cada varón. Así su investigación será más grata.

—E. A. S.

Hay un aparato nuevo para medir la eficacia de la propaganda comercial por televisión, pero ha tenido resultados que causan rubor a algunos. La máquina, instalada encima del televisor, toma con discreción fotografías de los televidentes. Muchas veces ha mostrado una habitación vacía, y otras a los televidentes mismos en un espectáculo más divertido que el proyectado en la pantalla.

— *The Insider's Newsletter*

Este precioso metal ha excitado la imaginación del hombre desde el principio de los tiempos

POR ERNEST HAUSER

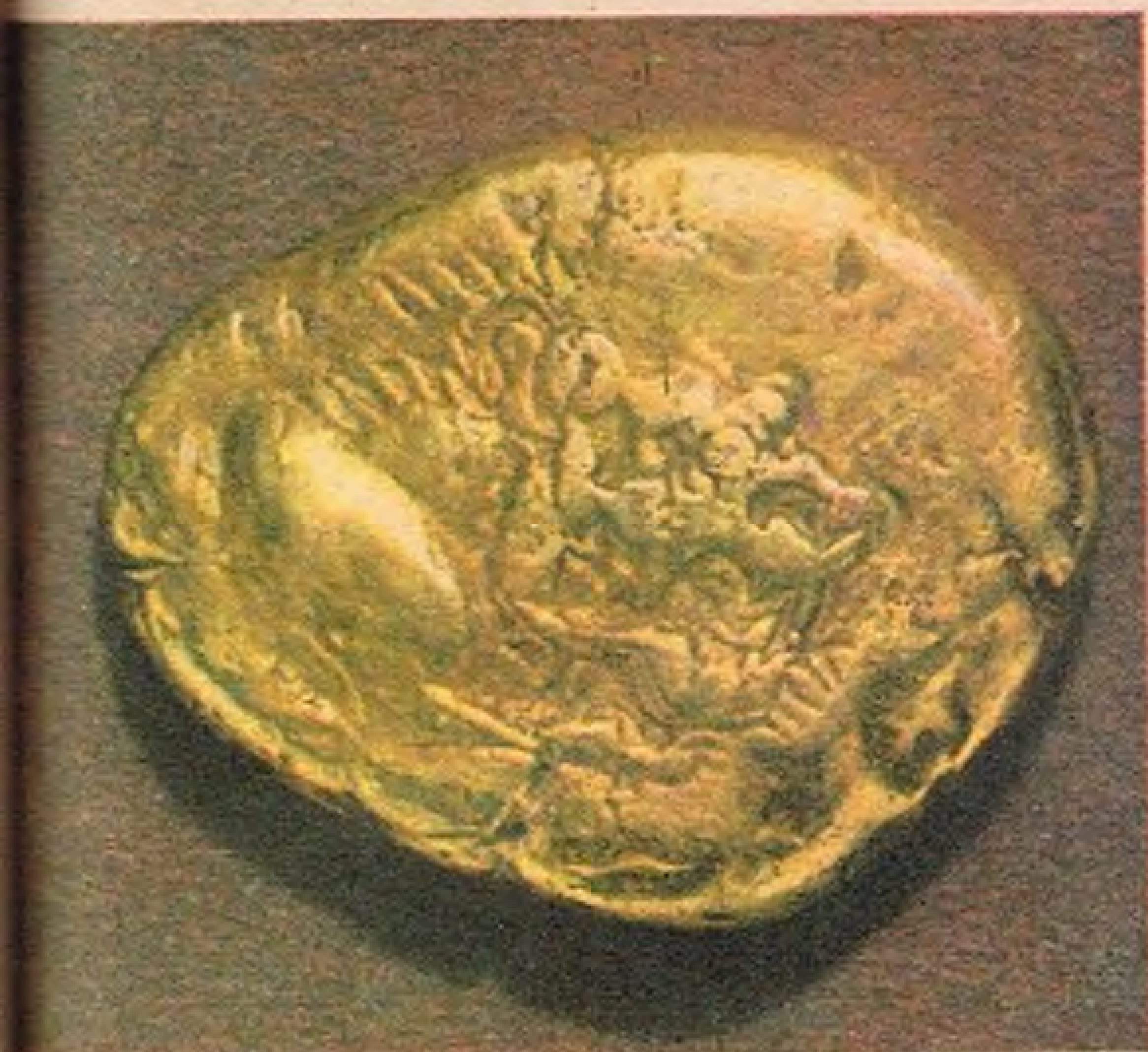


Cáliz de oro. Alemán. Siglo XVII.

EL ORO, rey de los metales

RARO y extraordinario objeto es el oro, feliz enlace de la materia con la idea. Como denominador común de todos los valores, el hermoso metal tintinea alrededor del mundo en una corriente sin fin de barras pulidas y amarillas. El precio de 35 dólares la onza troy (31,1 gr.) fijado por los Estados Unidos en 1934 ha sido reconocido como precio "oficial" en todas partes, pese a que no guarda relación alguna ni con la demanda, ni con la oferta, ni con los costos de laboreo y afinación. En muchos países la ley prohíbe a los particulares poseerlo, como no sea en artículos de joyería, pero todas las naciones lo utilizan como medio de pagos internacionales para saldar sus cuentas. Los bancos de emisión lo guardan celosamente en sus bóvedas a modo de reserva para respaldar el papel moneda.

Como base del sistema monetario, el oro es para el público lo que más se acerca a una abstracción; pero es algo más que eso: es el rey de



La moneda más antigua del mundo, reproducida en tamaño ligeramente mayor que el real



Cuerno para beber y daga. Persia. Siglo V antes de J.C.

Copa de oro, de diseño elegante y sencillo, hallada en las excavaciones de Ur





Collar de cuentas de Mesopotamia. Data de 2100 antes de J.C.



Página iluminada con hoja de oro, de una Biblia hecha en París en el siglo XIII



La Copa Rospigliosi, labrada de oro por el genio del Renacimiento italiano, Benvenuto Cellini



En el espacio, el astronauta White usó un "cordón umbilical" recubierto de oro para proveerse de oxígeno

Esta perfecta joya de oro se encontró en las antiguas ruinas de Monte Albán, en México





Reproducción de una de las palacras más grandes que se hayan encontrado jamás, la "Welcome"

Un ángel italiano de oro y esmalte, que data de fines del siglo XV



Pendiente de oro forjado y piedras preciosas, siglo XVI



los metales y un buen amigo del hombre. Sin él, nuestra civilización no sería lo que es. Su símbolo científico, revelador del amor que el hombre siempre le ha tenido, fue durante muchos siglos una representación del Sol: ☉; hoy es *Au,* abreviatura de su nombre en latín, *aurum*.

Inmune a los estragos del tiempo, no lo manchan ni el aire ni el agua, ni lo afectan la mayor parte de las sustancias corrosivas; es el símbolo de lo eterno. Tantas veces ha sido derretido, moldeado y vuelto a fundir, que el anillo que llevamos en el dedo bien puede contener oro que alguna vez brilló en el collar de la Reina de Saba. Sus aplicaciones son innumerables, desde plumas para escribir hasta el "cordón umbilical" revestido de oro que conecta a un astronauta con su cápsula cuando sale de ella en el espacio.

Copas de Ur. Brillante, lustroso y sumamente pesado, el oro es el más maleable y dúctil de los metales. Se puede batir en finísimas hojas de no más de un diezmilésimo de milímetro de espesor. De una onza troy de oro se puede sacar hilo continuo de 56 kilómetros de longitud.

Al entrar en aleación con otros metales (lo que se hace para darle dureza) cambia de color: la plata lo hace palidecer, mientras que el cobre lo enrojece; y pueden obtenerse así fantásticos matices de verde, naranja, rojo-rubí o púrpura. En las joyas hay una marca impresa en el artículo que advierte al comprador cuánto metal fino contienen. La proporción de oro que entra en la aleación se expresa en quilates; 24 quilates significan oro puro. Así, un anillo de 18 quilates contiene 18 partes de oro y seis partes de algún otro metal.

Todos los procedimientos técnicos del orfebre moderno fueron descubiertos por sus antiguos predecesores en el arte. En las tumbas reales caldeas descubiertas en Ur, una de las más antiguas ciudades del orbe, se han encontrado diademas y copas que no deslucirían hoy en las joyerías de la Quinta Avenida de Nueva York; y los etruscos, quizá los más grandes orífices de la historia, nos legaron una escudilla pequeña incrustada con 137.000 glóbulos microscópicos de oro que forman una como pelusilla de durazno. El secreto de esta técnica se perdió durante mucho siglos y apenas en 1933 se volvió a descubrir.

Por razón de su densidad, el oro se presta admirablemente para almacenar riqueza. Un cubo de este metal, de unos 30 centímetros por lado, pesaría poco más de media tonelada y tendría un valor aproximado de 600.000 dólares. Si todo el oro que se ha sacado de las minas (cuyo valor es de unos 65.000 millones de dólares) se fundiera en un solo bloque, apenas resultaría tan grande como un granero de buen tamaño.

Se ha usado el oro para todo, desde lo ridículo hasta lo sublime. Un zar de Rusia jugaba con una pulga de oro, de tamaño natural,

El Museo del Oro del Banco de la República, en Bogotá, posee la más extraordinaria colección de objetos labrados por los indios que habitaban el territorio colombiano antes de la conquista de América. Consta de más de 8000 piezas con un valor de 30 millones de dólares. Algunos de los objetos datan de 300 años antes de J.C. Entre ellos se cuentan ídolos, herramientas y vasijas; armas; petos, cinturones y cascos; brazaletes, diademas, narigueras, zarcillos, collares y otros adornos; figuras de animales, plantas y frutas de singular hermosura; tejidos de hilo de oro para las vestiduras, y trabajos de filigrana que rivalizan con la obra de los artistas modernos. Estos indios conocían la técnica de las aleaciones, el alambrado, laminado, enchapado de oro sobre cobre, repujado, vaciado ordinario y soldadura autógena.

— Guía Moderna de Bogotá

que saltaba como si fuera de verdad. La opulenta ciudad de Atenas coronó el Partenón, en la Acrópolis, con una estatua de oro y marfil de Palas Atenea, la diosa tutelar de la ciudad, cuyas vestiduras del precioso metal pesaban más de una tonelada. La mayor parte de las maravillas que fabricaron los orfebres de la antigüedad han desaparecido; pero todavía cuantos visitan el Museo Egipcio del Cairo pueden admirar el sepulcro del rey Tutankamen, de oro macizo tachonado de piedras preciosas, que mide 1,88 metros de longitud y pesa 1110 kilogramos. Es probablemente el objeto más grande de oro que existe.

Oro de América. El primero que acuñó monedas de oro fue un rey de Lidia, Giges, hacia el año 650 antes de J.C. Estos primitivos ejemplares de dinero contante y sonante tenían forma de haba, con un león, símbolo de la regia autoridad, estampado en el anverso. Se conservan unas pocas de estas monedas y tienen hoy entre numismáticos y coleccionistas un precio que llega hasta 1500 dólares cada una.

Colón, en su primer viaje, mandó a España muestras de las cosas que encontró en las tierras descubiertas, entre ellas unas cuantas pepitas de oro; y los españoles, a medida que fueron penetrando en el Nuevo Mundo, comprendieron que habían encontrado El Dorado. En México, Hernán Cortés entregó su casco a los indios para que se lo llenaran de polvo de oro; y en el Perú, Francisco Pizarro, con 180 hombres, entró en lo que debió de parecerle una tierra encantada donde hasta los artículos de uso corriente, utensilios y muebles eran de oro. Los conquistadores casi no daban crédito a sus ojos, pero tomaron el metal a manos llenas. De ahí en adelante, durante todo un siglo, los galeones de España cruzaron los mares para llevar a Sevilla copiosos cargamentos de oro y plata. Esta

riqueza metalífera se derramó por toda Europa y produjo una revolución que había de trasmutar el antiguo comercio de trueque en una economía industrial basada en sistemas monetarios.

Filones y placeres. El oro se halla en todas partes. El carbón, el cobre y los suelos arcillosos que están bajo nuestras ciudades pueden contener vestigios del noble metal. El agua del mar contiene seis partes de oro por cada billón de partes de agua salada.

En cantidades económicamente explotables se encuentra en dos formas: en vetas y en polvo. Las vetas o filones son antiguas grietas de las rocas que se rellenaron de cuarzos auríferos procedentes del interior de la Tierra hace de dos a diez millones de años. El oro de los placeres o arenas auríferas estuvo cautivo en esos mismos filones hasta que la erosión lo arrastró. Los granitos rodaron con las aguas por las vertientes y se fueron sedimentando en las playas y lechos de los ríos, donde se aglutinaron en forma de pepitas o palacras. Al cambiar de curso los ríos, quedaron entre la arena, en espera de quien los descubriera.

Los yacimientos más importantes han sido revelados siempre por el hallazgo de alguna palacra indicadora. La fiebre del oro en California se originó un día de enero de 1848 en que James Marshall recogió un puñado de pepitas brillantes del río Americano, en Coloma. El año siguiente llegaron al Oeste unos 80.000 hombres, algunos de los cuales ganaban hasta 50 dólares al día lavando oro en gamellas. Uno de los trozos más grandes hallados hasta hoy es la famosa palacra bautizada "Welcome" (Bienvenida), que se encontró en Victoria (Australia) en 1858 y pesó 72,5 kilogramos.

Las ricas minas de Rand, en Sudáfrica, abiertas hace casi 80 años y que ya van a una profundidad de 2900 metros bajo tierra, dan aproximadamente la mitad de la producción mundial, que es de 2000 toneladas al año. Corresponde a Rusia el segundo lugar, con un 25 por ciento. Los Estados Unidos fueron en un tiempo el mayor productor del mundo, pero hoy apenas producen el tres por ciento.

El oro se funde a 1063 grados centígrados y no cambia de color en el estado líquido. Es interesantísimo verlo fluir en la refinería. El metal fundido se vacía en moldes con una jarra pequeña que se maneja por medio de largas tenazas de hierro. El vaciador debe tener el pulso firme, pues cualquier gota que se derrame puede ser una onza perdida. En los moldes se forman barras, con números de serie para identificarlas en sus viajes, y salen de la refinería en camiones blindados.

De ahí en adelante puede ocurrir cualquier cosa. Por cada siete barras que van con destino conocido, hay una que escapa a todo control y se va a correr mundo. Existe un mercado negro que abarca todos los

continentes (con centros de operaciones tan exóticos como Beirut, Dakar, Hong Kong o Bombay) y absorbe grandes cantidades de oro. Esto no puede sorprender, si se tiene en cuenta que el precio de contrabando llega hasta 80 dólares la onza (el precio oficial es de 35) y que cualquiera que logre cruzar una frontera llevando un solo lingote del tamaño de una barra de chocolate puede obtener una ganancia de 1000 dólares.

La piedra filosofal. Aun cuando el oro no se usa ya en ninguna parte como moneda circulante, algunas naciones siguen acuñándolo para satisfacer la gran demanda que hay de él. Inglaterra, por ejemplo, fabrica todavía sus famosas "libras esterlinas" que se venden con una altísima prima en los bazares de Asia. En Italia se acuñan actualmente monedas de los Estados Unidos de a 20 dólares, de ley un poco más alta que las originales, y se venden a los turistas norteamericanos a 45 dólares cada una, lo cual es una compra ilegal y por añadidura un mal negocio, puesto que el oro que contienen apenas vale 34 dólares.

Los prudentes ciudadanos franceses, que pueden comprar legalmente monedas de oro en cualquier banco y que las consideran el mejor seguro contra todas las calamidades, tienen hoy no menos de la cuarta parte de las existencias mundiales, que valen 75.000 millones de francos, y guardan las monedas en alacenas, vasijas o colchones.

Durante muchos siglos los hombres creyeron que el oro se podía obtener artificialmente mediante la trasmutación de los elementos, aunque nadie sabía cómo. Barbados alquimistas de largas vestiduras trabajaban en laboratorios calurosos y malolientes en busca de la "piedra filosofal", con la cual esperaban convertir los metales bastos en oro. Hoy, con ciclotrones en lugar de crisoles, podemos realizar ese anhelo que para ellos fue siempre irrealizable, aprovechando la fisión nuclear. Pero no es algo que se pueda recomendar como diversión. El sabio que intentara el experimento tendría que comenzar con plomo o platino, y acabaría con un granito de oro del tamaño de una cabeza de alfiler, que le habría costado lo que valen varias toneladas de oro natural. Sería, desde luego, oro auténtico, oro hecho por el hombre, la realización pues de un sueño de siglos.

Los geólogos nos aseguran que, aunque todavía queda mucho oro en las minas que se están explotando, no es probable que en el futuro se descubran grandes yacimientos nuevos. En su constante exploración, el hombre no ha pasado por alto ninguno de importancia. Pero, ya sea que la producción aumente o disminuya, o que el precio por onza suba o se deje a su suerte, la demanda será siempre superior a la oferta. Porque al hombre seguirá fascinándole el metal amarillo como lo ha fascinado desde hace más de 6000 años.

POR ROSCOE DRUMMOND

Condensado del "Herald Tribune", de Nueva York

El Muro de Berlín: historia de un fracaso



HACE ya más de cuatro amargos años que los habitantes de Berlín conviven con la Muralla. Aunque se han acostumbrado a su presencia, ni los berlineses orientales ni los occidentales se resignan a ella. Para todos los berlineses ese muro es una ofensa al par que objeto de odio; es símbolo y prueba de la futilidad, el temor y la brutalidad del comunismo.

En ocasión de la Navidad de 1963 la muralla se abrió por primera vez, temporalmente, para permitir visitas familiares. Esto se ha repetido en cuatro ocasiones, lo que ha dado motivo a casi cuatro millones de reuniones entre parientes.

—Tales reuniones —comentaba un alemán— prueban algo que no se necesitaba probar, o sea que los habitantes de esta ciudad, a despecho de la violenta división a que se ha sometido a sus familias, no se han convertido en berlineses del Este o del Oeste, sino que siguen siendo, simplemente, berlineses. El odio fomentado por los dirigentes de la zona oriental no ha logrado separarlos.

CREADA PARA EL HOMBRE...
PENSANDO EN LA MUJER

Valet
DE
Gillette





NUEVA LOCION PARA
DESPUES DE AFEITARSE

Verde... refrescante... vivifica la piel...
y su seductor perfume varonil "acerca a la mujer".
Hágase el favor de probarla.

Ya es obvio para todo el mundo que el gobierno de la zona oriental, con la aprobación de los soviéticos, levantó el Muro para impedir que los ciudadanos sometidos a su régimen escapen del yugo comunista. Unos 17 millones de personas se encuentran ahora prisioneras detrás de esa odiosa barricada. Ni aun los miembros del Comité Central del Partido Comunista de la Alemania Oriental creen que fuese erigida, según afirman, "como protección contra las provocaciones del Occidente".

Desde 1948 hasta el 13 de agosto de 1961, es decir, antes de la erección del Muro, aproximadamente 2.700.000 personas huyeron en busca de libertad. No pudiendo votar por un gobierno de su elección, votaron con las piernas: escaparon.

¿Qué ha ocurrido desde entonces? Toda tentativa de "huir de la República" se considera un delito según la ley de la zona soviética. El régimen lo castiga con prolongado encarcelamiento, y a menudo con la pena de muerte. Y los amos comunistas han tratado por muchos medios de lograr que el Muro sea impenetrable. Desde su construcción se le han agregado 225 fortines y nidos de ametralladoras, 202 torres de observación, 63 reflectores y 221 jaulas para perros de policía, cada una de las cuales contiene hasta cuatro animales.

Pero tan fuerte es el anhelo de libertad que la huida continúa, aunque el riesgo es terrible. En los últimos cuatro años unos 25.000 alemanes del Este, entre ellos 441 de uniforme, se han atrevido a arriesgar sus vidas para escapar. Han pasado sobre la muralla, por debajo de ella, y han atravesado campos sembrados de minas. Han escapado cruzando un río de la frontera; han escapado en la oscuridad y a la luz del día, desafiando el fuego de los fusiles de los guardias; descolgándose de elevadas ventanas por medio de cuerdas; a pie, en motonetas, en tractores, en camiones, en trenes.

¡Y ahora los comunistas están "embelleciendo" la frontera entre las dos zonas! Desmontan la tierra y hacen jardines . . . para ver y matar más fácilmente a quienes buscan la libertad.



Errare machinae est

Los RESIDENTES de un sector de Houston (Tejas) se quejaron de que a todos se les hizo un recargo por mora en la cuenta de agua del mes anterior. Un funcionario del servicio de aguas daba la siguiente explicación: La computadora se retrasó en sacar las facturas de ese período, así que, automáticamente, marcó todas las cuentas como morosas, *"y nada se puede hacer para remediarlo".* — *The Insider's Newsletter*

CÓMO REVITALIZAR LAS GRANDES CIUDADES

Condensado del libro* de **Jane Jacobs**

*"The Death and Life of Great American Cities",

"Un libro encantador"
— *Atlantic Monthly*

"Obra importante entre las de su tema"
— *Christian Science Monitor*

"Llena de agudas apreciaciones"
— *Times* de Nueva York



La mayoría de las grandes ciudades sufren actualmente los mismos problemas: alto índice de criminalidad, barriadas humildes, mordaz delincuencia juvenil. Con el propósito de combatir estos males crónicos, muchas grandes urbes se han embarcado en grandiosas obras de reurbanización que cuestan sumas fantásticas y acaban muchas veces en lamentables fracasos.

En este libro Jane Jacobs, que durante mucho tiempo ha estado dedicada al estudio de los problemas urbanos, nos explica las razones de que a menudo estos proyectos, pese a su buena intención, no logren más que agravar los males que estaban destinados a erradicar, y sostiene que existen soluciones mucho más eficaces y económicas. La agudeza de observación de la autora pone ante el lector el ambiente de ciertos barrios desde una perspectiva enteramente nueva y reveladora. Su estilo realista, estimulante del pensamiento, sitúa al libro en la rara categoría de las obras que son tan amenas como importantes.

Vivo en una bella y tranquila zona residencial", me dice una amiga que está buscando nuevo apartamento; "el único ruido que se oye de vez en cuando por la noche son los gritos de alguien a quien acaban de atracar".

La persona a que me refiero vive en uno de los grandes edificios multifamiliares, de alquiler medio, que hay en Nueva York, y que en su día fueron considerados como la máxima expresión de las más avanzadas teorías urbanistas. En la práctica, estos complejos urbanos, alejados del centro comercial de la ciudad, han constituido una atracción irresistible para los delincuentes de todo género.

En el suburbio de East Harlem (Nueva York) se construyó una barriada "modelo" con amplias zonas verdes, que son motivo de constante resentimiento entre los humildes inquilinos que a ella fueron trasladados. "¿De qué nos sirven?" preguntan amargamente.

"Nadie tuvo en cuenta nuestros deseos cuando se construyó este lugar", dijo, para resumir el descontento general, uno de los inquilinos. "Demolieron nuestros hogares y nos trajeron aquí, lejos de nuestras amistades. No hay sitio donde tomar una taza de café o comprar un periódico. A nadie le preocupan nuestras necesidades. Pero los funcionarios vienen por acá, contemplan el césped y exclaman: ¿No es maravilloso? ¡Ahora los pobres tienen de todo!"

El fracaso de estas ambiciosas obras obedece, en gran parte, a que se atribuyeron a la hierba múltiples virtudes curativas. Una vez que la gente comenzó a ver la Naturaleza como una especie de celoso protector de la infancia, nada parecía más lógico que procurar traer en cierto modo la Naturaleza a la ciudad. Pero, a pesar de todo, la insuficiencia del césped para curar todos los males urbanos no es sino un aspecto del problema.

Existe el mito optimista de que, si contáramos con suficientes medios, podríamos acabar con los barrios bajos en pocos años, dando con ello marcha atrás al proceso de decadencia de las grandes urbes y resolviendo inclusive los problemas de tráfico. Sin embargo, hasta la fecha todos los experimentos realizados en tal sentido han defraudado nuestras esperanzas.

Y eso ocurre porque a los urbanistas se les ha olvidado observar cómo vive realmente una gran ciudad, y se han dejado guiar, en cambio, por teorías sobre su estructura y su forma de vida óptimos. Esos urbanistas son sinceros, estudiosos e idealistas, pero fundan sus teorías sobre bases absurdas.

Consideremos, por ejemplo, la reacción típica de los urbanistas ante el distrito North End, de Boston, barriada donde los edificios, viejos y de alquiler barato, se mezclan

con las instalaciones portuarias. El North End ha sido calificado como el peor barrio de la ciudad. Talleres y establecimientos comerciales se entremezclan con las viviendas; la densidad de población es enorme; como hay pocos parques, los niños se ven obligados a jugar en las calles; las manzanas son pequeñas y los edificios viejos. Según el decir de los urbanistas "es una barriada mal conformada, en la que se desperdicia mucho espacio". En teoría, todo está mal en este distrito.

Cuando visité por primera vez el North End, en 1939, observé que los edificios se hallaban atestados de emigrantes europeos recién llegados. Se habían construido casas de vecindad y muchas viviendas se habían subdividido a fin de poder alojarlos; en la barriada entera se respiraba un ambiente de miseria.

Pero al visitarlo de nuevo en 1959, me quedé maravillada del cambio que se había operado. Habían reformado muchos edificios, y en ellos vivían solo una o dos familias. En un callejón que recordaba yo por su aspecto sórdido, pude apreciar que se habían efectuado excelentes trabajos de mampostería que le daban un nuevo aspecto. Entre las viviendas se mezclaban tiendas de comestibles, ebanisterías y otros establecimientos, y en las calles reinaba gran animación: los niños jugaban, la gente paseaba y charlaba; muchos iban de compras. El ambiente era tan acogedor y animado que me impresionó el lugar como uno de los más saludables de la ciudad.

Picada por la curiosidad, quise saber cómo se habían recaudado los fondos necesarios para rehabilitar la barriada y fui a visitar a un amigo urbanista de la ciudad.

—¿Los fondos? —me contestó extrañado—. En el North End no se han invertido fondos ni se han realizado obras. Aún no hemos comenzado a reconstruir en aquella zona. ¡Es el peor barrio de la ciudad!

—Pues no da la impresión de ser un barrio miserable —observé—. ¿Tienen estadísticas sobre el distrito?

—Sí, y lo curioso es que los índices de delincuencia, enfermedades y mortalidad infantil son de los más bajos en toda la ciudad, y también lo es la proporción de alquileres a ingresos. Las cifras de mortalidad, en general, son reducidas, sobre todo por tuberculosis. Pero es sin duda uno de los peores barrios de la ciudad.

—No nos vendría mal contar con más barrios bajos como ese —señalé.

—Estoy de acuerdo con usted. Yo mismo voy a menudo por allí con el único objeto de pasear y respirar aquel ambiente tan alegre y animado. Pero, claro está, tendremos que reconstruirlo tarde o temprano. Hay que sacar a esa gente de las calles.

Cosa curiosa. En su fuero interno mi amigo sentía que el North End era un buen barrio, y las estadísti-

cas lo confirmaban. Pero todo lo que había aprendido como técnico en cuestiones urbanas le decía que aquel tenía que ser un mal lugar.

Urbanistas utópicos

En 1898 un funcionario judicial inglés llamado Ebenezer Howard, que se dedicaba por distracción al estudio de los problemas urbanos, propuso la supresión de los sórdidos barrios bajos londinenses mediante el traslado de sus vecinos a pequeñas ciudades-jardín, donde podrían vivir otra vez en contacto con la Naturaleza. Estas ciudades, limitadas a un máximo de 30.000 habitantes, serían paternalistas y se bastarían a sí mismas. Cada uno de sus sectores —industrial, residencial, escolar, comercial y cultural— estaría situado en un lugar predeterminado, y toda la población quedaría rodeada por un verde cinturón agrícola. Como toda población utópica, aquella sería un excelente lugar para ciudadanos dóciles, sin voluntad propia. El derecho a hacer planes quedaba en manos de los dirigentes.

Aunque aquellas ciudades rodeadas de zonas verdes se concibieron como una posibilidad distinta de la gran urbe, y no tenían mucho sentido en función de la planificación urbana, la mayor parte de los planes actuales se basan en los conceptos de Howard. En estas cuestiones, los urbanistas suponen, por ejemplo, que las calles son un medio ambiente malo para el hombre; que su abundancia es antieconómica, y solo beneficia a los especuladores en bienes raíces, pues la propiedad aumenta de valor al contar con más frente a la calle; que el comercio debe estar aparte de las viviendas y de las zonas verdes. Según esto, la demanda de productos de una barriada se debe calcular científicamente, y el espacio comercial ha de depender de estos cálculos. La presencia de muchas personas es, en el mejor de los casos, un mal irremediable, puesto que en un buen proyecto urbano debe procurarse que exista al menos la ilusión de aislamiento y de independencia. La comunidad preconcebida debe, por tanto, permanecer aislada como unidad que se basta a sí misma, y debe oponerse a cualquier cambio.

Estos conceptos son totalmente inaplicables a la vida de una gran ciudad. No cabe duda que la ciencia de la ordenación urbana se halla hoy en el mismo estado de desarrollo en que estaba la medicina cuando los facultativos cifraban todas sus esperanzas terapéuticas en las sangrías.

Ojos sobre la calle

Los reformadores se lamentan del espectáculo de la gente que deambula por las calles, se reúne en corrillos en las esquinas, se sienta frente a sus casas o frecuenta cafés y bares. "Si estas personas tuvieran hogares decentes", comentan, "o un lugar al aire libre más solitario

y agradable, no estarían en la calle".

Este juicio indica una profunda incomprensión de lo que realmente son las calles y las aceras, los más vitales órganos de toda ciudad. Y es un error fundamental que tiene relación directa con uno de los mayores problemas de las grandes urbes: la brutalidad y la delincuencia que se enseñorean de tantas y tantas calles. Lo que los urbanistas no llegan a comprender es que no es la policía quien mantiene primordialmente el orden y la tranquilidad en las calles, sino los mismos ciudadanos.

Un día, desde mi ventana de un segundo piso, presencié la siguiente escena: un individuo estaba junto a una niña de ocho o nueve años, a la que de muy diversos modos intentaba convencer para que lo acompañara. La chiquilla se resistía con la espalda apoyada contra la pared de un edificio.

Estaba yo a punto de intervenir cuando, de repente, salió una mujer de una carnicería cercana y se detuvo a unos pasos del hombre, con los brazos cruzados y gesto resuelto. En seguida se aproximó el dueño de una salchichería y se plantó del otro lado del individuo. En varias ventanas asomaron otras tantas cabezas, y observé que en mi acera el cerrajero, el frutero y el encargado de la lavandería permanecían en actitud vigilante. En pocos momentos el desconocido estaba rodeado y nadie iba a permitir que se llevara a la niña. (Felizmente, en aquella ocasión el hombre resultó ser el padre de la chica.)

Aquellos vigilantes ciudadanos forman parte de los millares y millares de personas que en toda gran ciudad defienden las calles en forma desinteresada. La colectividad observa todo lo que sucede, y entra en acción cuando es necesario, bien para dar una dirección, para pedir una ambulancia o para llamar a la policía.

¿Por qué están concurridas algunas calles, que por lo mismo se hallan relativamente libres de delitos, mientras otras permanecen desiertas y constituyen una amenaza pública? ¿Qué es lo que da seguridad a una vía pública?

En primer lugar, es necesario que haya ojos puestos sobre la calle, los ojos de los dueños de la vía pública: tenderos, vecinos, vendedores... e inclusive paseantes callejeros. En segundo lugar, esos ojos deben vigilar la calle lo más continuamente posible.

La calle debe ser bastante interesante para atraer a la gente, ya que nadie se sentaría delante de su casa, ni se asomaría por la ventana para contemplar una calle desierta. Mucha gente se entretiene con solo observar la actividad callejera. El requisito principal para ello es que exista a lo largo de la calle un número apropiado de tiendas, cafés, restaurantes y otros lugares públicos, y entre ellos algunos que permanezcan abiertos por la noche.

La mayor parte de los urbanistas rechazan todo esto. Parten de la

CORAL *la colonia que* **viste** *su presencia*

...con un toque personal y definitivo que completa su elegancia, que despierta admiración!



Elija su fragancia preferida:
EXTRA FRESCA • BOUQUET DE FLORES • LAVANDA • ORQUIDEA ...Y AHORA GARDENIA AZUL
...un nuevo, inolvidable perfume!

COLONIAS
CORAL

...son de **ATKINSONS**

perfumistas de fama mundial.

COR-26

premisa de que la gente de las ciudades busca espacios abiertos, orden y tranquilidad. Parecen opinar que los grandes grupos son indeseables, que la seguridad urbana consiste en hacer la ciudad lo más parecida posible a un suburbio residencial y que sus habitantes vivan menos apiñados.

Si así fuera, la ciudad de Los Ángeles sería una de las más seguras, porque, en lo referente a superficie, casi toda ella es una gran zona ocupada por residencias apartadas unas de otras. A pesar de esto, el índice de criminalidad de Los Ángeles es uno de los más elevados en los Estados Unidos.

En cambio las transitadas y sobrepobladas calles de mi vecindario en Greenwich Village (el barrio bohemio de Nueva York), que en una ocasión fue condenado a la demolición y que se salvó gracias a las protestas públicas, tienen uno de los más bajos índices de criminalidad de la ciudad.

Ciudades ideales para el delito

Indudablemente es absurdo construir distritos y barriadas que resulten campo propicio para la delincuencia, pero eso es precisamente lo que muchos urbanistas están haciendo. Se proyecta la reurbanización de vastas extensiones sin pensar ni un momento en la necesidad de que las calles queden vigiladas. Los lemas publicitarios anuncian que las grandes edificaciones multifamiliares son "islas dentro de la ciudad". Separadas de la ordinaria actividad callejera de la urbe que las rodea, cuentan con terreno propio donde la ley y el orden quedan a cargo de la policía o de guardias especiales.

Estos lugares son una especie de selvas particularmente propicias para la comisión de actos de vandalismo juvenil, robos y atracos. El comisario de policía del distrito donde se halla una de estas edificaciones, de la que se ufanan los urbanistas, advirtió recientemente a los residentes que se abstuvieran de permanecer fuera de casa después de oscurecer, y que no abrieran la puerta sin saber quién llamaba. Hay, inclusive, grupos urbanísticos perfectamente sitiados, protegidos por cercas y vigilados por perros de policía.

Pero difícilmente puede implantarse la civilización en lugares donde la normal vigilancia ciudadana ha sido trastrocada. Y son vanos los esfuerzos de los urbanistas cuando, en lugar de enfrentarse con el problema de la seguridad de las calles, se dedican a levantar alambradas o a crear paseos "protegidos".

En su deseo de "sacar a la gente de la calle" y de dividir las ciudades en zonas separadas y definidas en sus funciones, los urbanistas se dejan arrastrar por su tendencia a considerar la actividad callejera como algo caótico y desordenado. No alcanzan a comprender la atmósfera de confianza, tan esencial para la seguridad urbana, que se deriva del trato de la gente en la

Palat
Det Bästa
Det Beste
Det Bedste
fra Reader's Digest
Selezione
Reader's Digest
Sélection
Selecciones
Reader's Digest
リーダーズ
ダイジェスト
Das Beste
er's Digest

Las ideas unen al hombre más allá de fronteras geográficas, idiomas y credos. Cada mes, el mensaje fraterno se tiende a través de 14 idiomas, para más de 100 millones de hombres en 102 países diferentes.



La gente confía en
SELECCIONES
del Reader's Digest

calle: los que toman el aperitivo en el café o en el bar, los que charlan con el tendero o con el vendedor de periódicos, los que cambian impresiones con un conocido en la panadería o se detienen a admirar los encantos de un niño.

Esta actividad es, en su mayor parte, trivial, pero la suma total da por resultado una continua vigilancia de la calle y, por tanto, gran respeto público y confianza. Aunque a los urbanistas les parezca nimia, fortuita y sin propósito, la vida en las aceras es como los pequeños ahorros de los que puede surgir la riqueza de la convivencia urbana.

Juegos en la calle

Los CONCEPTOS ortodoxos de la urbanización se hallan imbuidos con exceso de ideas puritanas y utópicas sobre cómo ha de emplear la gente sus horas de asueto. Una de estas normas es la creencia de que los niños no deben estar en la calle. Los técnicos en estas cuestiones se lamentan de la proliferación de las "pandillas callejeras" y hacen graves advertencias acerca del peligro en que se hallan los niños indigentes de ser víctimas del siniestro ambiente del "arroyo". Para prevenir semejante corrupción, proponen parques y campos de juego que brinden a la niñez columpios para jugar, espacio para correr y abundancia de césped para su solaz.

Tan extraña fantasía persiste, no obstante la abrumadora evidencia de que las "pandillas" riñen la mayor parte de sus peleas precisamente en parques y campos de juego.

La razón es muy sencilla. Sin calles no puede haber "ojos sobre la calle". Cuando se saca de la calle a los niños y se les traslada a parques o campos de juego, lo que se hace es mudarlos de un lugar donde hay gran número de adultos a otros donde la vigilancia apenas existe.

La población infantil de las ciudades necesita un lugar donde divertirse, alejado de las zonas de recreo o los campos de deporte, porque gran parte de sus juegos se verifica en breves espacios de tiempo, por ejemplo antes del almuerzo o después de llegar de la escuela, mientras esperan la cena o antes de irse a acostar.

Las aceras sirven de escenario ideal para esos ratos perdidos, y con toda razón los niños las consideran lugar natural para una serie de diversiones fortuitas y diarias. Allí escriben con tiza o saltan a la comba, patinan o juegan a las canicas, cambian estampas o andan en zancos. Ninguna de estas cosas responde a un plan predeterminado, pues parte de su encanto está en el matiz de aventura que va unido a este callejeo, muy diferente del confinamiento en un campo de juego, por bien planeado que esté.

"Conozco Greenwich Village como la palma de mi mano", me dice con orgullo mi hijo mientras me enseña su escondite favorito, en un nicho que ha encontrado entre do

edificios, donde guarda los "tesoros" hallados en la calle cuando va a la escuela.

A medida que el niño crece, estos "juegos ocasionales" se van trasformando: pasa más tiempo con sus compañeros, aprende a conocer a la gente y la vida que lo rodea, dice piropos a las muchachas, hace payasadas. Siempre se critica a los adolescentes por esta holgazanería, pero a duras penas podrían madurar sin tal actividad. El peligro está en que la practiquen fuera de la sociedad y al margen de la ley.

Los urbanistas que piden constantemente más parques, más jardines para juegos, parecen no comprender que la hierba, el espacio y los equipos de recreo no crían a los niños. A los niños, para que luego se puedan integrar en una sociedad civilizada, solamente puede criarlos la gente.

Cuando el señor Lacey, el cerrajero, reprende a mi hijo porque casi se cruzó al paso de un automóvil, y más tarde, cuando mi marido pasa por la puerta de la cerrajería y aquel le cuenta lo que hizo el chiquillo, mi hijo recibe algo más que una simple lección de obediencia y cuidado. Aprende que, hasta cierto punto, el señor Lacey se siente responsable por él. Sería imposible que los empleados municipales o los guardias de los parques le dieran esta lección, porque la esencia de este sentimiento de responsabilidad consiste en que lo sienta uno sin estar obligado a ello por un sueldo del municipio. Es una lección que los niños solo pueden aprender cuando tienen a su alrededor adultos con quienes no les ata ningún lazo de parentesco o amistad íntima, y los ven que aceptan cierta responsabilidad por su bienestar.

Es absurdo construir las ciudades en forma tal que resulte necesario emplear guardianes de parques en sustitución de las personas mayores que normal y casualmente se hallan en la calle. El mito de que las calles son en sí dañinas, y que habría que hacerlas desaparecer hasta donde sea posible, constituye la idea más destructiva en las modernas teorías sobre urbanismo.

Parques animados

Se suele decir que los parques son "los pulmones de una ciudad", y la ordenación urbanística moderna se concibe en función de las zonas verdes y los espacios abiertos. Eso es un completo disparate. El aire —no los parques— proporciona la atmósfera adecuada a la ciudad, y una hectárea de césped no le procura más aire que una hectárea de calles.

Otro error sobre los parques es creer que son "anclas de la comunidad" que estabilizan automáticamente el valor de las propiedades. Los parques no tienen ninguna acción automática, y menos aún constituyen una garantía segura del valor de los inmuebles cercanos. Buena prueba de ello es el estado de abandono en que se hallan las zo-

nas adyacentes a muchos parques y zonas verdes.

Aunque cada parque es, en cierto modo, un caso especial, podemos observar que los parques bien utilizados, es decir, los que sirven de jardín común al público, son los que atraen a una gran variedad de personas para muy diversos usos. El destino de casi todos los parques de barriada depende, por tanto, de que estén situados en un punto donde converjan diversas corrientes de la actividad ciudadana.

Pongamos como ejemplo dos parques de Filadelfia, proyectados por William Penn hace 280 años, que ofrecen notable contraste. Ambos tenían originalmente las mismas dimensiones y muy semejante situación; sin embargo, han tenido una historia muy diferente.

Uno, la plaza de Washington, está construido en lo que fue antaño el corazón de la ciudad y es ahora el centro comercial de compañías de seguros, empresas editoriales y agencias de publicidad. Rodeado de enormes edificios para oficinas, el parque sólo ha tenido desde hace mucho tiempo una clase de usuarios: los oficinistas que allí acuden cuando hace buen tiempo a la hora del almuerzo. Como durante las demás horas del día está desierto, el vacío se ha ido llenando con una especie de plaga que generalmente ocupa el espacio vacío de las ciudades. La plaza de Washington se convirtió en un lugar perverso, y a pesar de que lo modificaron y lo renovaron par

tratar de salvarlo, hoy sigue siendo un sitio que se utiliza breve y caprichosamente.

El otro parque, en cambio, la plaza de Rittenhouse, es uno de los lugares más hermosos de Filadelfia. Su suerte está directamente ligada a sus alrededores, en los que se encuentra un club de bellas artes, una academia de música, una vieja farmacia, una iglesia, una escuela y una biblioteca. En las calles cercanas abundan las tiendas, oficinas y casas de apartamentos.

De esta variedad de edificios acude a la plaza de Rittenhouse, a diferentes horas, una gran diversidad de personas. Al comenzar el día salen algunos a dar un paseo, luego se ve a la gente camino del trabajo. Entrada la mañana acuden las madres a pasear a sus niños, y otras personas lo cruzan cuando van de compras. A la hora del almuerzo aumenta su población, y por la tarde aparecen los muchachos que salen de la escuela. Al anochecer lo frecuentan parejas de enamorados y otras personas que lo visitan con el propósito de disfrutar de la animación del lugar.

En la plaza de Rittenhouse se encuentra toda la variedad que puede ofrecer una urbe, y ayuda a entretejer, como todo parque atractivo, la vital diversidad de la población que lo rodea.

La necesidad de diversificar

A LOS urbanistas les encanta marcar y separar cuidadosamente las

diversas facetas de la vida de la ciudad: aquí un grandioso y aséptico centro cultural; allá un distrito comercial aislado. Esto tiene el atractivo de la sencillez, pero la vitalidad de las ciudades estriba en su complejidad, en la amplia variedad de ingredientes y usos, de modo que la cuestión primordial en la ordenación de ciudades es: ¿Cómo producir suficiente variedad de usos —diversidad, en resumen— en una extensión suficiente para garantizar la seguridad del público y mantener la civilización?

Aunque las ciudades son centros de fantástica vitalidad, no engendran automáticamente la diversidad por el mero hecho de existir. También pueden producir grandes trechos de inánimes zonas grises. No obstante esto, las condiciones para producir esa diversidad urbana son bastante fáciles de descubrir. Para ello basta con observar aquellos lugares donde tal diversidad florece.

Cuatro condiciones son indispensables para crear una gran variedad en las calles y en los barrios de las ciudades:

1. El barrio debe servir más de una función primordial, preferiblemente más de dos. La pluralidad de funciones que se ejecutan en un barrio debe garantizar la presencia de gente que salga a la calle a diferentes horas con diversos propósitos y que, a la vez, utilice en común muchos de los establecimientos e instalaciones.

2. Ha de tener suficientes calles y esquinas; es decir, las manzanas deben ser de extensión reducida.

3. En el barrio debe haber edificios de diferente edad y estado de conservación, con una buena pro-



Plaza de Rittenhouse, Filadelfia

porción de construcciones viejas, a fin de que haya gran variedad de alquileres. La mezcla de las diversas clases de edificios debe ser bastante compacta.

4. Tiene que haber suficiente densidad de población.

La tesis fundamental de mi trabajo es que estas cuatro condiciones son indispensables.

Como ejemplo modesto de los efectos de la diversidad en la vida económica de un barrio y de la utilización de sus calles a toda hora, ofrezco el de mi propia vecindad: la calle Hudson, de Nueva York. El continuo movimiento que allí se produce, gracias al cual la calle está protegida, se funda en muchas razones económicas. La actividad de la zona comienza a primera hora de la mañana. El yerno de Joe Cornacchia apila los cajones vacíos de la tienda de comestibles; luego el señor Goldstein abre la ferretería. Empiezan a pasar los muchachos camino de la escuela. Más tarde las mujeres salen y aquí y allá pausan para una breve conversación camino del mercado. Al mediodía, los obreros y empleados de una asombrosa variedad de industrias —laboratorios, frigoríficos y almacenes, un extraordinario número de fábricas pequeñas, imprentas y otras industrias modestas— contribuyen a dar animación y actividad a los restaurantes y demás establecimientos del lugar.

Gracias a esta clientela, quienes vivimos en esa calle contamos con más y mejores restaurantes, más servicios, más concurrencia de gente y más variedad de la que tendríamos a nuestro alcance si estuviéramos solos. Y los que aquí trabajan cuentan, gracias a nosotros los vecinos, con una serie de facilidades que no podrían tener por sí mismos. Juntos, trabajadores y vecinos, por medio de una espontánea cooperación económica, mantenemos todos estos servicios, y juntos somos capaces de producir más.

Observemos, en cambio, el extremo sur de Manhattan, distrito que posee únicamente la función primaria de servir de centro mercantil e industrial, que sufre, por tanto, de extremo desequilibrio en su utilización. Unas 400.000 personas trabajan allí, en la zona de Wall Street, en empresas navieras, oficinas federales, estatales y municipales, bufetes de abogados y compañías de seguros, etcétera; durante las horas de oficina se congregan otras muchas personas en esa zona para realizar diversas gestiones.

Resulta enorme el número de usuarios para un terreno tan reducido que a cualquier parte de él podría llegarse a pie; hay, por otra parte, una gran demanda de comidas y otros productos. A pesar de ello el distrito deja mucho que desear en lo que respecta a la provisión de esos servicios. Tanto los restaurantes como las tiendas resultan totalmente inadecuados en número y variedad. La vida cultural brilla por su ausencia.

Estos negocios tienen que realizar sus actividades comerciales en

el trascurso de dos o tres horas al día, y esta limitación de tiempo repercute muy desfavorablemente en los resultados económicos de cualquier empresa. Con el fin de cubrir gastos y obtener alguna ganancia, los restaurantes se ven obligados a explotar, hasta donde les es posible, a la muchedumbre que acude a ellos a mediodía. Otros establecimientos logran a duras penas sobrevivir a fuerza de reducir excesivamente los gastos generales.

Al contar con servicios cada vez más reducidos, la zona resulta menos atractiva para los negocios, y empresa tras empresa la abandona para irse a la parte media de Manhattan, que por ofrecer mayor variedad de usos se ha convertido en el verdadero centro de la ciudad. A su vez, estas deserciones han mermado lo que constituía antes la mayor ventaja de la zona: la facilidad para hacer negocios; de modo que actualmente los bufetes de abogados y las empresas bancarias abandonan el lugar para estar más cerca de aquellos clientes que lo abandonaron antes que ellos.

Los edificios antiguos son necesarios

Las ventajas que ofrecen las manzanas cortas son evidentes, pues es más fácil circular por ellas, y como tienen más esquinas y calles para uso de más personas, brindan mayor facilidad para comprar, comer, ver cosas o tomar un aperitivo. Por el contrario, las manzanas largas separan, en el sentido literal de la palabra, a unos ciudadanos de otros y reducen radicalmente la actividad económica, pues no animan a los comerciantes a probar fortuna e impiden que sobrevivan muchas empresas pequeñas que dependen de la gente de paso.

Otra condición indispensable de la vitalidad urbana es la presencia de edificios antiguos, con modestos alquileres, e inclusive de algunos en estado ruinoso. Tanto necesitan las ciudades de edificios viejos, que bien podría decirse que, sin ellos, los barrios en general y las calles en particular no podrán crecer, probablemente, con el vigor necesario.

En las zonas integradas únicamente por edificios nuevos no puede haber más empresas que las capaces de soportar el costo de las nuevas construcciones. Los supermercados, los bancos, los restaurantes caros y los grandes establecimientos pueden pagar los elevados alquileres de los edificios nuevos, pero las librerías, las tiendas de antigüedades y los cafés y restaurantes modestos rara vez podrán permitírselo. Los establecimientos que más contribuyen a dar ambiente cultural a una ciudad (estudios y galerías de pintura, tiendas de instrumentos musicales, de materiales para artistas), casi siempre ocupan edificios viejos. Centenares de empresas que forman la intrincada trama de la civilización y cuya existencia ayuda para que las calles sean seguras, logran prosperar en los edificios antiguos, pero pere-

cen inexorablemente cuando tienen que pagar los alquileres de las nuevas construcciones.

En cierto modo, el distrito próspero es como un granero en cuanto a su construcción se refiere. Cada año se reconstruyen algunos de los edificios más viejos, y otros se remplazan por nuevas edificaciones. Con el trascurso de los años se obtiene una constante mezcolanza de edificios de todos los tipos y edades. En este dinámico proceso, los edificios caros de una generación se convierten en las gangas de la siguiente y en vivero de nuevas empresas comerciales.

Las residencias y los almacenes viejos que abundan en el distrito de Brooklyn, en la ciudad de Nueva York, han dado por resultado una extraña y reveladora estadística comercial. Cada año abandonan Brooklyn más fábricas que las que se trasladan allí; sin embargo el número de fábricas aumenta constantemente. Una tesis presentada en el Instituto Pratt explica esta paradoja:

"El secreto consiste en que Brooklyn es un vivero de industrias. Un par de mecánicos se cansan de trabajar a sueldo y deciden establecerse por su cuenta en la parte trasera de un garaje. El negocio prospera y crece; al poco tiempo se mudan a un desván que alquilan; más tarde adquieren un edificio propio. Cuando este resulta inadecuado, lo más probable es que se trasladen a otra zona. Pero en el intervalo se habrán iniciado allí unas cincuenta o cien empresas parecidas".

El oculto potencial de los barrios bajos

Preocupadas por el estado de indigencia de los barrios bajos, las autoridades municipales cifran a menudo sus esperanzas en "atraer de nuevo a la clase media a dichas zonas". Sin embargo, la verdad es que las ciudades tienen capacidad para crear en los barrios bajos su propia clase media. Ha sucedido una y otra vez a lo largo de la historia, y es la forma más segura de eliminar el azote que constituyen estas zonas subdesarrolladas.

¿Cómo suprimir los barrios bajos? Para contestar esta pregunta hay que considerar un hecho fundamental: la economía urbana, si funciona bien, trasforma constantemente a los pobres en individuos de la clase media, y a los analfabetos en personas instruidas.

Por paradójico que sea, para suprimir la miseria de los barrios miserables hay que dejar en ellos una parte considerable de su población, especialmente a los residentes y comerciantes más acreditados, así como a muchos otros que progresan con lentitud. Muchos de ellos prefieren quedarse porque se sienten identificados con la gente de la vecindad. Esto contradice radicalmente las ideas ortodoxas en la reurbanización, y explica por qué los barrios miserables superan muchas veces su miseria sin que la

gente se dé cuenta de este hecho.

Condición fundamental para que desaparezcan los barrios bajos es que haya seguridad en las calles. En las barriadas cuyas vías públicas están desiertas y ofrecen peligro, no puede producirse un cambio de vida. Y ahí es donde los urbanistas pueden ser de utilidad, pero no demoliendo y erigiendo gigantescos bloques de edificios, sino procurando que el medio sea más favorable, haciendo, por ejemplo, manzanas más cortas y distribuyendo mejor calles y aceras.

Rara vez, por desgracia, se brinda este tipo de ayuda. No obstante, muchos barrios bajos superan sus adversos comienzos, y llegan a crecer en ellos poblaciones densas y activas. En ese momento es cuando suelen aparecer las primeras señales de saneamiento. Los vecinos comienzan a manifestar interés y afecto por su barriada y, pasando por alto sus defectos, la consideran como un distrito valioso e irremplazable. Cuando hay suficientes vecinos que sienten ese orgullo y se da a la barriada el tiempo necesario para evolucionar, esta adquiere gradualmente el vigor de una comunidad integral. Con el tiempo sus raíces se ahondan, produce ciudadanos dirigentes y común voluntad de afrontar los más serios problemas.

Renovemos los edificios y dejemos a la gente

Desgraciadamente a pocas comunidades se les da el tiempo suficiente para desarrollar esa estabilidad y ese vigor. Con mucha frecuencia comienza la renovación espontánea, pero pasa inadvertida y luego vienen a destruirla los grandiosos proyectos de reurbanización.

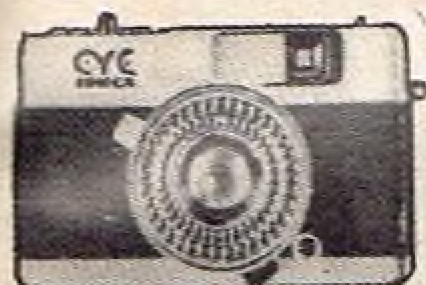
A menos que salgamos de este error y fomentemos su renovación espontánea, los barrios bajos nunca podrán evolucionar. Afortunadamente hay motivos para pensar que, al menos algunos proyectistas, comienzan a reconocer esta necesidad. Stanley Tankel, de la Asociación de Planificación Regional de Nueva York, ha propuesto una revisión de las prácticas que se aplican actualmente para la supresión de los barrios bajos:

> "¿Por qué hasta ahora no se nos había ocurrido que acaso los barrios bajos contengan en sí mismos algunos de los ingredientes que definen una buena política de la vivienda?" ha preguntado Tankel. "Estamos descubriendo que muchas familias residentes en esos barrios no siempre salen de ellos cuando aumentan sus ingresos; y a estas personas (créase o no), como a la mayoría de los mortales, no les agrada que se les arroje de su vecindad.
>
> "Para nuestros próximos actos necesitamos mucha humildad, ya que ahora estamos demasiado predispuestos a confundir los grandes proyectos con las grandes realizaciones sociales. Será necesario reconocer que la creación de una comunidad está fuera del alcance de la imaginación humana. Debemos aprender a apreciar las co-

Con KONICA

















. . . en la familia
paseos
vacaciones:

Se graban "sus" momentos



7 CAMARAS AUTOMATICAS QUE ASEGURAN 100% FOTOS PERFECTAS

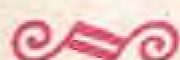
modelos para todos los presupuestos

REPRESENTA • IMPORTA • DISTRIBUYE... Y GARANTIZA

fotimport s.a.c.e.i.
ENTRE RIOS 695 BUENOS AIRES

munidades que tenemos, pues no son fáciles de lograr. *Renovemos los edificios, pero dejemos a la gente. No mudemos a nadie fuera de su vecindad*. Estos deben ser nuestros lemas".

Las ciudades son, por sí mismas, grandes laboratorios donde se experimentan los éxitos y los fracasos de la construcción; de estos laboratorios deben extraer los urbanistas sus ideas y allí han de ponerlas a prueba. Si así lo hacen, y si olvidan sus nociones preconcebidas, sus viejas teorías y simplificaciones, las grandes ciudades florecerán como nunca.



Charlas y parlas

Oído por allí. ¿Has probado el coctel Feria Mundial? Con dos que te tomes, tú mismo das un espectáculo. (E. W.) . . . Es uno de esos amigos con quienes se puede contar: está siempre a mano cuando necesita de uno. (G. F. C.)

Versos cojos. Si pretendes que escuchen tus palabras, haz de lado la rebosante copa, que si el licor el espíritu alegra, la lengua vuelve luego como estopa. (W. C. M. N.) . . . Aunque la voz sea muy dulce y llena de persuasión, me irrita y me enfurece, me colma de indignación que así diga: "Acaba usted de oír una grabación". (B. J.)

Juegos malabares. La manera más fácil de determinar el costo de la vida es tomar nuestros ingresos y agregar un diez por ciento. (G. F. C.) . . . Una exención de contribuciones resulta tan grata como ser blanco de un tiro que falla. (*In a Nutshell*)

Comentarios. Desde que hay bar en los teatros, son más los que llegan tarde al segundo acto que al primero. (S. A.) . . . Para decirlo en dos palabras no hay como la imprevista llegada del jefe. (*TVA Safety Bulletin*) . . . Uno ha comenzado sin duda a envejecer cuando prefiere que el nuevo calendario traiga números grandes en lugar de muchachas bonitas. (*The Wall Street Journal*) . . . Conozco a alguien que logró afeitarse 87 veces con una misma hoja: es un chico que tiene nueve años de edad. (O. J.) . . . La automatización no reduce el papeleo: se limita a perforarlo. (C. A. A.)

Letreros. En un aparcamiento muy congestionado habían pegado al parachoques trasero de un automóvil un letrero que decía: "¿Le costó trabajo estacionarse? Apoye pues la limitación de la natalidad" (M. L.) . . . En un expendio de hierro viejo: "Motores, aparatos eléctricos, neumáticos. Pintores modernos, bienvenidos". (G. J.)

Sammy, la foca veleidosa

CONDENSADO DEL LIBRO* DE

Nina Warner Hooke

Sammy, la foca veleidosa



Era una criatura de los mares cuando apareció de pronto en la costa meridional de Inglaterra, en la primavera de 1961. Al llegar el otoño se fue tan misteriosamente como había venido, aunque no sin dejar muestra, durante un verano memorable, de su afición a la compañía de los seres humanos. Se gozaba con su admiración y su aplauso, nadaba entre ellos y hacía mil gracias con amigable exuberancia. Por fortuna su mejor compañera fue la novelista inglesa y autora dramática Nina Warner Hooke, que ha consignado esta peregrina aventura en *The Seal Summer*, con afecto, respeto y hondo sentimiento de la belleza natural.

HAY EN LA costa meridional de Dorset, a corta distancia de mi aldea, una ensenada que llaman la caleta de Chapman. Es un lugar agreste, frecuentado en verano por pescadores y turistas, pero desierto todo el resto del año.

La caleta mide 400 metros en su parte más ancha. En torno de ella las rocas pizarrosas forman un semicircular acantilado. La única vía de acceso, desde tierra, son los resbaladizos senderos que, partiendo de un promontorio de 120 metros de altura, descienden por entre una barranca. La playa, de arenas gruesas y guijas tendidas en delgada capa sobre lajas de pizarra, está sembrada de pedrejones y de residuos de cosas que las mareas dejaron en la orilla.

Bajo los cielos invernales el paisaje es de una sombría desolación. Pero en un día luminoso del estío, con el azul intenso de sus aguas —zafiro de argentado engaste—, la caleta es lugar de ensoñador encanto.

Parece que las horas detuvieran su curso. Todo reposa en plácida quietud interrumpida apenas por la momentánea aparición del pez que emerge de la superficie del agua o del cuervo marino que hacia el agua abate el vuelo. De lo profundo del silencio se insinúa el murmullo de las conversaciones que sostienen los pescadores durante la faena o el agudo chillido que un halcón ha lanzado en el cerro.

Había sido esta ensenada para mí el lugar más apetecible de cuantos hay por los alrededores. Pero ahora vacilo al pensar en visitarlo. Me duele saber que ya no estará allí la amiga que tan dolorosamente echo de menos, aquella criatura del mar que hendía veloz las ondas para acudir a mi llamada. Hace cuatro años fue esa ensenada testigo de una amistad tan agradable como extraordinaria. Porque mi amiga era una foca.



La caleta de Chapman, lugar agreste, de playa sembrada de pedrejones.

El primero que advirtió su presencia en estas aguas fue el pescador Sid Lander. Un día de principios de mayo de 1961 estaban él y su hijo Alan calando banastas cangrejeras a unos 700 metros mar adentro cuando a un costado del bote asomó de pronto la foca. Como si la hubiera asustado la proximidad de los pescadores, se alejó a prudente distancia y, sentándose

sobre la cola, con parte del cuerpo fuera del agua, se puso a mirar lo que estaban haciendo.

Si cualquiera de los dos la hubiese amenazado con la voz o el ademán, no estaría yo escribiendo este relato. Pero no fue así. Antes bien, Alan tiró hacia donde estaba la foca una de las pescadillas que traían para cebar las banastas. Y la foca buceó al instante para atraparla.

A los dos días la vieron de nuevo; esta vez echada en una laja, cerca de la playa. Un amigo que sabe cuánto me interesa la fauna salvaje me avisó por teléfono, y me puse en camino para la caleta. Aquella tarde de primavera hacía frío; estaba plomizo el cielo; flotaban en los cerros jirones de niebla. Encontré en la playa un grupito de gente tiritando y desilusionada. De la foca, ni rastro.

Desde una caseta de botes cercana a la playa, Percy Wallace, del cuerpo de guardacostas y pescador a ratos, nos dijo a voces: "Por aquí anduvo hoy de mañana, y se volvió al mar. No creo que esté lejos. Tal vez llamándola . . ."

"¡Hoolaaa . .. !"

"¡Miren!" gritó de pronto alguien señalando hacia el mar.

A lo lejos, en la entrada de la caleta, acababa de asomar un bulto de lustrosos contornos. Al principio no se movía. Después avanzó poco a poco hacia nosotros. A unos cuatro o cinco metros se detuvo. El pesado cuerpo sobresalió a medias del agua, sostenido sobre las extremidades anteriores. Veíamos claramente los ojos, grandes, de mirada benigna y serena; la roma nariz cuya negrura resaltaba contra el gris con visos plateados de la cabeza.

Lo extraño del caso me dejó suspensa de asombro, ajena a cuanto me rodeaba, fija la vista en la criatura que tenía frente a mí. Mediría metro y medio de la punta del hocico a la de la exigua cola que apuntaba entre las dos aletas posteriores. Abría y cerraba alternativamente las anchas fosas nasales. Los largos bigotes blancos eran gruesos y ásperos. Tenía en vez de orejas redondos agujeros. El globo del ojo parecía curiosamente achatado, la pupila grande y el cristalino de bastante espesor. Al abrir la boca mostraba una dentadura formidable.

En el borde de las aletas sobresalían cinco negras y lustrosas uñas no retráctiles, parecidas a las garras del oso, pero más pulidas y menos afiladas. (Más adelante eché de ver cuán diestramente las usan las focas para sujetar al pez en que han hecho presa, alisarse el pelaje o afianzarse en las resbaladizas peñas.)

"No será mucho el tiempo que se quede por estos lados", dijo Percy. "A las focas les gustan los lugares solitarios. En cuanto empiece la temporada del turismo y se llene esto de gente, se asustará y huirá de aquí".

Percy Wallace estuvo completamente equivocado. Lo que atraía a esa foca a la caleta —y lo que la

retuvo allí cerca de seis meses— fue su afición a verse en compañía de la gente. Por qué era esto así es un enigma que ninguno de nosotros llegó a explicarse. No abundan los casos de animales salvajes que espontánea y libremente se amisten con el hombre. Uno reciente y muy conocido es el de Elsa*, la leona africana.

A la mayoría de las focas las ampara durante la época de la cría la legislación de caza y pesca; pero ni aun este corto respiro suelen darles los pescadores que hacen gran mortandad en ellas. Así pues, que nuestra foca pecase de confiada, o que la curiosidad pudiese en ella más que el miedo a la gente, es algo que ignoro. Lo que sí sé es que en aquel verano nos proporcionó a mí y a muchas otras personas ratos de alegre camaradería y, al mismo tiempo, una ocasión única de enterarnos de su naturaleza y de su modo de vida.

"Perrito lindo"

—La foca se pasó ayer todo el día en la playa —me dijo Mary Hickman a principios de la semana siguiente—. Salió a tierra y vino a echarse a mi vera. Cuando se le secó el pelaje, parecía de terciopelo apolillado. Al ver que Percy se alejaba de la orilla en su chinchorro, se echó al agua y nadó tras él. A cada rato se zambullía para pasar por debajo de la quilla y asomar de pronto por la otra banda. En esto llegaron a la playa dos personas más, y la foca se volvió en seguida a tierra y se les acercó. Me preguntaron si sería arriesgado acariciarla, y les aconsejé que no lo hiciesen.

Como para mí era también motivo de preocupación hasta dónde era prudente llegar en las demostraciones amistosas con la foca, armada como estaba de dientes tan afilados como navajas de afeitar y de unos colmillos de 2,5 centímetros de largo, le dije a Mary:

—El día menos pensado puede ocurrírsele a algún tonto darle unas palmaditas a la foca, y si ella le responde con un mordisco, ya sabemos lo que podría suceder...

—No faltaría quien le pegase un tiro a la foca.

—Claro que no.

Al otro día, en cuanto Mary y yo llegamos a la caleta, la foca vino nadando hasta la orilla. A los pocos minutos de haber tendido nosotras en la playa las mantas y hallarnos acomodadas, salió a tierra y se acercó, un sí es no es recelosamente, a unos dos metros de donde estábamos. Era emocionante ver a este animal salvaje venir a saludarnos como a amigos a los que hubiese estado esperando.

—¡Hola! —le dije—. Encantadas de verte. ¿Cómo te va?

Respondió batiendo la exigua cola en tanto que la actitud del esbelto cuerpo revelaba inequívocamente gozosa expectación. Desde el primer

---

*Véase *Nació para ser libre*, en Selecciones de octubre de 1960.

momento le había hablado de manera normal, no en la forma absurda que con frecuencia se emplea al dirigirse a los animales. La mayoría de las personas que tuvieron relación con ella hicieron otro tanto, probablemente porque sentían que en esa foca había algo de humano.

Estaba tranquilamente echada, a corta distancia de mí, cuando me aventuré a tender poco a poco la mano hacia ella en amistosa tentativa de acercamiento. Instantáneamente pegó un respingo y me miró con ojos muy abiertos y vigilantes.

—No me arriesgaría yo a hacer eso —me dijo Mary—; al menos sin haberme puesto unos guantes muy gruesos.

Comprendí que mi amiga tenía razón. Un mordisco de aquellas mandíbulas sería de cuidado, y de relámpago la rapidez con que la foca daría la tarascada. Desistí, pues, de nuevos intentos. Minutos después la foca se apartó de nosotras para ir a echarse a unos 30 o 35 metros de distancia en unas peñas lisas que le ofrecían cómoda cama.

Al poco rato bajó a la caleta un matrimonio amigo de Mary, los Wright. Su hija, niña de cuatro años, se adelantó a ellos para ser la primera en correr a la playa... y en derechura a la foca. Aunque Mary y yo nos pusimos en pie pidiéndole a voces que se detuviese, no valió de nada. Vimos muertas de horror que se dejaba caer en la arena al lado de la foca y empezaba a besarla y a echarle encima los bracitos. Era evidente que la había tomado por una especie de perro de gran tamaño, porque cuando llegamos estaba acariciándola mientras le decía: "Perrito lindo, mi perrito lindo".

La foca, por su parte, daba claras señales de estar contentísima. Teniendo estrechamente abrazada con las aletas a su amiguita, emitía una especie de quejumbroso arrullo. En vista de que mostró instantáneo resentimiento y enojo al tratar nosotras de quitarle a la niña, nos pareció más prudente dejar tranquilas a las que tan a gusto se hallaban. Juntas y retozando a más y mejor estuvieron casi toda esa tarde las dos inseparables compañeras.

Juegos y bromas

A PRINCIPIOS de la segunda quincena de mayo la foca era diario visitante de la caleta, en la cual la veíamos nadar de orilla a orilla, tomar el sol echada a flor de agua en los lugares de poco fondo o en una peña, su preferida, que dejó descubierta la bajamar. Para entonces estaba yo al tanto de que nuestra consentida era un macho de foca gris (especie denominada científicamente *Halichoerus grypus*), que tenía de 18 a 19 meses de edad, y todas las características de un animal salvaje. Las cicatrices que le corrían a lo largo del hombro izquierdo debían de ser recuerdos de las riñas con otros machos, pues, según supe, pelean como de-

monios, y hasta en sus retozos son bastante rudos.

Así y todo, la actitud de esta foca era tan amistosa que casi ninguno de nosotros temía acercarse a ella y acariciarla. Le gustaba que le pasasen la mano por la barriga y le hiciesen cosquillas en las aletas anteriores. Muy dispuesta siempre a darnos a entender lo que deseaba, se tendía boca arriba y agitaba una aleta hasta que alguien le hacía caso. Para que reparásemos en ella, giraba sobre sí misma a tiempo que, levantando ambos extremos del cuerpo, quedaba en posición semejante a la de una bailarina de ballet que danzase apoyada en el vientre. Al sentirse aburrida, se mordía las uñas o bostezaba tapándose delicadamente la boca con una de las aletas.

No cabía duda de que podíamos estar seguros de su mansedumbre, por las constantes muestras que de ello daba en tierra, pero ¿qué tal se portaría al ver a los bañistas invadiendo su propio elemento? Al hablar de esto unos cuantos de nosotros cierta ventiscosa mañana, mientras la foca estaba tendida a nuestros pies, convinimos en que la única manera de averiguarlo era que alguno de los del grupo saliese a nadar para ver qué sucedía. Acto seguido echamos suertes con unas piedrecillas de diversos colores, y me tocó a mí hacer la prueba.

Me puse el traje de baño y me encaminé a un banco de rocas en que el agua me daba a la cintura. Apenas me vio allí, la foca dio el chapuzón, para quedarse luego mirándome como en espera de que tirase un palo o un puñado de algas para que fuese a traérmelo. Aunque nadie la había ejercitado en eso, salía de ella misma hacerlo. Cuando yo dejaba de tirarle algo, parecía interrogarme con la mirada. Deslizándome del banco, me acerqué a ella.

Su primer movimiento fue de estupefacción. Saltaba a la vista que había creído que nosotros éramos animales exclusivamente terrestres. La recelosa fijeza de su mirada se trocó luego en júbilo. Nadó cerca de mí, me rodeó el talle con las aletas, me apoyó el hocico en el cuello a la vez que emitía la especie de extraño arrullo quejumbroso que, por lo visto, denotaba emoción. Apartándola de mí con suavidad, empecé a dar zambullidas y chapoteos para demostrarle que podríamos retozar en el agua tan guapamente como en tierra. Al percatarse de esto, enloqueció de alegría. Buceó, se sobreaguó, volteó como una marsopa; nadando en derredor mío, me agarró con la boca por un brazo para tirar de mí hasta que quedamos cara a cara bajo la superficie del agua.

Tan divertidos les parecieron tales retozos a las personas que desde la orilla los presenciaban que una tras otra fueron arriesgándose a tomar parte en ellos. Fuera de sí de contento, la foca iba de uno a otro de los recién llegados, repartía abrazos y topetazos entre todos nosotros, se zambullía para mordiscar-










nos los pies o para darnos un empellón que nos hacía saltar como un corcho fuera de la superficie del agua.

Culebreaba, se deslizaba, daba vueltas de campana la lustrosa y acrobática foca al retozar entre nosotros. Nos hacía chillar al rozarnos con los cerdosos bigotes; nos oprimía de pronto un tobillo o una pantorrilla entre las vigorosas aletas. No tardó en descubrir que con un empujón diestramente aplicado en las corvas nos derribaba; y logrado esto, al tenernos zambullidos asomaba por encima de nuestros hombros para mirarnos cabeza abajo, con ojos chispeantes de travieso júbilo.

Exhibicionista incontenible

Ese año hizo un tiempo muy caluroso en todo el mes de junio, lo cual, unido a la publicidad que dio la prensa a la foca de la caleta, atrajo crecido número de visitantes. Llegaron, vieron, se encantaron. Y la foca se encantó con ellos.

Perfectamente acostumbrada al público, se regodeaba en la admiración y los mimos de que era objeto. Por cierto que, durante una temporada, la envanecieron hasta el punto de que empezó a portarse como un muchacho malcriado. Corría atropelladamente de aquí para allá sin importarle a qué niño hacía caer al suelo; se metía chorreando



Una de sus diversiones era hacerle creer a la gente que podía flotar . . . en una cuarta de agua

agua por entre las personas que estaban merendando en la playa; tiraba dentelladas a los perros; asustaba a las señoras ancianas.

"¿Qué hacen que no llaman a ese animal?" preguntó una vez un bañista que la tomó por un perro mal educado.

Estuvo en verdad insoportable la foca. Quería ser el objeto de todas las miradas, y empleaba diversos medios para conseguirlo. Cogía manotadas de algas y las tiraba por alto. Moviéndose a uno y otro costado echada boca arriba, palmoteaba con las aletas como hacen en los circos los leones marinos* amaestrados, al aplaudir el número que acaban de ejecutar sus compañeros. Si con esto no conseguía que reparasen en ella, agarraba la manga de la chaqueta o blusa, el ruedo de la falda o la pernera del pantalón que le quedase más cerca, y tiraba de ello hasta que la persona que tenía puesta esa prenda acababa por hacerle caso a la foca o por desgarrarse la tela. Como último recurso al haberle fallado todo lo demás, rompía a gritar. Ese grito —especie de ladrido lamentoso que la Naturaleza le dio para que fuese audible por encima del estruendo de olas y vientos—, al llegar a oídos de cuantas personas andaban por la caleta, hacía que acudiesen corriendo a ver qué era lo que estaba sucediendo.

*La foca que suelen amaestrar para los circos no es la gris *Halichoerus grypus*, sino la *Otaria jubata*, llamada león marino, leona de mar, y también foca.

Me habían dicho que el buen adiestrador de animales nunca los castiga ni siquiera reprende: los premia cuando se portan bien y hace la vista gorda cuando cometen una falta. Con esta foca no habría servido de nada el castigo; amortiguado por la espesa capa de grasa que tenía debajo de la piel, un buen manotazo lo hubiera sentido como cariñosa palmadita. Así pues, cuan-



Tiraba de la falda, manga o pantalón hasta que le hacían caso.

do veíamos que empezaba a molestar a las personas que estaban en la playa les aconsejábamos que, sin hacerle caso, le volvieran la espalda. Muchas veces surtió efecto. La foca era muy sensible a los desaires, y al notar que estaba de más se marchaba dando claras

muestras de que se sentía ofendida.

Afortunadamente, hacia mediados de junio se había vuelto más sosegada; en lo único que aún nos daba que hacer era en ladrarles a los perros. Se mostraba más exigente en la elección de las personas con las que quería hacer amistad. Antes que a las que permanecían en la playa, prefería a las que iban a nadar, y de estas, a las que no le tenían recelo. Como es de suponer, se hallaban en minoría. A quien nunca se ha visto cerca de una foca salvaje le es difícil convencerse de que pueda no ser peligroso un animal de ese tamaño, con semejantes colmillos, y al que no se le da nada de agarrarlo a uno por un brazo o por una pierna. Pero solamente en una ocasión mordió a alguien la foca, y esto sin haber querido hacerlo, pues sucedió que, teniendo agarrado a un hombre por el antebrazo, la asustaron y apretó instintivamente las mandíbulas. (Quiso la buena suerte que el hombre fuese uno de los bañistas que más encariñados estaban con la foca.)

Poco a poco fue adoptando esta un airecillo de vanidosa afectación, que era notoria en su actitud frente a los fotógrafos. Había acabado por comprender que el chasquido del pequeño objeto metálico era señal de que debía quedarse donde se hallara y permanecer inmóvil. Y lo hacía a maravilla, asumiendo una postura de mundana indiferencia como la que suele verse en las modelos de modas.

Le gustaba apasionadamente la música. Cierto día una jovencita que había llevado consigo una flauta se puso a tocarla para que la oyese. Apenas sonaron las primeras notas, se echó al lado de la joven, le reclinó la cabeza en una rodilla, entrecerró los ojos y quedó como soñando mientras movía leve y acompasadamente la cabeza. No bien cesó la música recobró su habitual inclinación a la travesura y empezó a pedir que la acompañasen en los jugueteos de los que nunca parecía cansarse.

Los diarios de la localidad habían publicado con frecuencia noticias acerca de la foca, a la cual conocían ahora en una extensa porción del litoral con el nombre de "Sammy". A quién se le ocurrió llamarla así, nunca lo supimos. Pero Sammy le pusieron y con Sammy se quedó, lo que en fin de cuentas era preferible a llamarse *Halichoerus grypus*.

Un trasunto del Edén

A NINGUNO de nosotros nos agradaba que, al solazarnos con Sammy, hubiésemos de hacerlo únicamente en lugares de poco fondo. Pero no teníamos idea de cuál sería el comportamiento de la foca al verse nadando con los bañistas en aguas de alguna profundidad; y nos pareció prudente ensayar antes de arriesgar. Para prevenir cualquier riesgo durante el ensayo era menester proveernos de cinturón salvavidas, de una soga bastante

LA MEDICINA EN EL ANTIGUO EGIPTO—de la serie de pinturas titulada "Historia de la Medicina", © 1958-1959, Parke, Davis & Company.

Grandes Epocas de la Medicina

Un médico egipcio del año 1500 antes de J. C., vestido de inmaculado lino y cubierto con la peluca que correspondía a su dignidad, atiende a un paciente con síntomas de tétanos. Para combatir enfermedades tan temibles como ésta, este venerado profesional contaba solamente con su propia habilidad, criterio y experiencia.

En la actualidad, 3500 años después, gracias a los adelantos de la investigación farmacéutica, el tétanos ya no inspira terror. El médico moderno cuenta con eficaces agentes inmunizantes para protegernos de esta enfermedad, así como de la poliomielitis y otros azotes infecciosos.

Los hombres de ciencia de Parke-Davis se enorgullecen de su participación en la evolución de la medicina moderna, y de contribuir a mejorar la salud y prolongar la vida humana.



PARKE-DAVIS *Mejores medicamentos para un mundo mejor*

larga, y contar con el chinchorro a bordo del cual irían tres personas mientras otras dos se hallarían en el agua. Todo lo arreglamos como era debido. Pero en el tercer fin de semana de junio, al reunirnos en la caleta, no apareció Sammy por parte alguna.

La ausencia de la foca nos intranquilizó. La lancha de un sindicato pesquero andaba en esos días por aguas del litoral calando redes; mal lo pasaría si le echaban la vista encima. Al día siguiente se desvanecieron, sin embargo, mis temores, pues al volver a la playa divisé a Sammy que flotaba al socaire de unas peñas en la entrada de la caleta. Llamé y acudió en seguida.

La caleta estaba desierta, salvo por nosotras dos. La mañana, en aquellas primeras horas, era promesa de un hermoso día. Bajo el azul de un cielo sin nubes, la tersa superficie del agua espejeaba como bruñida lámina.

Me senté en la orilla y la foca recostó la cabeza en mi regazo. La tenía soñolienta el calor. A poco de estar acariciándola se quedó dormida. Estremecía de cuando en cuando las aletas y erizaba el bigote como si, en sueños, estuviese persiguiendo congrios. Un cuervo marino abatió el vuelo cerca del amarradero. Sammy lanzó un leve ronquido y acomodó la cabeza más adentro en mi regazo.

De súbito se me ocurrió que podría ensayar *inmediatamente* y yo

Le encantaban los baños de sol. Echada en la orilla del agua o en su peña favorita, pasaba horas tomando el sol. Al quedar reseca su piel, parecía un alargado almohadón de felpa.



sola lo que pensamos hacer el día anterior. Me dije que llevarlo a cabo según se había proyectado, con tantas precauciones, no estaría bien porque revelaba desconfianza. La foca sabe —seguí razonando conmigo misma— que por tener yo la piel más delgada y el cuerpo más vulnerable que el suyo me haría daño al no tratarme con moderación en sus juegos. Únicamente puede haber comprendido esto por la señal con que yo se lo he dado a entender. Y de igual modo comprenderá que cuando nademos juntas no debe asirme de las piernas.

Apartando con suavidad de mi regazo a la dormilona, saqué del maletín el traje de baño, las aletas de bucear, me desnudé y procedí a ponerme ambas cosas. Si yo estaba equivocada —vale decir, si la foca quería tirar de mí hacia el fondo para que la acompañase en una larga zambullida— siempre me quedaría el recurso de sacudírmela de encima y volverme en seguida a la superficie.

Sammy seguía durmiendo al entrar yo en el agua. Me hallaba ya nadando a 50 metros de la orilla cuando despertó y vino en busca de mí. A los pocos segundos asomaba en frente para quedarse mirándome como si no acabase de entender lo que estaba viendo. Seguí nadando. Salió disparada para adelantárseme y quedar nuevamente de cara a mí. Apoyadas las aletas en el vientre y dilatados los ojos por el asombro, parecía un aya consternada por las peligrosas travesuras del niño. No era menester que hablase para que yo supiera que estaba diciéndome: "¿Te parece bien esto? ¿Por qué te alejas tanto de la orilla?"

Súbitamente la expresión de su rostro me reveló que una nueva relación nos uniría de allí en adelante. Ladró con júbilo, describió veloces círculos nadando en derredor de mí, dio una vuelta de campana invertida, buceó en picado con increíble celeridad, ejecutó al reaparecer una serie de estupendas acrobacias.

Cuando nadé hacia el centro de la caleta, donde hay seis o más metros de profundidad, nadó a la par de mí, pero sumergida a unos dos metros de la superficie. La trasparencia del agua me permitía distinguirla. Iba con la vista fija en mí. Los ojos y la nariz eran tres puntos de un imaginario triángulo circundado por la blancura de los bigotes. Sin que, en apariencia, se hubiese apresurado, salió de repente disparada, buceó mientras giraba sobre sí misma dando media vuelta y describió un arco de círculo para venir a quedar debajo de mí, pero con la cabeza hacia el fondo. En esa posición buceó más y la perdí de vista.

Al volver me encontró descansando tendida de espaldas en el agua. Se acercó y se tendió a mi lado. Así quedamos, flotando en las olas serenas y claras. En la distancia se empequeñecían los cerros; semejaba la orilla una hoz bronceada que se iba alejando. Sólo quedó

al fin la inmensidad del cielo y del mar, y nosotras dos en ella, en el sosegado contento de nuestro compañerismo. Como al acercarnos más el oleaje extendiera yo la mano para dejarla descansar en una aleta de la foca, volvió ella hacia mí la cabeza y detuvo en la mía la mirada.

Sentí que de ignotas profundidades me llegaba algo así como un poderoso influjo magnético que hallaba en mí una cuerda sensible. La misma inexplicable sensación había experimentado al ver a Sammy por primera vez. Pero esta vez la comprendí; el tiempo descorría su velo, ofrecía a mi vista el espectáculo de la mañana del mundo, cuando las otras criaturas no esquivaban la presencia del hombre.

Fue un momentáneo trasunto del Edén.

Los destellos que, al herirlo el sol, daba en tierra un objeto metálico me indicaron que había llegado gente a la caleta. Vi que acababa de parar un coche cerca del mío. Sus ocupantes iban ya camino de la playa cuando llegué a la orilla. Me sequé y me vestí a la carrera, eché en el maletín los avíos de baño y me marché dejándoles la foca a los recién llegados. Se me habría hecho muy cuesta arriba compartir con nadie la compañía de Sammy.

Risas y lágrimas

Sammy era de carácter jovial y amiga de bromas que, según notamos pronto, resultaban a veces algo pesadas. Una de las que más acostumbraba consistía en bucear para embestir a un desprevenido bañista y hacerlo saltar fuera de la superficie del agua. Un mordisquito en las posaderas, dado mientras se deslizaba velozmente cerca del bañista para volver hacia él la cabeza, era otra de su bromas preferidas.

Le encantaba lanzarse como un torpedo hacia un bañista y parar de golpe a medio metro de él en mitad del ruidoso bullir de espumas. Para detenerse, echaba hacia atrás las cabeza y los hombros, y adelantaba las aletas. Indicio de lo mucho que este juego parecía divertirla era la manera como le daba remate con su "risa" de foca, al enseñar los dientes y pegar contra las mejillas los bigotes.

Le divertía también nadar a la zaga de los bañistas, agarrada con la boca a los fondillos del calzón o del traje de baño. De esto pasó a poco a la chistosa idea de tirar hacia sí de esa prenda y quitársela al que la llevaba puesta. Me conté entre las primeras personas a las que hizo tal gracia. A alguna distancia de la orilla, en lugar donde el agua tendría metro y medio de profundidad, flotaba yo boca abajo tratando de ver si aparecía en el fondo el zapato que un niño había perdido allí. Mi viejo traje de baño constaba de dos piezas, blusa y calzón, sujeto este a la cintura por un elástico flojo. De pronto me rozan los muslos unas cerdas, me dan un tirón, y oigo que instantes después estallan en la orilla carcajadas y

exclamaciones. Motivo de esa algazara: la desaparición de mi calzón de baño y la aparición de mi descalzonada parte posterior.

Como la hilaridad y el aplauso que provocase una broma eran para Sammy la justa medida del mérito de la misma, di por seguro e inevitable la repetición de la jugarreta, que la foca consideraría sin duda su obra maestra. Y en efecto, a los pocos días era frecuente oír en la playa que un bañista gritaba a otro: "¡Eh, amigo! ¡Cuidado con el calzón!"

Desde un blocao abandonado me ponía a veces a espiar a la foca cuando ella creía que nadie la estaba viendo. En ninguna de esas ocasiones se comportó como lo hacía en presencia de la gente. Sus travesuras y retozos eran para diversión del público más que para divertirse ella misma.

Poseía un extenso y variado repertorio de expresión. Para el enojo o la impaciencia, su voz parecía un mugido más que un ladrido. Cuando estaba contenta, emitía sonidos semejantes a ronroneos, risas ahogadas, resoplidos de satisfacción; de no menos diversos medios disponía para manifestar su aflicción con gemidos, gañidos o aúllos de múltiple entonación e intensidad. Como era en extremo emotiva, por el temor de disgustarla y que nos hiciese una escena preferíamos prestarnos a sus caprichos. Así por ejemplo, le gustaba recostársenos en las piernas cuando estábamos sentadas en la playa; y aun en días fríos

soportábamos la destemplada humedad de su piel en vez de apartarla de nuestro lado. A la hora de retirarnos empleábamos toda clase de precauciones para que la foca no se enterara, y evitarnos así el espectáculo de la serie de aullidos y lloriqueos con que, de lo contrario, nos despediría hasta que traspusiésemos la barranca.

Como las focas no tienen conducto lagrimal, al llorar Sammy las lágrimas le corrían incesantemente por las mejillas. Su aspecto en tales casos era tan enternecedor que pocas personas permanecían indiferentes al verla.

Alan Lander, que solía observarla desde la casilla de botes, cuenta que, al irse de la playa la última de las personas que allí estuviesen, la foca paseaba en torno una mirada llorosa e iba a echarse en la peña donde habitualmente lo hacía. Al cabo de un rato cesaba de gimotear, suspiraba hondo y, como si estuviese diciéndose: "Ea, los duelos con pez son menos", se zambullía en el mar en busca de un bocado.

Un cuerpo "exánime"

Aunque nunca dejó de mostrarse amistosa con todo el mundo, Sammy reservaba su cariño para las pocas personas que se prestasen a acompañarla a nadar y juguetear en aguas de alguna profundidad. El haber sido yo la primera que se aventuró a hacerlo fue tal vez la causa de que me concediese, al parecer, el primer puesto en su afecto.

Reunirse conmigo significaba para ella algo nuevo. Temblaba de alegría al verme; empezaba a demostrar con ladridos y quejumbres de impaciencia el deseo de que fuésemos al instante al mar. Siempre se me adelantaba, para aguardar en seguida que yo le indicase hacia dónde habíamos de ir. Con frecuencia nadábamos hasta la entrada de la caleta, y también más allá, para costear el arrecife del lado este y llegar a la solitaria ensenada de San Aldhelm, a la cual casi nadie iba, por lo escarpado de sus peñascosas orillas faltas de playa.

A orillas de esta ensenada, después de haber estado nadando durante mucho tiempo, me senté a descansar en una piedra, mientras Sammy seguía vagando entre las algas e internándose en los huecos socavados por las olas en la roca. Lo cristalino del agua me permitía seguir con la mirada las evoluciones de Sammy cuando con sinuosa gracia de movimientos y fácil rapidez perseguía sus presas. Si los peces que atrapaba eran pequeños, los engullía de un solo bocado, sin disminuir una pizca la velocidad con que nadaba ni haber salido a respirar en la superficie. Podía almacenar en el aparato respiratorio suficiente oxígeno para permanecer sumergida hasta 10 minutos.

Al cabo de un rato me recosté en la piedra y me rindió el sueño. Desperté algún tiempo después a causa del calor que despedía la piedra al herirla directamente el sol.

Miré en torno en busca de Sammy, y no la vi por parte alguna. Desde luego, siempre gozó de completa libertad para quedarse o irse cuando se le antojase, pero por lo regular nunca se separaba de mí durante nuestras excursiones.

Diciéndome esto estaba cuando reparé en un profundo canalizo que corría precisamente por debajo del peñasco en que me hallaba e iba a desaguar en una concavidad de unos dos metros y medio de hondura. Allí, en el fondo, desdibujado por la rizada superficie del agua, vi un bulto gris.

Me dio un vuelco el corazón. Ese bulto era Sammy. Yacía de bruces en el fondo, extendidas las aletas, inerte. A cada entrada de la mareta por el canalizo daba un tumbo de costado, para volver luego, arrastrada por el retroceso de la ola, a quedar como antes. La llamé a gritos, no porque creyese que me oiría, sino con fútil empeño, sabiéndola muerta.

¿Qué había sucedido mientras yo dormitaba? ¿Dispararían contra Sammy desde una embarcación de las que pasaban frente a la costa? Pero no había en el cuerpo señal de herida, ni tampoco se veía sangre. ¿Estaría envenenado alguno de los peces que comió? Era muy poco probable.

Iba a dar la zambullida cuando advertí que el cuerpo de la foca cambiaba de postura. Levantaba la cabeza y el torso cada vez más, como si una mano invisible la soliviase. Al asomar la nariz en la super-

ficie del agua, el cuerpo todo cesó de subir y Sammy quedó flotando.

Convencida de que estaba muerta, me dispuse de nuevo a echarme a nado para sacar su cadáver a tierra. Pero de nuevo me detuvo, esta vez un leve movimiento del cuerpo mismo de la foca. Aunque seguía con los ojos cerrados, ensanchaba las fosas nasales y era perceptible en la región de los pulmones una ligerísima dilatación y contracción.

¡Sammy estaba durmiendo! Su maravilloso dispositivo de seguridad de inmersión, a más de haberle cerrado automáticamente las fosas nasales y el conducto auditivo para impedir la entrada del agua, había hecho, automáticamente también, sin que para nada interviniese la voluntad de la foca, que subiese a la superficie y se reabasteciese de oxígeno. Durante unos 10 segundos hizo Sammy rápidas inspiraciones y espiraciones; en seguida, sin haber abierto los ojos ni dado señal alguna de vida, volvió a sumergirse para descansar en el fondo.

Zambulléndome, ahora sí, me acerqué a Sammy y le palpé suavemente el cuello. Despertó al instante. No hubo en ella ese período de transición que media entre el sueño y la vigilia. Se volvió hacia mí para recibirme con demostraciones de alegría. La mirada de sus oscuros ojos era viva y clara, sin asomo de somnolencia. Cuando al pasarle los brazos por debajo del cuerpo nadé con ella a la superficie, permaneció desmadejada, colgantes la cabeza y las aletas. Dejarse llevar de este modo era una de las cosas que más le agradaban. Cuando salimos a la superficie la puse frente a mí, e impulsándome con las piernas ganamos ambas la entrada del canalizo para desembocar en la mar y, costeando, volvernos a la caleta.

En la Gruta de la Sirena

Ese verano fui una que otra vez a la Anconada, uno de los muchos entrantes que hace el mar en nuestra costa y se hallan a distancia accesible de mi aldea. Allí, un inolvidable día de setiem-



Cuando no tenía con quién retozar se aburría, y se comía las uñas o bostezaba.

bre, vi nadar en torno de un peñasco una cabeza muy conocida, semejante a la de un perro perdiguero. Era Sammy, y su presencia se explicaba o por que estuviera persiguiendo peces, o porque anduviese en busca de mí. Mis muchas ocupaciones me habían impe-

dido últimamente ir a la caleta, y llevábamos tres semanas sin vernos la foca y yo.

Fui a reunirme con ella. Después de darme unas cariñosas hocicaditas, se apartó velozmente de mi lado. Entendí muy bien que me invitaba a seguirla para enseñarme algo que debía de parecerle importante.

Guiada por Sammy nadé unos cientos de metros hacia el oeste de la Anconada e hice pie en una playa de corta extensión y suelo de blancas guijas, a la cual sólo podía llegarse en bote o nadando. No era la primera vez que estaba yo allí. En ocasiones anteriores la había recorrido. En el acantilado, bajo un saledizo de la roca, se abría la entrada de una gruta bastante profunda. Desde que conocí esta playa me pareció que era el lugar ideal para una foca.

Sammy se tendió cuan larga era en las guijas. Fingiendo gran sorpresa y no menor entusiasmo, fui de un lado a otro, entré en la gruta para examinarlo todo y recoger algunas de las cosas dejadas por el mar. Mientras hacía esto no cesé de manifestarle a Sammy en términos muy expresivos cuán complacida me sentía.

"¡Qué maravilloso y encantador es esto! ¡Ha sido un verdadero hallazgo tuyo!"

Oyéndome decir y pendiente de mis menores movimientos, Sammy rebosaba de satisfacción. Al fin concluí y me eché a nadar: "Tú me has traído a tu refugio encantado, y ahora me toca a mí llevarte al mío".

Salió disparada, como siempre lo hacía, para llevarme la delantera. A veces a tanta distancia que le quedaba tiempo para darse unas zambullidas y echar un vistazo en derredor. Si el agua estaba clara, distinguía yo a Sammy cuando, a considerable trecho de la superficie, se deslizaba ágilmente sin más esfuerzo que un leve movimiento de las aletas o un ligero serpenteo del cuerpo. Describía curvas de incomparable gracia. A ratos parecía un ave en perezoso vuelo, un halcón que se dejaba ir al amor del viento; de golpe, en impetuoso arranque, se perdía como una flecha plateada en la oscilante maraña de las algas llamadas cabellos de sirena. En tales instantes lamentaba yo no tener a mano la escafandra autónoma para poder acompañar a Sammy en su ingrávido travesear en aquella verdes aguas de amarillentos cambiantes.

Al este de la Anconada había otra gruta. En su ámbito, las tersas paredes de basalto rosado coloreaban, al reflejarse en ellas, las traslúcidas aguas. La roca en forma de tronco de pirámide que se alzaba en mitad de la gruta parecía estar aguardando que una nueva Lorelei descansase allí mientras se peinaba la cabellera verdemar. La roca era digna de servir de asiento a una sirena... y también muy apropiada para tobogán. Una de sus caras, de suave pendiente y rugosa superficie, se prestaba para

subir por ella; mientras que otra, empinada y muy resbaladiza, ofrecía excelente pista de deslizamiento.

Nadé hasta el lado de la roca adecuado al ascenso, subí, me dejé resbalar por el lado que para ello convenía, y levanté tremendos rociones al dar conmigo en las rosadas agua. A Sammy se le saltaban los ojos de entusiasmo. Trató de subir, pero lo hizo por el lado del tobogán y le fue imposible hallar asidero. Apartándola de allí la llevé al otro lado. Gruñía de impaciencia. Se le dificultaba llegar hasta arriba, aun por ese lado, porque las algas que cubrían la roca la hacían resbaladiza para las aletas de la foca. Acudí en su ayuda: primero, empujándola; y después, subida en lo alto de la roca y tirando de Sammy por las aletas. Jadeaba ruidosamente al esforzarse cuanto podía; y cuando por fin llegó adonde ambas queríamos, soltó un resoplido tan formidable y tan oloroso a pescado, que me tumbó de espaldas. Rodamos las dos pendiente abajo en revuelta confusión de brazos, aletas y piernas. Y hubo que volver a empezar.

No fue mucho, sin embargo, lo que Sammy tardó en ponerse al tanto. A la tercera tentativa, subió sin ayuda y se dejó ir tobogán abajo con una expresión de extática complacencia.

Desde ese instante no hubo manera de que cesase ni por un segundo en el pasatiempo que tan fascinador le parecía. Para tomar parte en la diversión me era preciso aprovechar el momento en que Sammy resbalaba roca abajo. Raras veces pude hacerlo, por la rapidez con que Sammy, apenas caía en el agua, se revolvía como una anguila para nadar en torno de la roca e ir a subirse de nuevo. Como casi siempre llegaba arriba cuando yo no había acabado aún de equilibrarme, al tropezar conmigo, me echaba cabeza abajo por el tobogán.

Al fin, siendo ya hora de volver a casa, me dirigí a la salida de la gruta y llamé a Sammy. Pero ella me miró como diciéndome: "Márchate si quieres. Yo estoy muy a gusto aquí." Volví a llamarla repetidas veces, y al cabo vino, aunque no sin quedarse mirando, mientras nos alejábamos, aquella maravillosa roca de la cual era evidente que sólo consentía en apartarse para no dejarme a mí desacompañada.

Fue esta la primera y única ocasión que encontré fuera de la caleta a Sammy, que cada vez parecía menos inclinada a alejarse de allí. Concluía el verano. Los niños habían vuelto al colegio. El número de personas mayores que venían a la playa era cada día más reducido. Y algo le decía a Sammy que aprovechase el poco tiempo que aún le quedaba para estar en nuestra compañía.

Una tierna despedida

Octubre ha sido siempre para nosotros el mejor mes del año.

Suffrage 2F

"El instante" que perdura....



Ud. lo conoce ya...
Su mirada se ha detenido en él,
en su frasco tan coqueto, tan tentador.
Pero además de admirarlo, Ud. lo ha probado
y adoptado, porque SUFFRAGE 2F
cumple una doble función: la de fortalecer
su cabello y la de prolongar la duración
de su peinado. Recuerde entonces, algo más:
recuerde que SUFFRAGE 2F exige su momento,
su instante definido, que empieza cuando
finaliza el champú y comienza el marcado.
Es "el instante SUFFRAGE"... un "instante"
que perdura!

Fortalece el cabello

Fija el marcado

Su cabello
y su peinado
bajo la
protección de

suffrage 2F

L'OREAL DE PARIS ha confiado SUFFRAGE a su peinador. Pregúntele por qué..

Resplandece el sol, está tibia el agua del mar, gozamos de la tranquilidad que reina en nuestras playas y ensenadas, antes tan llenas de veraneantes. Pero en el octubre de 1961 se anticiparon los fríos: a últimos del mes estaban ya blancos de escarcha nuestros prados. Aunque con frecuencia pensaba yo en lo sola que debía sentirse Sammy, raras veces pude ir a la caleta.

Alan Lander la vio un día en lo alto de la barranca; y al día siguiente en el prado, 100 metros tierra adentro. Era indudable que Sammy andaba en busca de los compañeros de retozo que tan inexplicablemente se habían eclipsado. Percy Wallace notó que la foca no parecía la misma de antes: ahora le daban accesos de murria y de mal humor. Unas cuantas personas nos reunimos para ir a verla a la caleta. En cuanto la llamamos acudió y estuvimos jugando con ella. Soplaba un viento recio, y al cabo de un rato se fueron los demás y yo me quedé.

Poco después cambió repentinamente el tiempo, como sucede con frecuencia en esta región de clima muy variable. En el cielo, hasta hacía un instante encapotado, asomó el sol por entre un desgarrón de las nubes. Al gris tristón de las aguas de la caleta sucedió un azul en que ponía dorados reflejos la claridad del día. Brillaban las guijas de la playa como si las hubiesen rociado con polvo de diamante. Exaltada Sammy por la jubilosa mudanza de cuanto nos rodeaba, su disposición alegre y juguetona llegó al máximo. Vino a mí, se echó a mis pies contorsionándose y fingiendo que trataba de morderme. Al dejar yo de acariciarla, me agarró de una manga y empezó a tirar de mí según acostumbraba a hacerlo, en dirección a la orilla. Lo que con esto quería decirme le rebosaba por todo el cuerpo.

Detuve la mirada en esos ojos suplicantes; miré hacia las frías aguas del mar, y dije resueltamente: "no". Pero en seguida pensé que acaso fuera esta la última vez. Y desnudándome me deslicé en la concavidad formada por unas peñas. El agua estaba fría. Permanecí unos cinco minutos, durante los cuales jugueteamos Sammy y yo chapoteando y riendo ruidosamente. Lo breve de aquellos instantes los hizo aun más completos; y también el presentimiento que había, tanto en mí como en Sammy, de que aquella era la última vez.

Al otro día arreció el mal tiempo. Durante una semana tuvimos frecuentes turbonadas. En los primeros días de noviembre llamé a Percy dos veces por teléfono para pedirle noticias de Sammy. "Sí, la foca anda todavía por acá", me dijo la segunda vez. "Pero si quiere verla, mejor será que venga cuanto antes".

Fui a la caleta. El día estaba nublado y el frío era intenso. El cielo parecía presagiar adversidades. Desde lo alto de la barranca

la ensenada se veía desierta. Al fin divisé a Sammy, que desde un peñasco oteaba el horizonte. Era la hora de la pleamar. La marejada rompía en altas olas contra la costa. Hube de escurrirme pegada al acantilado para alcanzar el deslizadero. Sammy me recibió con grandes demostraciones de contento, pero su mirada era triste. Sacudía a cada instante la cabeza y se quejaba apagadamente. Me senté a su vera y acunándole la cabeza entre las manos la mimé para sosegarla mientras le hablaba cariñosamente.

"Quédate con nosotros", le decía. "El invierno pasará y disfrutaremos de otro verano. No te vayas. Quédate aquí con nosotros".

La cabeza de Sammy pesaba bastante. Se me habían entumido las piernas; las peñas, húmedas y frías, eran como trozos de hielo. Me levanté. Sammy se apartó inmediatamente a unos pasos de mí, luego a otros más, en dirección al mar, mientras, al ver que yo no la seguía, me miraba inquisitivamente.

A tiempo que yo permanecía de pie e irresoluta, una ola rebasó el deslizadero y envolvió a Sammy, que, sin embargo, aguantándose en donde estaba, continuó clavando en la mía la mirada de sus oscuros ojos suplicantes. La siguiente ola se deshizo a mis pies. Di media vuelta para ganar, saltando de peña en peña batidas por el oleaje, la subida de la barranca.

Ya cercana al borde, anhelosa la respiración y cubierta de lodo, m
detuve y miré hacia abajo. Emp
queñecido por la distancia, un bul
gris nadaba a través del bajío. E
la confusa turbulencia que fo
maban en mitad de la ensenac
las flotantes algas y los rocion
de las entrechocantes olas, asomal
a trechos y a trechos desaparec
la cabeza de Sammy, que apu
taba en dirección al oeste.

Se detuvo Sammy y miró hac
donde yo estaba. Sentí que su m
rada me seguía tenazmente mie
tras acabé de subir y me encamir
tierra adentro por el promontori

Cuando miré de nuevo hac
atrás, Sammy había desaparecic
en el mar. Hemos esperado e
vano que vuelva.

De dónde vino y a dónde
fue Sammy, nunca he podido s
berlo. Si aún vive, habrá cumplic
cinco años, será una soberbia foc
macho que, cercana a la plenitu
de su vigor, habrá empezado
desafiar a los otros machos, amc
y señores de la colonia en qu
se halle. El orgullo de su fortalez
y las emociones de la pelea habrá
hecho que olvide los meses qu
pasó en aquella lejana costa c
Dorset y lo mucho que allí se d
vertía. Pero nosotros jamás olv
daremos a Sammy. A nuestra
playas llegó esa foca como mer
sajera de un mundo remoto
feliz; y al abandonar nuestras pla
yas, el haberla conocido y mimad
dejaba en nosotros un recuerd
que enriquece nuestra vida.

En Selecciones de abril

Un libro próximo a publicarse, destinado a figurar entre las obras clásicas de la literatura sobre la segunda guerra mundial.

La última batalla

POR CORNELIUS RYAN

Autor de
El día más largo de la historia

He aquí un brillante mosaico extraído de la experiencia personal de algunos de los participantes en el suceso culminante de la segunda guerra mundial: la caída de Berlín. A fin de llevar a cabo esta monumental obra, Cornelius Ryan empleó varios años en investigaciones, examinando los archivos existentes en Berlín, Londres y Washington; y en muchos países siguió la pista a multitud de personas con quienes sostuvo largas conversaciones. Ryan fue el primer occidental a quien se ha permitido estudiar los archivos del Ministerio de la Defensa soviético. Celebró entrevistas con mariscales rusos y amas de casa berlinesas, con miembros del gabinete del presidente Roosevelt, y con simples soldados de los ejércitos de Inglaterra y los Estados Unidos, así como con los últimos de los grandes generales alemanes.

Por primera vez se hacen del conocimiento público informes que habrán de llevar a una revisión de las circunstancias que concurrieron al resultado final de la guerra en Europa. Cornelius Ryan es la primera persona que desentraña el fantástico episodio de cómo se pasó por alto y se extravió el plan para la ocupación de Alemania trazado rápidamente por Roosevelt en un mapa de la revista *National Geographic*. El autor recrea escenas que muestran cómo los jefes aliados, recelosos unos de otros, tomaron decisiones cuyas consecuencias desfiguran todavía la faz de Europa.

Esta es la primera parte de un libro próximo a aparecer y que será muy comentado, provocará apasionadas discusiones y ocupará sin duda sitio importante entre las obras clásicas de la literatura surgida de la segunda guerra mundial.

No deje usted de leer este importantísimo libro en SELECCIONES de abril, así como unos treinta artículos de interés permanente.





Evanol

Evanol

Evanol

Evanol

Todos los días bien

"Naturalmente... Evanol"

La mujer moderna necesita vivir plenamente **todos sus días,** sin dolores ni temores, libre del abatimiento y la tensión nerviosa de **esos días.** EVANOL le proporciona alivio rápido, efectivo y prolongado. EVANOL le permite sentirse serena... cómoda... segura de si, porque su fórmula -especialmente creada para la mujer- calma suave y muy efectivamente, afloja la tensión nerviosa y combate el decaimiento. ¿Por qué no tenerlo siempre cerca suyo?

